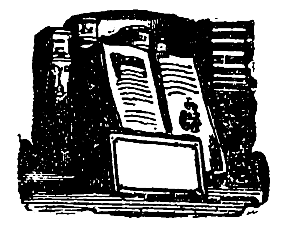


ENSAYOS LITERARIOS

POR

ANGEL COSTA.



MONTEVIDEO.

IMPRENTA ORIENTAL.—1860.

Sr. Dn. Jaime Costa.

Querido Padre

Tenga Vd. á bien aceptar este humilde trabajo que se complace en dedicarle su hijo....

ANGEL COSTA.

* * * *

Tan debil es mi trabajo, que lo juzgo incapaz de soportar el peso de un prólogo.

Por otra parte ¿ qué puedo decir en el ? . . . . . .

¿ Qué son ensayos ? . . . . .

Ya lo dice el título, que sin modestia he adoptado, pues creo que por ahora no puedo producir otra cosa.

¿ Tendré que pedir indulgencia al lector. . . . . . .

Sí, lo haré; que no quiero que á estos escritos se les haga los honores que á mi santeriores les hizo uno de nuestros mas ancianos vates.

Deseo que el que me lea, si no me conoce, sea bastante indulgente para mirarme capaz de ser el autor de lo que lleva mi n ombre.

Mérito no hay; por que si lo hubiera y conociera habria un prólogo ; no hay prólogo, no hay mérito ; pero hay originalidad.

En Días confío, oh lector, que no será esta la vez última que tenga que pediros lo que os pido ahora—

Sed indulgente.

C.

EL CORAZON Y LA CABEZA.

PARTE PRIMERA.

I.

Hé ahí los dos móviles de la actividad humana, los dos agentes de esa cadena inmensa de fenómenos, que ciñe al mundo y que seguirá ciñendolo hasta la consumacion de los siglos.

Todas las ciencias reciben su ser de estos dos grandes motores, todos los grandes hechos, las grandes revoluciones que matizan la armonia del mundo científico, las grandes empresas y en una palabra todo lo que conmueve y pasma, todo trae su origen, ya del corazon, ya de la cabeza, ya de la mancomunidad de la una con la otra.

II.

La civilizacion apoyada en estos dos brazos potentes del desarrollo fenomenal de la humanidad, se sostiene y equilibra por el contrapeso de estos dos principios de accion.

El que considere el rol que juegan el corazon y la cabeza en las acciones de la vida, el que medite sobre ellos, tendrá infaliblemente que tocar una trascendental cuestion que se presentará ante sus ojos. ¿Es posible llegar à la perfectibilidad humana por la lucha de emulacion de estos dos principios, ó por el justo equilibrio de ambos?

Esta será la dificultad que se levante ante el pensador; hé ahí la bola de nieve que impulsada por el pensamiento al traves de la historia de los siglos, se agranda y acrece en volumen á fuerza de

r e dar y rodar, y de tocar hechos contrarios, que son otras tantas dificultades que aumentan la magnitud de su masa.

III.

Los caractéres infinitos de los pueblos no son otra cosa, sino aspectos que recorre con la vista el pensador, mirando por ese diorama del pasado y fijando su atencion en el panorama presente; aspectos de la preponderancia de uno de esos móviles sobre el otro, ó aspectos que nos muestran un fiel que sostiene el equilibrio de ambos.

Los pueblos del norte mas pensadores que los del medio-dia, son á su vez mas frios y mas tardios en sus concepciones ; los del medio-dia por el contrario, que giran sobre el eje de la imaginacion son mas entusiastas, de mas rápida concepcion y tambien menos reflexivos; pero ambos han sido varias veces lo uno y lo otro. Las ciencias se aclimatan y progresan ya en el norte, ya en el medio-dia, segun la época que influye en el temperamento de los individuos que las acojen, segun las pasiones que mas halagan en esa época, y segun el mayor ó menor grado de admiracion que encuentran.

IV.

Las ciencias que nacieron en el Oriente se asemejan á las hijas de una tierna madre, que incapaz de poder alimentarlas por mas tiempo, se despiden cariñosamente de su seno, no sin llevar antes munido sus espiritus con su bendicion, para ir á medigar fortuna y aliviarla del peso de sus tareas. Despues que parten y se desvian de su maternal pecho, cada una dirige sus pasos hácia otro horizonte mas vasto, donde armonizándose con sus auras y con la belleza del suelo, asientan su morada y llegan con los años á aclimatarse y tener una numerosa descendencia.

Así partiendo de Oriente las ciencias, ocuparon unas el Asia menor, otras de la Feneccia pasaron á la Grecia, á Persia otras, unas de Grecia á Roma, otras á China, otras saliendo de Ejipto invadieron la Europa pasando por Grecia y poblando, las Galias, la Germania, la Hesperia, y finalmente arrojaron algunos vástagos de su numerosa prole á la jóven América, en donde tambien halla-

ron fértiles campiñas, inmensos rios, magestuosas cataratas, colosales montañas, aves infinitas, imaginaciones frias y ardientes, y en fin un riquisimo arsenal de vestigios antidiluvianos, que sirvieran de abundante y fresco pasto, con que alimentar por muchos años la Geodesia y la Geognosia.

Estas ciencias todas, simpatizando con el suelo á que se hubieron hospedado, se vigorizan ó dejeneran, segun las veamos impulsadas ó bien por los raciocinios de la cabeza, ó bien por el sentimentalismo del corazon.

V.

Tambien las artes, hermanas menores y dignos satélites de la ciencias tomaron su ruta arbitraria cual aves que ávidas buscan un horizonte ameno en donde posarse, y do edificar sus sencillas moradas, altares de sus amores. De Oriente salieron, y al abandonar á su madre tierna y amada, juráronla fé, juráronla no desmentir jamas su orijen, y que si dejaban su seno jóven y decrépito ya, era para buscar otro que las alimentara tan rico y abundante como el que las habia dado el ser.

Eran adolescentes y peregrinando encontraron á la Grecia, virgen hermosa, escoltada por archipiélagos, ceñida por itsmos, perfumada por zéfiros, refrescada por rios, coronada por génios y altiva desafiando á los mares. Gozaron de tan espléndida hermosura, que al mirarlas desamparadas y huérfanas las sonreia y las llamaba á su seno, para prodigarlas caricias tiernas y compartir la inspiracion de esos zéfiros, de esos archipiélagos y de esos mares, con ellas, jóvenes sencillas y cándidas que viajaban para encontrarla.

Allí refugiadas crecieron y ostentaron sus primores. La inspiracion que el pecho de esa virgen las infundia imortalizaba sus primeros pasos y sus primeras creasiones, y prestaba á la posteridad an eco de admiracion para sus pinturas, un grito de entusiasmo para sus armonias y un pensamiento para sus artífices. Allí tambien el corazon y la cabeza desempeñan su mision; impulsan, conmueven, paran, activan, propagan y dan vida á las creaciones del ingenio, y llevados los destellos de esa inspiracion por el impe-

tuoso viento de la inundacion de los bárbaros á otras naciones y aun-a las suyas mismas, encontraron tambien cabezas y corazones que las admirarán y las sintieran.

VI.

Unas veces la cabeza recibe la impresion y purificando las ideas en el crisol de una lijera y ferviente reflexion, las destila en el corazon que friameute las admite para obrar con medida y en consonancia con esas gotas destiladas. Otras veces el corazon, recibe la impresion por contacto de una percepcion rápida pero suficiente para agitar sus fibras, y toda la ramificación nerviosa conmoviéndose transmite la impresion á la cabeza, la que ofuscada un tanto por esa fermentacion violenta que el movimiento sanguineo ha producido, obra aturdida sin reflexion, y sin trascender las consecuencias del acto.

Unas veces el corazon fructifica con mas felicidad que la cabeza, y el sentimiento se adopta mas á glorificar ciertas creaciones; y otras la cabeza, en medio de su fria indíferencia abre las puertas del cálculo y muestra al mundo insólitos tesoros. Mas la demasiada preponderancia de la una sobre el otro, trae sus inconvenientes y ventajas. Del justo contrapeso de ambas y fraguandose poco á poco en el horno de los siglos todas las ideas y todas las impresiones, es como han progresado las ciencias y como bajo ese influjo se embellecieron las artes.

Sigamos una al traves del tiempo y marcando su ruta secular, notaremos las entonaciones sentimentales que se elevaron del corazon al asumirla, y los pensamientos que la cabeza engendró al profundizarla.

Tomemos á la Filosofia y sigamos su gradual progreso.

VII.

Como la blanca espuma del mar nace en la India formada por el soplo cálido de Trimurti en la imaginacion de los Brahamanes.

El Sabeismo y Magismo, brisas que soplaron antes de que esa espuma del pensamiento se enardeciera, habian servido ya á las

generaciones y á los pueblos para despertar sus ideas del dormido lecho de sus Teogonias y Cosmogonias.

El Brahamismo es el primer esfuerzo del pensamiento que haya servido de mantilla fantastica para envolver en su oscuridad á esa virgen que la razon del hombre y el mundo iban á engendrar; y la filosofia mecida en sus ficciones y despertada por sus errores, debia crecer y fortificarse en el pintoresco suelo Asiático. Una vez adolescente aunque cargada ya con el peso de muchos siglos, miraba á la Grecia, con la que desde el abismo del pensamiento pabia simpatizado. Alejarse de sus Dioses penates, abandonar su Trimurti y con ella á sus queridos Brahma, Vichtnu é Ishureno era lo que desde la infancia meditaba la filosofia, y ese pensamiento de niña, esa revelacion de la razon, que en sus sueños del Gánges habia sentido, debieron realizarse y animarla á depositar su salvacion en el alfange de los Conquistadores.

VIII.

Reunidos los Gignosofistas en sus austeros divanes para pensar dejaban correr las ricas vertientes de su imaginacion para que regaran la poética India y para que vinieran despues de haber fertilizado aquel encantado Eden á evaporarse en sus cérebros y á perderse en la negra noche de sus conéepciones profundas y oscuras.

Hiriendo la viveza de sus mentes ese firmamento de cobalto, magnifico plafon do estan suspendidas las mil antorchas celestes, que atizan el fuego de sus cérebros, sus pensamientos cálidos como la atmosfera que exhala el Hindus, reverberaban en sus cabezas y tocando sutilmente sus corazones, volvian á la mente que al concebir idealizaba, y al pensar creaba. El sentimiento Indico galvanizado tenuemente por el imperceptible toque que la mente comunicaba al corazon, vino á desarrollarse y á mover los instintos de esos pueblos despues de sus pinturas, y despues de sus creaciones, y no obstante esa discrepancia de medida entre sentir y pensar, armonizábanse sus poéticas ficciones con sus prácticas morales.

Forzados á creer y pensar en ese suelo perfumado, creaban antes de filosofar, mezclaban sus poésias con sus pensamientos, y absortos en sus mismas impresiones mentales halagaban sus gozes,

refinaban sus sentimientos y en una palabra equilibrandose el ardor de sus cabezas con la temperatura ardiente de sus corazones, sentian casi cual pensaban. De ahí sus máximas que respiran aun el candoroso ambar de sus corazones y la filosofia poética de sus divanes.

IX.

Fijas las mentes Indicas en la unidad de un Ser eterno, encontraron en Para-Brahma el tipo de esa inmóvil existencia, que legaba en Trimurti sus poderes y todo el imperio inmenso de su providencia.

Doraron esta unidad, pintandola á sus creyentes con toda la inspiracion que fluia de su entendimiento, y sin perder de vista la moral que debia consolidar su pensamiento buscaron en ese trino la recompensa y la pena, la conservacion y la destruccion que presidieran eternas é inmutables la injeniosa metempsicosis de su moral. Buscada la divinidad única, la vistieron con las populares galas de una poésia elevada y agradable, y llevando al corazon ese tesoro de ingenio compulsaban sus fibras halagandole con esa risueña poésia.

Pensamientos grandes aun que defectuosos, máximas morales suaves y benignas aunque no perfectas arrullaran en la India á la filósofia que naciendo del pensamiento y del mundo tomó su primer impulso de verdad del templado equilibrio del corazon y la cabeza.

Adolescente emigra de Benares á Atenas.

X.

Recibe en esta ciudad culto y por su casi análoga temperatura con las riberas del Ganges, se desarrolla á impulsos de tan felices estimulos.

Sinembargo la cabeza que salia de aquella atmosfera tropical, ascendiendo diagonalmente sobre el paralelo de los trópicos á la zona templada, parecia cobrar mayor preponderancia sobre el corazon y semejante á esas grandes crisis en que se espera con ansi la vida ó la muerte, casi murió en su aislamiento en vez de la vida

que debiera haber recibido en su tránsito. Se elevó demasiado con el fuego trópical que aun conservaba en vez de templarse; creó divinidades en vez de simplificarla; confundió el pensamiento filósofico con la Teogonia imaginativa y los Vedas sagrados y el moral Zend-Avesta derritiéronse en el Poéma de Hesiódo, partiendo su único Para-Brahma y su eterno Alfader en miles de Dioses y divinidades que ofuscando el pensamiento con su infructuoso número hacian que el corazon vagara temeroso sin prescripciones saludables, sin seguros preceptos morales.

En la division y confusion de los mil atributos de los dioses sucedia la corrupcion del pensamiento á la poésia del alma y el corazon paulatinamente corrompiendose engendró mas crímenes y guerreros que divanes y cuadros.

PARTE SEGUNDA.

XI.

Pero una vez finó la peregrinacion de la Filósofia, una vez que se aclimató definitivameúte en Grecia, dejóse apercibir en el horizonte de la Ciencia la reaccion del pensamiento Griego bajo la sana influencia de su benévolo clima. Templóse la imaginacion vaga y concentró su fuerza en la inutilidad de su teogonia y renegando de ella, fueron levantándose poco á poco como ricas esflorescencias de sus islas los genios pensantes, lumbreras de su destino. Entonces sí, que pensaron; entonces sí, esa hija bella del Ganges mostróse digna de su dorada cuna y fué entonces que nivelándose el predominio de la cabeza con el corazon bajo un templado cielo, dejóse apercibir ese casi equilibrio en medio de su fanática exajeracion.

Nacieron los pensadores y removióse del seno del pensamiento la unidad absoluta apagada por aquel nûmeroso emjambre de Gerarqnias divinales, que en lugar de sublimarla la vulgarizaban. El corazon sin aislarse enmudeció por un instante para dejar pensar á la eabeza y Dios empezó á dejarse traslucir al mundo en medio de la tenebrosa noche págana, alumbrando poco á poco la ceguedad de la inteligencia, como la magnifica aurora boreal entreabriendo los celajes del polo se muestra en la noche prolongada de los circulos polares rutilante de infinitas gabillas de fuego que se reflejan en las inteligencias de los sábios Griegos.

XII.

En esa época la temperatura de la Grecia refrescada por sus

mares parecia influir directamente en la contestura física y moral del hombre. Parecia que templadas sus ideas y cansadas de crear, querian pensar y profundizar sus creencias ; y parecia tambien que entonces el aire que aspiraba el hombre era fresco, suave y fortificante contribuyendo poderosamente á vigorizar el pensamiento, contentando en su simulado descanso al corazon. Iban desapareciendo poco á poco sus ficciones conforme las reverberaciones de los mil arcos de la aurora boreal alumbraban el pensamiento; y en la época de Platon ya la cabeza, la inteligencia habia regalado al corazon un cofre de oro lleno de *pensamientos y universales.* Mas como si el corazon cansado de descansar ó mas bien de coadyuvar levemente al poderoso desarrollo intelectual se fastidiara de ejercer un papel tan secundario, revolucionóse contra la cabeza y abandonandola de nuevo totalmente á si misma prefirió dormir que dormitar, prefirió aislarse que cooperar á medias, y retirandose á su santuario abandonó á la cabeza cuando apenas comenzaba con su apoyo á crear fuerzas y á mostrarse al mundo risueña y fuerte. Perdida esta en el erial sin límites del pensamiento, sin un faro de consuelo que siguiera iluminando sus pasos, sin un confidente íntimo con quien partir sus emociones, entregóse al fatalismo, al acaso, al despecho, al hastío de sí misma, reproduciendo en sus bestiales amores con su impotencia al Minotauro escéptico, que devoró la creencia naciente, casta y pura de la Grecia como el horrendo monstruo que abortó Phasiphe devoró las doncellas de sus altares.

XIII.

El corazon mudo ante ese espectáculo se entregaba mas y mas al indiferente sueño que el escepticismo le producia, y si dormitando alguna vez entreabria sus lábios y despedia una sonrisa, no era para deplorar la triste suerte de la inteligencia, era para despreciarla y reir sarcasticamente de la impotente satisfaccion que en su aislamiento la cabeza encontraba. Faltole su apoyo, faltó el equilibrio entre ella y él; y el mundo del creyente dejeneró en el mundo de la duda y el mundo de Platon en el mundo de Enesidemo.

En este estado indescifrable de cosas, en esta anómola situa-

cion en que se hallaba la ciencia, cuando ese cometa del racionalismo fulgurando en la mente Platónica describia su inmensa parábola por el firmamento, y alejándose de nuestra vista iba á perderse en la estension de su prolongada curva, fué que apareció á nosotros ese nuevo cometa, menos brillante, menos luminoso, opaco, seguido de un estenso núcleo de retroceso intelectual y empezó á desarrollar su hipérbola *tambien inmensa* por el espacio.

Era este aquel escepticísmo que fulguraba en la mente Arcesiláica.

El primero recorria su órbita al redor de Dios mismo mantenido en la inmensidad por el preciso equilibrio de la fuerza centrípeta de la cabeza que absorvia lo absoluto y por la fuerza centrífuga del corazon que al sentirlo lo espresaba. Caducó esta fuerza segunda de contrapeso y desapareciendo el fulgente cometa de nuestra vista, quedó solo el astro negro de retrógrado crínito trazando en el espacio su incomensurable línea.

XIIII.

Aturdida la cabeza en su aislamiento despues de haber dado a luz el monstruoso escepticismo de las concavidades de su craneo, siguió vengativa su ruta en el espacio, apartóse ahora del corazon valuntariamente mas y mas, y este despues de haber pesado la intensidad de su ingratitud, quiso esforzarse y convencerse á si propio de la rectitud de su inicuo proceder.

Como lo habia hecho la cabeza se entregó tambien en brazos de su impotencia y queriendo afrontarla con una perfeccion de ciencia desconocida, liquidificó sus materiales en el incandescente fnego de la Alejandria Ejipcia y elevándolos á una temperatura exajerada dejólos evaporar en el *misticismo.*

Hé ahí que aparece al punto sobre la faz del universo otro nuevo y luminoso cometa, de candante nucleo y misterioso extasis que veloz trazaba su parábola intuitiva transvasando el espacio, cual los otros dos precedentes que perdidos en su misma infinitud vagaban y vagaban sin fruto y sin órden final.

Los siglos transcurrieron y la ciencia rasgada por las parabolas de sus eterogeneos sistemas, y estinguida casi por el vapor de

sus crínitos dormia comprimida por un terrible sueño, y bajo el influjo de su teologal sonambulismo, hacia sentir las palpitaciones del corazon con tanta agonia y dificultad, cual era dominante imperiosa é irresistible la fuerza coactiva de sus deducciones en propaganda.

En tanto, vagaban los cometas por desconocidas regiones del espacio: aglomerábanse los puntos infinitos de las líneas de sus parábolas y siguiendo denodados su huella errante anunciaban al mundo un cataclismo infalible, necesario y feliz en el que el corazon tornase á su estado normal de latir y la cabeza arrojara de sus sienes el escolástico peso que la comprimia : y seguian vagando y vagando por el espacio sin fin.

XV.

Empero Dios que presenciaba esta divagancia, colocado en uno de los polos del mundo, en el zénit de lo absoluto, arrojó un halo rampante de fuego que cayó precipitadamente y revolucionó la marcha arbitraria de esos famélicos cometas. Los astros atónitos, cual impertérritos testigos del universo esperaban anhelantes el resultado de su funcion reorgánica y él obedeciendo la omnipotente mano que lo habia impulsado, trazó con su aliento igneo el destino cierto de esos cuerpos nómades y dirigiendo sus parábolas à un punto, cortólas en el Nodo del *Eclectismo.*

XVI.

Ved aquí reunidos felizmente de nuevo el corazon y la cabeza, el primero latiendo acompasadamente, y la segunda armonizándose con esos latidos elevarse dulcemente al vaiven de sus palpitaciones. La cabeza templada ya por las brisas célticas, (1) que á mezclarse vinieron con el áura ática, que balsámica aun se refundia por el mundo, cobra un temple firme que no poseia, levántase magestuosa y segura como el águila caudal, cuyas álas la enalzan á la cumbre del espacio, en tanto que su perspicaz ojo penetrando la atmósfera no pierde de vista el suelo de donde se ha levantado. Y el corazon látiendo espansivo por el fresco soplo de

(1) Epoca de Descartes.

la Albion marina se uniforma con la cabeza para conducir en andas doradas á ese Nodo de consuelo, al conciliador eclectismo.

Ved aquí el papel que han desempeñado el corazon y la cabeza en las diversas épocas científicas del mundo, y estos son tambien los productos qre el predominio ó el equilibrio del uno con la otro han ocasionado, siendo tal la economia que el Hacedor ha establecido en estos dos principios de accion, que las ciencias adelantaron ó retrocedieron conforme se unieron ó se desviaron.

XVII.

La filosofia que hemos tomado por guia en nuestra esploracion científica, á modo de esperta viagera nos ha enseñado los escollos y las amenas perspectivas que en su trànsito habia encontrado; y fácil nos es conocer que las demas ciencias que la secundan, y las artes que completan el fantástico harem del genio, siguieron la suerte mas ó ménos feliz de esta Odaliska sultana. Dominando la cabeza no hay sentimiento ni realidad apenas. Imperando el corazon desaparece tambien la realidad y el pensamiento sabio en el fuego de la sensibilidad se consume en facticias intuiciones. La justa compensacion de la una con el otro, son los guias, que la humanidad al civilizarse ha tenido, y bajo la benéfica sombra de estos dos plátanos seculares formáronse las sábias leyes, imortalizáronse las artes, desarrolláronse las ciencias y se regularon y templaron las costumbres; y la perfectibilidad humana mas deseada que la realidad del Espectro de Brockem en el desierto y mas comentada que la posibilidad de la oscilacion continua del péndulo, ha venido en nuestros dias á ser un hecho y no una teoria, un feliz manto de transparente gasa que ha cubierto y cubrirá á la humanidad zahumándose constantemente por el incienso de las virtudes, por el ámbar de la ciencia y por la aromática mirra de la moral mas pura que se difunde en todos los confines del mundo.

FANATISMO.

PARTE PRIMERA.

I.

Así como el fuego, que se desprende de un cuerpo para incendiar á otros, se desarrolla mas ó menos violentamente segun encuentra mayor relacion entre sus moléculas y las de los cuerpos sobre los que desciende ; así tambien el fanatismo especie de fuego espiritual se desenvuelve mas ó ménos vivamente segun la predisposicion que en la sustancia pensante encuentra al manifestarse.

El Fanatismo unas veces santo, otras impio y devorador, otras sublime, otras profano, es el vértigo en que se precipita el alma exajerando un principio ó desplegando sin límites una pasion.

II.

No es una idea, pero si es una febril exaltacion de una idea; y bajo tan diversas formas puede ser considerado por el pensador, cuántos son los resultados ó hechos prácticos en que la historia, esa epopeya del mundo, nos lo presenta : ya arrastrando con el viento que sus álas agitan pensamientos y creencias mil á la hoguera del tiempo, ya tiñendo la mística poesia del alma con la impúdica exaltacion de un principio profano.

El fanatismo en todos los siglos se ha manifestado como bardo elocuente de la indefinida epopeya de la humanidad y el pensador cual éco lejano do se refracta el aire de sus armónicas vibraciones, debe á su vez ser el apolojista de ese bardo que escoje los mas exal-

tados hechos de la epopeya humana para repetirlos en la cadencia febril de sus fluidas entonaciones.

III.

Distingamos algunas clases de fanatismo—El religioso ó místico, el filosófico ó de principios, el de pasion y el de sangre ó asolador.

Sentemos como lema del capítulo histórico que vamos á registrar que ; *al fanatismo debemos todo lo grande, todo lo heroico, todo lo sublime y tambien todos los crímenes y todos los errores.*

IV.

El mundo receptáculo de teorias y de principios, de ideas, de acciones y de fuerza, es al que debemos acudir para buscar el desenvolvimiento de este principio de accion, no menos importante que los que dejamos considerados y al que llamamos fanatismo, estos es exajeracion de la idea ó del sentimiento. El libro histórico del mundo es la mano que debe destapar la copa de los hechos, en donde el alma beba y se infiltre de ese sucesivo licor del desarrollo vital, y en esa copa es en donde al apurarla el sediento espíritu deba encontrar en su fondo, como curiosos resíduos, las grandes ideas, las originales creencias y las exaltaciones.

V.

El fanastismo es una de esas ideas que el alma del pensador encuentra sepultadas en esa copa, representando en ella un punto resaltante de la superficie de su estenso perímetro.

La inteligencia, esa luz eléctrica del alma que se desenvuelve por la frotacion continua de os años en la vida del filósofo, restallará de júbilo al percibir ese punto ontológico en que posarse, y al que herirá su centellante fuerza para buscar su desarrollo impulsivo por la historia del mundo.

Inteligencia, punto y fanatismo.

VI.

Ya lo hemos encontrado ; ya queremos abarcar á ese punto,

á esa exaltada idea que está sumerjida en el fondo de la copa con todo el ardoroso afan de nuestro pensamiento ; ya él se nos presenta seductor y notable, distinguiéndose del enjambre de sus compañeros, y ya el fanatismo va á ocupar nuestro estudio, instalándose en todo el ámbito de nuestra cabeza.

Ya se levanta en el calor de la imaginacion sobre el cúmulo de las demas ideas y nos indica con su mirada chispeante á la colosal Torre Asírica como el primer escalon en que se detuvo para figurar en la escala de los hechos humanos.

VII.

La Babélica torre, signo borrado por la mano despiadada del tiempo, nos recuerda todavia desde la confusion de sus cenizas la mirada fulgurante que al fanatismo le plugo dirijir á sus artífices. Aun nos recuerda por el simbolismo de sus geroglíficos ladrillos, por su argamasa de betun y cañas la mano fanática del mortal soberbio.

Ella es el primer signo y el dintel primero que como hemos dicho, pisó este movil en la escala de los hechos ; y he ahí sus cenizas muertas para el mundo pero movibles y animadas para la ciencia, hélas ahí levantarse en tenuísimos átomos que hieren y recuerdan la idea del fanatismo en la mente del pensador.

Este es el fanatismo de pasion, fanatismo que en esta como en otras épocas, se despeñó por el mundo como las cataratas del Niágara para ahogar en su cuna la naciente y sencilla multiplicacion de la especie ; fanatismo encendido por una esperiencia impotente que hizo caer á los pueblos como el niño incauto que cae de su cuna al apoyarse afanoso en su debilidad.

VIII.

En la segunda infancia del hombre, cuando la especie olvidada de la tumba en que el diluvio la habia sumerjido, queria mostrarse de nuevo con las galas de su brio, fue que se levantó ese monumento para dejar traslucir á la historia el primer hecho, y la mas audaz tentativa que ese móvil de accion á que llamamos fanatismo haya tratado de perpetrar ;

La corpulenta torre nos muestra cómo esas chispas se desprendieron del vértice de aquellas inteligencias para simplificarse y refundirse en un solo pensamiento ; y ese pensamiento gigante levantándose sobre los flancos de ese monumento vino á verse despues que habia sido concebido, sepultado y arrastrado en la sima del correntoso rio de las épocas, sin que al desplomarse perdiendo su centro de gravitacion, quedara una palabra ó un cimiento que transmitiera á las generaciones póstumas el contesto inédito de esa soberbia idea.

La confusion, anodadó el hecho del fanatismo.

IX.

Los siglos oropageros infatigables de ese tortuoso rio, despues de infinitos afanes son los que han venido á desenterrar la memoria de ese monumento perdida en lo mas profundo de su alveo, para presentárnosla como un rico grano de oro combinado con la cálida materia del fanatismo, y nosotros apreciadores del valor científico de ese grano, hemos estudiado, como tantos otros la causa íntima de su presencia en el mundo. *Reperimur granum* en las cenizas del monumento y esplicamos su causa por el fanatismo de aquellos primitivos pueblos.

X.

La vida filosófica con las facultades que la constituyen ha operado constantemente en el desenvolvimiento de la civilizacion humana. Este desenvolvimiento ofrece abundantisima materia para ocupar el pensamiento, tratando de investigar cuáles de esas facultades han estendido su imperio primeramente sobre la faz de esa civilizacion misma.

Remontarnos en esta intrincada investigacion hasta el perfecto conocimiento del órden y predominio de estas facultades en su desarrollo, seria ocasion de estensos capítulos, seria un campo de purisimo verdor, donde recrear la vista intelectual ; seria un ventísquero abundante en donde apagar pudiéramos nuestra sofocante sed de ciencia, y en el que tal vez encontráramos al fanatismo y á las facultades que lo despiertan, como una encina secular que her-

moseara ese paisage. Mas si una mirada sola no es lícito echar sobre él, esta bastaria para que llevasemos el recuerdo de la presencia del fanatismo en el lecho de las épocas, y en ese paisage constante de la sucesion de los fenómenos vitales.

Lo mismo en la cuna de la civilizacion, lo mismo en su comedio, lo mismo en su actualidad, lo mismo niña que jóven, en las tres épocas y en las tres edades en que se halla la civilizacion y por las que ha pasado, deberémos encontrar desplegado al fanatismo, exaltando ya sus creencias de niña, ya sublimando sus ensueños, ya aterrando al mundo con su brazo destructor.

XI.

Cuando nacia la civilizacion, que nosotros comparamos á un vergel de grama y de fructíferos arbustos, colocado en el mundo como la tierra prometida á toda la especie racional, y cuando se manifestaba en su cuna tímida y jóven aun, enseñaba al orbe poco á poco su tallo, empinándolo sobre la tierra desflorada por el diluvio, para que el ácido carbónico del fanatismo lo fuéra colorando. Mostrólo juvenil, blanco, fertil y regado por todo el torrente diluvial, despues que esas rompientes celestiales cesaron de humedecerlo; y salió la civilizacion del cáos de aquel terrestre trastorno, y al ver los magnificos resplandores del sol, comenzó á levantarse enseñando su blanco capullo, como la paloma saliendo del arca ostentaba á los fantasmas del ahogado mundo su pequeño pico, emblema de la libertad de la tierra que sacudia el yugo tirano de las aguas.

XII.

De ese modo el fanatismo que desde entonces se ve impreso en todas las épocas póstumas de la civilizacion, exaltando principios y creencias, coloró al nacer esa planta indefinida en uno de sus pétalos *el orgullo*, exajerando la confianza que esos pueblos arquitectos de la asombrosa maravilla Babélica pudieran tener en sus nacientes fuerzas: y apagando luego su fuego creador en el mismo esceso de su potencia se derrumbaba agonizante como la mole de ese monumento caia al enmudecer la palabra.

XIII.

Y no solo el orgullo habia llamado la atencion del fanatismo en las épocas primeras del mundo ; no solo las pasiones que la civilizacion engendra se han visto halagadas por sus ardientes besos; tambien los principios, las verdades, y las primeras creencias, han recibido plácidas su impulso; y tambien hubo encontrado éco en la ciencia y aun en las mismas virtudes. La historia nos educa con hechos nacidos de cada una de estas fuentes, pero el orgullo es la primera pasion, la primera fuente que se nos pinta fanatizada, recordándonos la memoria de un hecho ingente que guardó despues esa pasion sellándola con el fanatismo de aquellos pueblos de antaño.

Séanos permitido ahora, antes de tratar de las otras fuentes que dieron pábulo al fanatismo, descubrir por qué el orgullo ha sido el punto primordial que el fanatismo exajerara.

XIV.

Esta pasion que no es otra cosa, sino una tendencia especial del hombre á medir su valer justamente, sin vileza como sin vanidad, que es una pasion noble cuando se mantiene en sus justos límites, que es un distintivo precioso de la dignidad del hombre, colocado en medio del servilismo y de la vanidad, de los siervos y de los señores, sintiendo el alma esa fuerza de dignidad que la caracteriza y la fortifica, fuerza inmediata á esos dos estremos opuestos, dejenera en uno ó en otro, cayendo en el fanatismo al mas mínimo vaiven como á la mas inperceptible accion.

Tempranos los conocimientos de aquellos pueblos, sin que la razon se hubiera ejércitado bastante y los hubiera esclarecido con la luz de sus verdades, sin que la esperiencia les hubiera signado el limen de su libertad, atesorando únicamente en sus mentes un círculo pequeño de ideas y un manantial inmenso de voluntad y afan, diéron necesariamente por esta falta de compensacion, un curso intrépido á los deseos que sus ideas les suscitaban y por este medio exajeraban la práctica de un pensamiento antes de haber pesado su valor y posibilidad. La idea de su especie racional, la conciencia de ser hombres y no bestias, sus fuerzas individuales, sus

victorias, sus reyes y sus recíprocas conquistas, todo eso contribuia no poco á hacerles despertar el orgullo, haciendoles comprender su superioridad sobre los demas seres; y esa pasion en su esencia noble, despertada en el laberinto de aquellas sociedades, vino á ser exajerada por sí misma como era indispensable con el déficit de razon que la constituia, y á fanatizarse incurriendo en uno de los estremos que la subyugan.

La soberbia tan cercana del orgullo fué el pozo donde se precipitó esta pasion en su caida y para demostrar su pensamiento quisieron perpetrarlo, levantando un sepulcro monumeutal á su locura.

Este fué el origen del primer fantasma producido per el exaltado vértigo de una insensata idea, y fué este el origen de la Torre de Babel.

XV.

La exajeracion de las verdades, de las creencias, de los principios llega despues, así que estos se han popularizado, así que los hombres han dado sus primeros pasos para profundizarlos, sucediendo por este órden naturalmente establecido, que en general la pasion se ha fanatizado primero que la creencia y con antelacion á la verdad y al principio.—El salvaje es fanático primero en sus feroces instintos; y luego es fánatico en sus supersticiones.

XVI.

El salvaje en su vida y la humanidad en su desarrollo han sido idénticos en el fondo; primero se manifiesta el instinto, la pasion, luego se cree lo que la tradiciou enjendra, se piensa y se reflexiona y últimamento se crea, para dar de nuevo curso á la tradicion.

Ya hemos tocado la pasion, sigamos al fanatismo en la creencia y en el principio.

PARTE SEGUNDA.

XVII.

Entremos por el Ejipto. Todo en este antiquisimo pais es célebre; su origen, sus monumentos, sus costumbres y hasta el fananatismo que figurando encontramos en las memorables páginas de su historia. Este pais, ya por su suelo, ya por su clima, ya por su posicion geográfica, cortada por esa línea líquida del Nilo, es uno de los paises en que el fanatismo se deja ver y se hace las mas veces á la par que curioso sublime.

Los hijos de ese pueblo perdiéndose en conjeturas sobre su orijen y descendencia, como sus ténues barcas se pierden en las rompientes de sus cataratas del Nilo, quisieron mas bien que volver á reaparecer sobre la negra espuma que esas ráudas forman, sumerjirse del todo en la negra noche de sus tradiciones autóctonas. Antes que aceptar la tradicion de sus mayores, se crearon un origen fanatizando esa necesidad del alma de averiguar su ascendencia.

Prefirieron en su fanatismo convencerse de que sus mayores habian sido formados del limo de su querido rio, que aceptar la tradicion natural de Mesraim, y fanatizando este principio edificaban altares y trípodes donde sacrificar al Yeneumon, prototipo de su originaria estirpe, reservándole una mansion espléndida en el vasto palacio de sus animales Dioses.

XVIII.

Posados esos pueblos sobre la estendida ribera del caudaloso Nilo, cual bandas parduscas de alabancos al aspecto de sus titáni-

cas pirámides, esperaban con ansiosa y ávida inquietud, el resultado de la periódica creciente de esa cinta cristalina emanada del pecho de la Etiopia, que debiera multiplicar prodigiosamente sus riquezas ó avara cual los secos vientos alisios arrebatarlas en su torbellino constante.

En esa meditacion anhelante que prensaba sus almas, mil medios imaginaban para penetrar la ventura de la suerte ; y sin saciar el anhelante deseo que los impelia con la ejecucion de ellos, idearon en su fanatismo domeñar la corriente de su Rio, arrojando á las aguas una vírgen para que su espíritu arrancára el secreto de la naturaleza y bendijéra próspera su ansiedad. Y esa virgen escojida presa del terrible fanatismo de la suerte, ofrecíase cual mansa víctima á tan tremendo holocausto, anonadándola la mano de esos pueblos en el abismo del misterioso Nilo. Hé ahí una víctima del fanatismo, una doncella salida de un lecho muelle de plumas, para servir de alimento á los carnívoros dientes del feroz crocodilo. Doncella que arrullada por los besos del fanatismo era del fanatismo víctima.

XIX.

Pero esa doncella que los Faraones egipcios desposaban con las aguas en el lecho del secreto, sumerjíase en su inperturbable corriente, en tanto que los Tolomeos y sus antecesores, inspirados por el ardor del fanatismo, elevaban monumentos, tallaban rocas, abrian lagos y levantaban obeliscos en honra de sus profanas divinidades.

El Nilo, depositario de todas las inspiraciones y cánticos de esos pueblos, tambien conserva en sus fértiles arenas las voluntades fanáticas de sus señores ; tambien su limo fecundaba las cañas y daba el betun, tambien sus aguas regaban las canteras de sus mármoles y tambien fué él, testigo de la grandeza de aquellos pueblos que transformaron sus cañas, sus canteras y su limo, en fanáticos palacios, en nobles obeliscos y en empinadas montañas de granito.

¡ Obras magnas hijas del fanatismo, cuyos restos estática contempla la posteridad !

XX.

Allí se levanta cercano á los costados del Nilo en una de sus mas poéticas planicies, el vastísimo templo de Denderah, que el sublime fanatismo de aquellos potentes pueblos consagró en áras de sus Dioses. Su base y sus obesas columnas que sostuvieron aquel cóncavo techo, representan en sus elocuentes ruinas á la imaginacion del sabio viagero un pensamiento religioso incrustado en cada chapitel, para sostener un cielo de riquísimos mármoles que paradiaba la inmensa cúpula del firmamento. Y no parecia sino que el sublime fanatismo de aquellos pueblos intentaba copiar con los materiales de su rio la grandeza de la vóbeda celestial significada en el templo de Denderah.

XXI.

Levántanse tambien allí próximo á las riberas de Mœris, las ruinas de la egregia morada de sus animales dioses, con sus tres mil apartamentos, sus grandiosos pórticos y sus magníficos retablos; laberinto do acudia en álas de su férvido fanatismo el humilde ejipcio para presenciar los solemnes ritos que sus sacerdotes esplicaban. Allí se exhibian esas divinidades subalternas que el hijo del Nilo atónito adoraba. Allí apis, el icneumon, la ibis, el alabanco y tantos otros recibian el incienso de ese fanatismo santo en su esencia ridículo en sus prácticas. Fanatismo que pasando de sus monumentos á sus pinturas, de sus templos á sus imágenes buscaba en el ojo de Osiris el emblema de la Providencia y cargaba á la benéfica Isis nocturna de pechos alimenticios para que sustentára la universalidad de las cosas.

XXII.

Mas no en eso solo debemos mirar el fanatismo de esos pueblos ; ese fuego de inspiracion atacó á mas de sus creencias, de sus ritos y de sus ceremonias, á sus leyes y á su grandeza.

Fanatizada la justicia, llegaron en su noble ahínco de perfeccionarla, á pesar en una balanza misma al monarca como al esclavo ; y la sepultura que la tierra eternamente prodiga al Señor como

al vasallo, al sabio como al magnate, concedíanla esos pueblos solo á la virtud como el lecho mas digno de su escelsa preeminencia. Por eso levantaron esas augustas montañas de piedra y ennobleciendo hasta la muerte misma en la virtud, llevólos su escesivo amor á la justicia, su fanatismo noble hasta amontonar con el inocente sudor de sus frentes piedra sobre piedra, pensamiento sobre pensamiento esos seculares fantasmas sobre la llanura de Gizé que se presentan impasibles al viagero para imprimirles su inalterable recuerdo. Sus momias, sus obeliscos desenterrados de las cavernas de Osiut con los qne glorificaban la memoria de los sucesos y de sus héroes, tan grandes como su grandeza, y con las que transmitian á sus descendientes el animado trasunto de sus mayores son obras de la sublime exajeracion á que en su noble modo de pensar se entregaron esos pueblos, obras son del fanatismo.

Fanatismo de Religion, de verdad y de virtud impreso en la historia veneranda de ese sabio pueblo y que operando esas maravillas al soplo de la omnímoda voluntad de sus monarcas, ha hecho de él el mas culto y mas grandioso centro de la primera antigüedad.

¡Loor eterno sea dado á tu grandeza Ejipto!

PARTE TERCERA.

XXIII.

Al Noroeste del pueblo de Ejipto, empiezan á despertarse dos penínsulas fanáticas adoradoras de su politeismo. Italia y Grecia: la primera brazo regio, (1) que se desprende de ese cuerpo dormido á que llaman continente Europeo, cuya vida civilizada se anuncia por las pulsaciones que Roma deja apercibir; y la otra cual pecho fecundo que debe lactar con su ciencia á la humanidad, tambien principia á ennardecerse y dilatarse por el magnético calor del fanatismo.

Capitolios, circos, arcos, sepulcros, templos y palacios levàntanse allí por el fanático ardor de las artes, de la religion y de la guerra. Vése en ellas confundido con sus épocas el sublime fanatismo de la religion que se eleva cual una creacion aerostática en brisas de las artes á la region de la gloria; y al lado de esas gigantes creaciones artísticas, empinarse de la faz de la tierra cual un ojo elíptico del Averno el espacioso circo Romano, que el fanatismo de sangre y el orgullo insensato de sus Césares consagraban á la cruenta curiosidad de un populacho bárbaro.

Allí Júpiter, Minerva, Venus y Apolo disputábanse la grandeza del genio griego con la culta potencia de la inspiracion romana; y allí de un lado se levantaban al latido de cada pulsacion un arco espléndido de triunfo por el fanático servilismo, mientras que del otro se apilaban columnas de ágata y pórfido que debian zahumarse con el deleznable vapor qne los trípodes exhalaban y convertirse en estro inspirado del oráculo de la Pitonisa.

(1) Véase en el Mapa la configuracion de ellas.

¡ Italia y Grecia ! brazo régio y pecho fecundo que lactaron al mundo de ciencia y le dominaron con su sórdido fanatismo.

XXIV.

Hé ahí el contraste ! El fanatismo avivando el fervor imaginativo de aquellos pueblos, parodiando las épocas, los emperadores y las guerras, producia a la vez que egregias creaciones y magestuosos templos, hornos devorantes donde se calcinaba el crímen, recompensando la fanática barbarie.

Hé ahí el contraste ! Hé ahí el sublime fanatismo de religion que ennoblece al arte, y á su lado el asolador fanatismo de la guerra que mancilla la inspiracion del arte queriendo ennoblecerla.

XXV.

Los monumentos áticos que se trabajaban con aquel fuego, propio de la vehemencia y altura del genio griego se multiplicaban con tanta rapidez, como Dioses se creaban ; y estos regios moradores del emporio celeste, al placerles descender á la mente del mortal ático ó romano inspiraban la idea, encendian el fanatismo de aquellas ardientes almas, que condensado en su poder y en el arte les hacia fabricar un templo en donde posar ese pensamiento y en donde debieran recibir á ese eminente huésped. En él daban entidad real á la idea, embelleciéndola con todo el suco riquísimo de su poética imaginacion ; en él sublimaban la forma humana transmitiéndola á la divina entidad ideal que concebian, y en él se adormian sus espíritus por el embriagante vapor de sus hecatombes para despertarse solo por la anfibológica palabra de sus oráculos.

XXVI.

Mas en tanto que el Eterno en medio de su actividad, presenciaba esas hecatombes inocentes y aspiraba el grato aroma de ese fanatismo religioso, que al crear divinidades dignificaba su propia obra adorando su esencia con el pensamiento, presidia tambien las nefandas luchas, cuyo devorante espíritu de fanatismo habitaba otras mansiones no ménos esplendidas y decoradas.

Allí envileciendo el hombre al hombre, trazaba un paralelo sobre la tabla del orgullo, con la bestia carnívora y el humano mortal; allí el fanatismo de cruento orgullo febriciente de barbarie sacrificaba al signo terrible del dedo de una vestal cientos de víctimas voluntarias, cuyas almas, al espirar en medio de la alegre y espantosa vociferia de la multitud, repercutian en el plectro sonoro del cristianismo que pulsado por Jesucristo se iba lentamente acercando á la humanidad.

Esas almas y esos gritos herian las cuerdas del evangélico laud y anunciaban convertir esos estériles lamentos, hijos de un loco fanatismo en mártires visiones, en fanáticos, y sublimes padecimientos, como despues sobrevinieron traduciendo al mundo las melodias de sus vibrantes cuerdas.

Por una parte pues, el fanatismo sublime de la religion imortalizando el arte multiplicaba templos y creaba divinidades protectoras, y por la otra el fanatismo del orgullo intemperante y de la guerra, contentando á un pueblo indómito, mancillaba con su memoria las cultas paredes de la mansion de las artes.

¡ Fanatismo sublime, fanatismo asolador !

XXVII.

Corramos ahora el velo de gasa que cubre la magnificencia de aquellos pueblos, dejemos dormitar á esos artísticos monumentos y olvidando por un momento el arte busquemos á la naturaleza; pasemos del fanatismo que engrandece al genio al fanatismo que hace memorable con sus desvarios á la engalanada natura.

Penetremos por las Galias, en la Hisperia, en la Germania, observemos las costumbres de algunos de esos pueblos en quienes el epíteto de Bárbaros se habia encarnado ; miremos entre ellos el papel que en sus luchas fratricidas, en sus irrupciones y en sus ritos le cabe el fanatismo.

Un territorio cortado y fertilisimo se muestra al mundo al noroeste de esos atalayas Alpinos que avaros custodian la civilizacion greco-latina. Bosques vírgenes se desprenden de ese suelo céltico, hombres vigorosos humean sobre sus llanuras cual los vapores que de sus entrañas arroja la tierra ; allí se juntan, se conbinan, luchan, se condensan y allí tambien sacrifican y al multi-

plicarse heredan sus descendientes las semibarbáras costumbres de sus predecesores.

Rios célebres é incansables desgájanse del tronco de sus montañas y se reparten la frescura de aquellos dominios, do se elevan los corpulentos castaños y las sagradas encinas de sus selvas.

Estas son las Galias! ....

XXVIII.

Observemos cual se imprimen en el sentimiento de esos pueblos las fanáticas ideas de sus ceremonias religiosas—Penetrad en sus bosques: es el estío, una armónica vejetacion exhala perfumes y aromas que se pierden cual riquísimos efluvios del trópico en su templada zona.

La noche huyendo avergonzada de las argentinas luces de una radiante luna abandona las llanuras y se esconde bajo las coronas de los árboles de aquellos decrépitos bosques, en donde va tambien á ser perseguida por la hoguera de los sacrificios y por las luces mil que se reflectan en las tiendas de los moradores gaulas.

Nada viene á interrumpir el silencio que aquellos pueblos tejen con sus callados pensamientos esperando estáticos en sus almas el éco de la voluntad de sus druidas.

Las hermosísimas mugeres de esos robustos moradores traducen con su inteligencia é interpretan ese misterio de la noche, uniendo sus fanáticos pensares á las mil hebras espirituales que surgen de la mente de sus esposos, afanándose con ellos en construir y tejer esa callada tela del silencio que los sacrificios solamente deberán interrumpir. Millares de lamfírides chispeantes que juguetean risueños por las ramas de esos árboles ciclopeos, ya muestran y ya esconden la luz de sus amores parodiando en su voluptuosa movilidad las mil chispas sacras que la pira del sacrificio arroja al aire removida por la cuchilla de aquellos druidas tiránicos por cuyas venas corre el fuego del fanátismo.

XXIX.

Esas luces eróticas, esas chispas igneas que fluyen cual exhalaciones eléctricas quebrando la oscuridad de la noche; ese silencio

y esa hoguera, todo anuncia que un imponente espectáculo va á descorrerse á la vista del tímido mortal. El fanatismo trabajando en la mente de esos pueblos, cual el fuego subterraneo que la tierra guarda en su seno, le roe las entrañas y encandenciendo sus capas rebienta y corta detonante los velos de la atmósfera, así tambien royendo esa fiebre devorante la templanza de la razon, encandece las ideas de aquellos pueblos y hace brotar terrible una accion que absorto aguarda el humano y contempla.

Llega el sacrificio y el druida con su aspecto simbólico designa con el dedo de su loco fanatismo á las víctimas humanas que deban aplacar la cólera de sus irritados Dioses. Bajan estas la vista al suelo, levántanla luego trémula á la pira y al tinglado del sacrificio donde la sacerdotisa druida las espera; el reflejo de aquellas llamas ondulantes que una brisa ténue y flexible agita, y el retumbante acero de la cuchilla encandeciendo la combinacion de sus facultades mentales, queman á su razon, enardecen su pensamiento, robustecen el corazon, fanatizan la idea y las hacen que obedientes se precipiten al abismo que esos candentes tizones las abren.

Y la víctima, despues de traspasada por la feroz cuchilla es arrojada aun palpitante sobre las llamas—Todos los alientos resbalan de la garganta al pulmon, cual si temieran inflamarse, todos los corazones cesan de latir, todas las ideas se adunan y un pensamiento único, fanático, terrible embarga todas las inteligencias. La naturaleza intenta por un instante ante aquel espectáculo sacudir el yugo á que la ha uncido la costumbre ; y ese especie de magnetismo que en todo el organismo animal existe, multiplícase por la ignea frotacion que en sus nerviosos músculos recibe la víctima, la piel que se va achicharrando comunica tambien su magnéfico calor á las otras pieles y músculos de todos los espectadores; y el fanatismo entónces en aquel imponente acto, es el cordon electrico que pasando por todas las inteligencias hace espeluzar á los cuerpos bajo el choque tremente producido por aquella eléctrica pira.

XXX.

El sacrificio está consumado...... y triunfa por fin el fanátismo, y los Dioses parecen aplacados; las inteligencias absortas

enmudecen bajo el influjo de un desasosiego interno que un delirante fanatismo revelándose contra el grito de la naturaleza no ha sido capaz de ahogar.

Los druidas severos se recojen á sus tiendas desuniendo la multitud compacta que la mirada clava en sus rostros, cual si se escapara un reproche del terror religioso que todavia la agovia. Se ha sacrificado una víctima, la cólera celeste se tornará en proteccion benigna y el silencio del bosque pugnando por vencer á la escondida oscuridad de la noche, es el único que sigue velando las cenizas suplicantes que la pira entierra y confunde con las de sus carbones; empero el espíritu de la víctima, surjirá de esa informe conjerie é iluminado por las agonizantes chispas de esa hoguera y por los millares de luces de los amorosos lamfirides cortará mansamente los sutilísimos vapores de la atmósfera, divagará por el espacio y se posará en una lejana estrella, do tomando las vestes de un querube reciba la uncion sacrosanta de la felicidad eterna.

XXXI.

El alma de la víctima voló...... y el dia rompiendo la nocturna crisálida sale al mundo adornado con todos los inimitables colores de la luz. Apagan su linterna amorosa los lamfirides, los ruiseñores hacen vibrar ya sus límpidas entonaciones que salen de sus diamantinas gargantas, humedecidas por el matutino rocio, y las chispas fútiles de la pira estinta van perdiendo tambien ya sus resplandores. El sol se muestra por fin magestuoso tras la gola de una montaña y estiende su dorado manto por todas las cúpulas de los árboles que continuan comprimiendo el silencio que pesa sobre el mortal.

XXXII.

Esta calma iluminada y arrobante se anuncia precursora de una tempestad que romperá esa silenciosa presion...... ya comienza á dejarse oir un murmullo apagado semejante al lejano vómito de un volcan ó al sordo estrépito de una apartada catarata, el murmullo acrece gradualmente y ya suenan, ya retumban, ya se oyen las voces, el piafar de los caballos, el clamoreo confuso de los soldados, los bélicos acentos de los gefes; ya las lanzas robando

á los árboles en su brillante remedo, las borlas de ese manto dorado de luz, aparecen rutilantes y ávidas de sangre, y por cima de todo aquel confuso contraste que el oido y la vista forman déjase escuchar la estentorea voz de Brenno que llama á sus huestes hercúleas al combate.

Y marchan y abandonan el lugar del sacrificio arrastrando en sus almas la confianza que el fanatismo les ha infundido. Ya perciben á lo lejos el polvo que las falanjes enemigas levantan cual negra espuma que su furor vomita; ya ese ruido tomando incremento rasga la monotomia del espacio al juntarse los ejércitos ; y entre el polvo, el choque, el furor y la sangre, terrestres elementos que luchan desencadenados, aparece suspendido en los copos blanquesinos de las altas nubes el potente manípulo, signo de la victoria Romana do se ostenta augusto el espíritu del César.

XXXIII.

Los gaulas han sido vencidos; las garras del águila romana cayendo sobre el campo de victoria les arrebata á sus mugeres, las cuales asidas fuertemente por esas prisiones orgánicas, pugnan por desasirse al vislumbrar la nefanda nube de la esclavitud, y quieren morir mil veces antes que ser destinadas para llenar las cohortes de las patricias romanas.

Pero fueron vencidas, y arrebatandolas el fanatismo de guerra y de ambicion, que fué el oxígeno de vida de aquellos soberbios republicanos, lo mismo que el álito absorvente de sus Césares, prefieren precipitarse al seno de las aguas que ir á mendigar las órdenes altaneras de sus futuras dueñas. Arrójanse á los mares con el fanático heroismo de la libertad, y las aguas tan fatales como firmes sus decisiones las abren el lecho del descanso eterno cavándolas una honda y fluida sepultura.

Hé ahí que por todas partes reina el fanatismo y por todas reinante el fanatismo.



PARTE CUARTA.

XXXIV.

¿Y no tendrán otro origen que el fanatismo, todos estos bellos hechos que hemos recorrido, todos estos cuadros de virtud ennoblecida, de ilusiones fanatizadas, de altas creaciones, de monumentos, y de esculturas? ¿Estaria reservado solamente á este poderoso móvil de accion producir tanta víctima como sublimar tanta creacion? ¿Qué es en fin ese fuego que dominando al espíritu y sujetándolo á su capricho inexorable, á tientas y á ciegas lo conduce á tantos y tan variados productos?

¿No existe una sola fuerza de contrapeso que contrabalancée su accion y templándola anuncie resultados no ménos admirables que su aislada y febril naturaleza? ¿Qué es de la moderada y luminosa razon? ....

XXXV.

¡Ay, la razon! ...... Ráfaga eterna de luz que circunda todas las inteligencias, tu eres la via lactea por do recorre la vista el pensador descollando en tus asombrosos hechos, tan incomprensible como grande, firme y admirable, cual los nebulosos de tu celestial carrera descuellan por su apiñada é infinita multitud de fulgurantes astros. Tu eres en verdad la fuerza de contrapeso que mil veces opuso su templado pecho á los candentes dardos que el fanatismo te asestara—Tambien tu has obrado poderosamente en las acciones de la vida humana, pero por desgracia el fanatismo te ha disputado muchas veces, en centenares, de ocasiones tu

voluntad y tu poder, cual mil veces la detonante centella celeste opone su destructora fuerza á la gravedad impávida que mantiene la vertical de una titánica torre.

Luchas de fanatismo y de razon nos presenta profusamente por do quier la historia, victorias del primero contra la segunda en gracia de la humana debilidad llenan con sus arrogantes descripciones las páginas del gran libro de los hechos; pero tambien el papiro de esas páginas truécase muchas veces en ópimos frutos que son tributarios resultados de la preponderancia laudable que al fin la segunda ha conseguido sobre el primero.

XXXVI.

Una sola memoria del fanatismo tendrá que conservar para siempre el código de la esperiencia del mundo. Las inmortales cruzadas son el sublime emblema que atesora esa memoria; los mártires del cristianismo y todos los maravillosos hechos conseguidos por la influencia del Evangelio sobre las almas, son tambien el emblema del fanatismo sublime, de ese santo fuego que eriza los espíritus y diviniza todas las potencias morales.

Y por último los monumentos ingentes que hemos encontrado en las historias de los pueblos, aunque hijos de un fanatismo profano, sinembargo de su sublimidad, séanos permitido hacerlos entrar á componer una parte de esa memoria, pues ellos son recuerdos de ideas imperecederas, son faros, luces, estrellas, chispas celestiales que bulliran siempre en la imaginacion del sabio engrandeciendo el depósito riquísimo de admiracion que encierra su alma.

XXXVII.

Ahora ¿por qué no detenernos un poco en la consideracion del fanatismo? ¿Por qué no leer en nuestra alma algunas palabras que nos traduzcan esa predisposicion del ánimo á crear, á engrandecer y á envilecerse embriagándose con ese fuego, antes de tender nuestra última mirada de despedida á su historia?....
Ayudadme lector á contemplarlo......

XXXVIII.

Todas las facultades del alma no operan uniformemente en

un mismo individuo. Todas las ideas no son tampoco de una intensidad misma en un ser. Todos los organismos no se afectan de un modo, y aun en un solo organismo existen cuerdas nerviosas que transmiten sensaciones mas ó ménos vivamente; pero hay instantes en que una idea luce con la misma claridad en millares de individuos inteligentes, y hay momentos en que todos los organismos que aprisionan esas inteligencias rompen la monotonia de la vida con iguales detonaciones.

Las ideas de los hombres, como sus acciones, como todos los actos de la vida por mas discordes y etérogeneos que nos parezcan á la luz de la individualidad comparada, examinados bajo la generalidad y el órden que rigen las leyes del universo, no vienen á ser mas que hebras que se enmarañan, entrelazan y entretejen formando en su sucesivo y constante mecanismo el sudario blanco que cubriendo al mundo sè ha convenido en llamarle armonia del universo.

XXXIX.

Esta armonia vista por el pensador en su entidad real y mas abstracta, en el silencioso momento de una meditacion, cuando ese blanco sudario se desplega al solo hecho de pensar, descúbrense tambien flotantes sobre su fina entretela unas fosforescentes chispas, que traspasan é iluminan de cuando en cuando la densa oscuridad de ese abstracto pensamiento de la armonia general.

Preséntanse ellas á la mente como las fosfóricas exhalaciones de un cadaver en médio de las tinieblas de la noche, que llamando inopinadamente la atencion conmueven el espíritu y parece que hacen de sus facultades un espejo terso donde sus luces se reflejan.

El alma que las recibe, y que reproduce sus imágenes intermitentes, se modifica y las estudia; vélas brillar, vélas evaporarse, vélas lucir de nuevo y en estas fluctuantes reverberaciones, no atina á concederles entidad propia y aislada de la abstracta entidad de ese cadaver cubierto por el blanco sudario de la historia.

Para ella es una cosa inesplicable esas ideas volcánicas que cual fuegos se levantan de tiempo en tiempo sobre las épocas del mundo.

¿Cómo existen? Por su propia esencia, aisladas del mundo, ó

nacen por los mismos acontecimientos y por la naturaleza de nuestros instintos? ¿ Qué serán ellas sin existencia subjetiva? ¿ Qué son esos fatuos fuegos del espíritu que tanto alarman sino tienen realidad?

¿ Cómo esplicar su colaboracion en el tejido de los hechos del mundo? ¿Poseen naturaleza distinta de la tela de ese sudario? ¿Por qué lucen entónces? ¿ Son acaso ilusiones que nos puede esplicar la catóptrica? Luces que surgen de la oscuridad de los hechos ¿qué serán?

XL.

Estas y otras cien interrogaciones le dirige el pensamiento al pensamiento en el seno de una tranquila meditacion; mas de repente como cortando ese inquieto afan que investiga una causa, brilla una fosforescencia con mayor esplendor que las demas; consigue transvasar con su luz hasta el espíritu para llevar con ella una idea que darle pueda una esplicacion. Sigue observando el alma y mira agitarse ese sudario blanco por un viento misterioso que desconocida region produce, vélo plegarse y replegarse á ese inmenso paño objeto de sus pensamientos, vé repetirse mas vivamente la ascension de las chispas continuadas por la frotacion que sus pliegues desenvuelven, y la idea de la electricidad aparece al punto á su inteligencia radiante y luminosa; exhala un grito de gozo, rompe por fin su silencio y esclama: oh! Esta es la causa! ¡ La electricidad!

XLI.

Causa que se contiene en el sudario mismo, causa que se desarrolla desprendiendo chispas por la frotacion de los infinitos pliegues de ese inmenso paño, causa que le esplica al alma la presencia originaria de ese fenomeno espiritual tan eterogeneo al parecer, y cuya intermitente entidad no difiere de la entidad de esa blanca estofa.

La electricidad estudiada y observada por el espíritu le esplica tambien el origen del fanatismo.

En efecto: ¿y por qué no mirar como causa de este fenómeno, y de muchos otros mas, á cierta especie de fluido espiritual al cual llamar pudieramos y sin andar muy desacertados, electricidad del

espíritu, tanto mas si análogamente comparadas las dos electrícidades, encontramos fenómenos en el mundo psicológico, que como el que nos ocupa, casi nos es forzoso atribuirles una causa distinta de los demas móviles sociales y que sin embargo se halla en las almas así como la electricidad física se encuentra en los cuerpos?

¿No nos será permitido llamarla electricidad espíritual? ¿Por qué no mirar este sutílisimo fluido corriendo por las almas, como el agente físico desarrollándose por los cuerpos?

Sin tener este móvil una entidad aislada y diferente de la de los demas actos y acciones de la vida, aparece sorprendiendo con sus hechos, no obstante que no es otra cosa que la electricidad espiritual, llamémosla así, que las oleadas de la vida, plegadas por las ideas y las épocas hacen desarrollar y desprender en chíspas fulgentes, que rompen la oscuridad del pensamiento que examina ese sudario, apareciendo como eléctricas exhalaciones de la historia.

Con esto, satisfecha el alma, no ha menester de ir á buscar fuera de la misma historia del mundo la causa de esas fosforescencias espirituales,

En la misma uniformidad, en el mismo órden y armonia de las acciones y de las operaciones de las facultades, vé el alma desprenderse las chispas del fanatismo, vé esos actos casí estraños al compendio activo de la vida, y empieza á comprender que el viento misterioso de la actividad divina, agitando tenuemente y poniendo en oscilante movimiento á todos los hilos que recaman la gran tela de la humanidad, es el que hace que se plieguen y se levanten esas oleadas, que origen son de que, de tiempo en tiempo se desarrolle esa especie de febril electricidad que existe en el espíritu del hombre arrastrándole con su embriagante fuego.

XLII.

Los actos estupendos del fanatismo son pues chispas de esa electricidad, por eso ya no nos debe pasmar verlas brillar y reproducir, morir ó perpetuarse en la mente, así como se simbolizan en el mundo por esos colosales monumentos.

Las chíspas que lucen y despiden sus fulgores recojidos en caprichosos colorines por la agitada mente, son recuerdos de sus distin-

tos sentimientos cuando los percibia sobre la estension de un cadáver; y los monumentos que son obra del fanatismo son las chispas que brillan y lucen por cima de todas las demas creaciones que se confunden y replegan en los hilos del sudario inmenso que cubre la faz de nuestro planeta.

XLIII.

Todas las ideas del hombre podemos considerarlas como otros tantos focos, de esa electricidad que nosotros llamamos espíritual y que no es otra cosa sino una aptitud oculta y misteriosa que posee una idea en contacto de otra para aclararse, encenderse y dominar mas sobre el espíritu.

La electricidad espiritual es una fuerza oculta de la idea: esto es obvio; y hay ideas, cuya causa de preponderancia sobre la inteligencia nadie esplicaria, como nadie esplicaria la accion de un cuerpo magnetizado sobre los demas cuerpos, sino atribuyéndola á esa especie de potencia febril oculta, que hemos designado antes.

XLIIII,

¿Por qué unas almas penetran una idea con mayor viveza que otras? ¿Por qué esta idea luego halla mas éco en el espíritu que otra? ¿Por qué se aduna el alma mas felizmente á cierta nota de la música que la suscita algun recuerdo que á otras? Por que la cautiva cierta belleza y la aprisiona mas intensamente que otra? ¿Por qué trabaja mas en fin una idea, un pensamiento y acalora mas nuestros sentidos, pasando de los nuestros á los de los demas individuos para encender instantaneamente todas las inteligencias con un fuego general.

Todas estas misteriosas causas que vulgarmente se atribuyen al génio, al mayor ó menor grado de inteligencia del individuo, á su mayor cultura, á la ocasion, al lugar, al tiempo ó la época, á su mas ductil predisposicion, con cuyas causas nada esplicamos, no pudiéramos nosotros atribuirlas á una sola y única, que operando esas exhaltadas y repentinas entonaciones de entusiasmo ó de delirio, llamar pudiéramos *electricidad espíritual*?

Esa misma predisposicion de los espíritus, ese grado de cultura

por medio del cual se plegan y adhieren mas á cierta idea ó la adivinan, ese grado de genio en las ideas que en ellos existe, no pudiéramos llamarlos centros ó mejores conductores de la electricidad espíritual?

¿Seria un absurdo clasificar una idea fogosa de *centro de electricidad vitria ó positiva*, como clasificar de *centro* de electricidad *negativa ó recinosa* á una idea retrógrada, á una idea que por su abstrusa naturaleza es incapaz de producir modificaciones en los demas espíritus?

Y esa electricidad espíritual estendida por las almas como el agente físico por los cuerpos no podrá hallar en ellas mismas ó en sus ideas mejores ó peores conductores, inteligencias vitrias, mentes metálicas, á las que enardecer con su calor y á las que sublimar con su misterioso fluido?

XLV.

Si una idea que entraña en su sustancia cierto grado de electricidad espíritual como todas las otras, se posa y se aduna mas con cierto espíritu ¿no pudierámos atribuir esta misteriosa conformidad y esta adherencia arcana á esa predisposicion del alma á conducir, á propagar ó mantener esa electricidad? De este modo fácil nos fuera con la admision de esta doctrina esplicarnos el origen y los desarrollos del fanatismo, puesto que ¿qué otra cosa es él sino un hecho ostensible de ideas exajeradas,electricidades mejor conducidas, principios enarcedecidos, que corrieron por las inteligencias, chispas que se desprendieron por la frotacion espíritual de un principio y que cortando ese sudario blanco del mundo cual el rayo hiende la atmósfera, iluminaron, derribaron ó enaltecieron monumentos y generaciones?

XLVI.

Lo que llamamos pues inspiracion, estro, númen qué viene á ser en el sistema de esta doctrina sino una chispa producida por la electricidad espíritual?

Si esa inspiracion, estro ó númen se manifiesta en un espíritu mas bien que en otro, dependerá à no dndarlo de la naturaleza

sustancial del espíritu, que la providencia donó á cada creatura, así como la providencia es la que donó al lacre y á la arcilla la propiedad de ser malos conductores de la electricidad, como es en fin la providencia la que calculó y equilibró las electricidades positiva y negativa·

En verdad, la electricidad espíritual no pasa de ser una ficcion ó una metáfora ; pero una ficcion posible, una metáfora gratuita cuya realidad se manifiesta y sorprende al espíritu por esa especie de *fluido* entusiasta que existe en las inteligencias y al cual queremos dar este nombre ; y cuya misteriosa union íntima con las fibras eléctricas del organismo, es acaso la causa oculta del fanatismo y de las estupendas creaciones del ingenio que le son propias.

XLVII.

El fanatismo es uno de esos fuegos que corren por las inteligencias despertando paralelamente el fuego del corazon, y este móvil del cual hemos hecho un breve exámen á la luz de la historia es la causa que atribuimos á esas fogosas acciones que pasman, horrorizan ó arroban con la admiracion que producen.

Míremos finalmente á Cenon el diácono inspirado por un fanatismo patriótico, suplicando á Cuniberto subrogue en él su real persona momentos antes de presentarse á la batalla contra Asprando usurpador del trono de los Longobardos ; Cuniberto atónito por la misma fuerza eléctrica del hombre del que queria sacrificar su existencia por conservar á la patria su régia vida, se admira, se entusiasma, lo abraza, pónese en misteriosa comunicacion la idea suscitada en su espíritu con la sublime inspiracion del fanatismo por la patria que se desprende del alma de Cenon, lo estrecha mas y mas contra su corazon y cediendo al fin á las reiteradas súplicas de los grandes, de los duques y de los príncipes sus parientes y amigos, consiente en la horoica, cuanto grande y sublime permuta que se le propone. Cenon embriagado por el fanático patriotismo que le regalaba su patria y que le hace salir del templo al campo del combate, lucha y espira salvando la vida de su Rey y haciendo á los Longobardos felices.

Hé ahí un hecho sublime del fanatismo ! Eh ahí una chispa

electro-espiritual. Estos y muchos otros grandes hechos que la historia nos descubre en cada una de sus páginas. ¿Qué son sino ideas que han desarrollado su electricidad al contacto de ciertas almas, por la elucubracion de un gran principio que trabaja en la mente y se frota con las demas ideas en ciertas épocas y circunstancias haciendo de los hombres héroes?

¿Qué es la admiracion que aun la lectura de estos episodios nos arranca, sino un toque eléctrico de esa idea que modifica á nuestro espíritu?..

....

Es esta pues en resumen la consideracion final que hacemos de la presencia de este móvil poderoso de accion en el mundo.

Idea, electricidad, fanatismo.



FASES DEL AMOR.

PARTE PRIMERA.

I.

(1) El amor es la fuente de la existencia ; es tan necesario á la vida mecánica de las sociedades, como el tiempo es necesario para la regulacion de los fenómenos que se suceden en él. Pero el amor ó mas bien esta palabra *amor* es tan genérica, presenta tantas variedades que se hace menester una sintésis de teorias diversas que se refundan en el espíritu para hacernos cargo de él y comprender todas sus fases.

El amor es una de aquellas ideas cosmopolitas, si se nos permite esta espresion, pues él viaja, se aclimata y se naturaliza en todas las épocas de la vida desde la cuna al sepulcro.

II.

Desde que el individuo comienza á existir, desde que se manifiesta su ser en embrion, desde ese momento empieza el amor y se inicia la primera manifestacion de su reciprocidad en el sentimiento materno.

(1) He querido reproducir aquí la primera parte de este artículo FASES DEL AMOR, que antes habia publicado, por que dando á luz su segunda parte, quedaria trunco sí así no lo hiciera, y al lector le fuera difícil seguir el hilo de mis ideas sobre este capítulo, sin tener un conocimiento completo de todo él.

La reciprocidad en el amor es una de sus cualidades constituyentes, es como la estension á la materia y como la gravedad al sistema científico y eterno del mundo. Es no solo el espíritu del amor, sino que constituyendo su esencia es tan implícito al sistema físico y moral del mundo como el *Fiat lux* del Hacedor Supremo fué necesario para que los rayos solares irradiasen sobre todas las superficies.

III.

Mas no solo es el amor el generador y multiplicador de las existencias, sino que es el agente mas poderoso de la vida moral. El amor debemos de considerarlo como el padre de todos los sentimientos y de todas las afecciones nobles, como la antorcha fúlgida que ilumina todos los caminos que nos conducen á la mansion del bien.

Se objetará quizá que él es uno de esos móviles que nos llevan á la maldad y nosotros ni nos ocuparemos en demoler este falso argumento, ensalzando con todas nuestras fuerzas su divina esencia por cima de todas las imperfecciones é impurezas mundanas.

Elevemos nuestra alma sobre el diapason horrísono de las pasiones y escuchemos los divinos acentos del entusiasmo que repercuten en todos los ámbitos del mundo proclamando que el amor es lo bello de la vida, que el amor es la espresion mas ideal de la belleza.

IV.

Analicemos todas sus faces y despues de haber recorrido con él toda su órbita, nos sentiremos compelidos á su centro, atraidos á obedecer á sus fuerzas, predispuestos para amar.

La cuna y en seguida la primera infancia caracterizan la primera fase del amor.

La tierna edad es la fase mas instintiva, es decir, mas remota de la luz de la conciencia, es su fase primera, es la neomenia del amor. Obedecemos á nuestros deseos instintivos por amor y si amamos es únicamente á nosotros mismos, pues el amor, que profesamos á nuestra madre es como el amor del escultor al mármol que personifica sus inspiraciones; es un deseo innato de existir, y

son las caricias espansivas del corazon á la madre que nos dió el ser, el primer gérmen del segundo amor, del amor que grato se desarrolla, del amor que necesita espancirse y tornar á su centro, que necesita de esa reciprocidad inherente á su naturaleza como el Sol ansía por la recíproca convergencia de sus rayos hácia él.

Ese gérmen de amor mas espansivo y mas recíproco no esteriliza ni destruye la reciprocidad que envuelve el amor primero, la neomenia del amor.

La reciprocidad dijimos es injénita de su esencia, mas así como el amor presenta en su carrera circular varias fases, la reciprocidad que es su atributo recorre su órbita á la par que él, del mismo modo que el Elio-cometa sigue al sol.

Así como nuestra alma en aquella época de la vida se despoja de la égida de la conciencia y sin embargo ama y no lo conoce, así tambien ese amor se refleja como la luz en la superficie sin que nosotros que estamos ciegos lo percibamos. Nos falta la preclara luz de la conciencia para saber que amamos y conocer su ley de reciprocidad; nos falta la vista para la percepcion de los colores. En aquella época nos asemejamos al que conociendo los caractéres con los que una idioma se escribe, lo sabe leer y pronunciar sin comprender lo que dice, sin saberlo traducir al suyo.

V.

Si se nos dice que es la época mas feliz de la vida, es quizá con referencia á que no conocemos los azares y desengaños de ella, por que aun no hemos penetrado en su huerto; pero por cierto no es feliz el hombre si examinamos que nada en esa época le puede hacer vislumbrar la felicidad. ¿Serémos felices por que carecemos de ese gran número de dolores morales de los que no comprendiéramos su intensidad? Pero si esa edad nos exenta de los dolores, nos priva tambien de conocer y saborearnos en ese cúmulo almibarado de placeres intelectuales que encontramos en el amenisimo huerto de la vida; estariamos sin dolores privados de placeres y no seriamos felices por que la justa compensacion que existe al disminuir una parte de lo uno y de lo otro hace que el alma en la infancia sumida en el letargo de la conciencia no posea otra felicidad que el amor individual, el amor de la conservacion.

VI.

Pero ya existe el instinto del amor, ya existe ; y existe en embrionela como el individuo, pero existe. El es oscuro en sí mismo, todavia no ha llegado la hora de esclarecerse ni de que luzca por es su primera fase ; él es un foco apto para reflejar la luz pero que no alumbra por que aun no ha recibido los rayos de la luz de la conciencia.

Avanzando en su carrera se iluminará y crecerá mas intenso cuanto mejor sea la predisposicion del alma que lo posee para ser modificada por las luces de la conciencia en la reciprocidad.

VII.

Entramos en la niñez y empezamos á percibir que amamos..y que somos reciprocamente amados, conocemos que nuestro amor se va nutriendo para en adelante de la mas santa de las afecciones de la vida, con el amor de madre. ¡ Feliz el que sin tropiezo abre y termina su órbita con ese amor vario en sus caractéres, en su naturaleza, y en sus luces sin encontrarse jamas en conjuncion con otra pasion opuesta ! ¡ Feliz aquel cuyo amor no llega á eclipsarse !

VIII.

En la segunda fase del amor, en la primera zizigia de él, vémoslo mas encendido, mas luminoso, por que empieza á colorarse con las luces de la razon y de la conciencia. Ya el hombre comienza á ser feliz, su corazon se dilata por ese fuego divino como la azucena coqueta que se abre y muestra sus nacarados pétalos á la accion de los benefactores rayos del sol. El amor como el calórico son los agentes que dilatan, el uno la naturaleza moral del individuo, y el otro las partes componentes de los cuerpos.

IX.

¡ Qué bella en la niñez nos parece la existencia ! ¡ Qué incitante el mnndo ! Se despiertan ya nuestras afecciones al contacto del zéfiro de la sociedad y el hombre inocente ageno de la perfidia,

ve en cada accion de sus semejantes una ovacion á su entrada triunfal en el huerto de la vida.

Solo en ese huerto percibe flores, ama todo ese paisage fascinador y tal es la abundancia de su goce, tal su ilusion y su embriaguez tanta que no desea penetrar encantado por su tortnoso aberinto para descubrir las sierpes que pupulan ocultas à la sombra de sus flores.

X.

El amor en esta edad es casi indivisible, con relacion á su objeto, pues su fin es amar tòdo, y sus medios para conseguirlo son la inocencia y el candor. No se despiertan en el hombre otras facultades que las que paulatinamente le hagan amar el huerto de la vida y todas las campiñas de su alrededor. Ama el niño con su memoria por que sus recuerdos son agradables, porque recien principia á formarse un caudal de ellos : sus ideas estan diseminadas en la superficie de un globo que patente á la inteligencia su memoria se mece suavemente en ellos y se aduerme al arrullo de sus reminiscencias.

Abstraemos de todas ellas un principio, una verdad, *la belleza* que hemos percibido al comtemplarlos é imaginamos por ella risueños porvenires, que son otros tantos combustibles que se queman en la hoguera del amor dilatando las fibras del corazon.

Esta es la edad en que la imaginacion jóven como el espíritu armonizándose con él, empieza á trabajar, á combinar, á ejercitar su pensamiento por las alegres praderas de la vida, paseándolo por un precipicio como por un dintel firme, sin estacionarlo, y tal es el contento que sentimos que tomamos por realizable lo que solo es producto de la combinacion inteligente.

XI.

En esta edad la facultad imaginativa nos hace facilmente creer en sus pinturas; parécenos que sus vistas son naturales, como el que jamas hubiera visto un cosmorama, juzgaria de las imágenes que percibe con el auxilio del vidrio optico ; el vidrio es la imaginacion y el cosmorama el mundo de la infancia, do el niño creeria realidades esas efímeras apariencias, y mas aun creeria en la posi-

bilidad de una puerta que le introdujera á ese animado gabinete cuando al buscarla le enseñara la esperiencia que no existe.

Así la infancia imagina, realiza, cree en la verdad de sus ficciones y solo los años y la esperiencia la estraen la catarata que la cegaba y la hacen ver la realidad del mundo tal cual él se nos evidencia.

Todos los conatos del hombre en esta época de la vida son á gozar, á henchirse de placeres inocentes y de alegria ; á ello tienden su imaginacion y su actividad, ricas facultades que se mancomunan á ductilizar el hilo de sus dias comprimiéndolo entre sueños, venturas y caricias.

Podemos decir que el hombre en esta situacion es casi feliz, por ser mayor el cúmulo de sus alegrias que el de sus pesares. El se aflije para alegrarse de nuevo, y ese tránsito tan sabiamente establecido, le proporciona ahinco y fuerza para recibir avidamente las placenteras impresiones de su niñez.

XII.

La razon que es la facultad que mas lentamente se despliega abre su escuela de reflexion y raciocinio en esta fase de la vida, empleando todos sus afanes para el mundo estimulada por el amor. Y es en esta época en la que apenas comenzamos á vislumbrar otro mundo de placeres, que las mismas inspiraciones del amor nos comunican. La naturaleza y el amor van medrando al paso que nuestras potencias los alientan con la suave panacea de la inteligencia.

XIII.

Llega la pubertad ; la naturaleza se reviste de nuevas formas y el amor cambiando de objeto se apresura á cambiar de fase, inaugurando felice la tercera época de su vida, su emersion del opaco disco de la infancia.

XIV.

Hasta entonces la muger ha sido para nosotros un metéoro eléctrico que cruzaba instantaneo por la vida sin darnos tiempo á que nos fijáramos en él ; pero desde luego esa mujer, ese metéoro

se inflama y hiere nuestra vista cual brillante exhalacion que nos deslumbra.

El amor entonces pugna atrevido por engrandecerse, penetra en todas las fibras materiales del cuerpo, y en medio de sus fuertes y continuas oscilaciones no osa aun salir del santuario del pudor. El organismo ese aparato providencial en su naturaleza íntima es el recipiente que obsorve todas las percepciones para transmitirlas al alma y siendo tan súbitas las fuerzas que las recojen debilitan á la voluntad que las deba dar salida.

Pero esta lucha finaliza: el alma sultana de la materia se ostenta egregia y magestuosa, impera, domina porfin é investigando la causa que trastornó sus dominios, encuentra en la muger la razon plausible que se la esplica. Avida se lanza á ella, se para, la contempla, recoje la idea abstracta de su hermosura y de sultana dominadora que era, conoce á su vez que es vasalla: admírase de que su imperio se confine, pero la razon le abré el libro de las verdades y le apunta ese proceder inscrito con cifras inmutables, en donde postrándose lee—*que el amor es lo bello de la vida, y la belleza ideal sublimada en la muger es la ley de sus destinos.*

XV.

Obedeciendo á las leyes eternas y sin tomar cuenta de sus procederes se abandona frenética á amar; sube en el esquife de la imaginacion para esplorar el tortuoso rio de la vida, alimentandose de las lindas perspectivas que divisa en sus riberas, del euro que conduce las brisas suaves y aspirando el puro ambiente de sus deseos zurca sus aguas y sigue avanzando en su esploracion hasta descubrir la selva do reside la muger amante y allí arrodillada, demente recoje el atributo del amor que pende de los lábios puros de la buscada ninfa, que va á confundir sus besos con ella en el sólio de la reciprocidad.

XVI.

Hé ahí al amor en todo su incremento, sentado en el perigeo de su órbita, cercano al sol de su destino, ostentar radiante las puras luces de la razon y de la conciencia, que le infunden toda la clari-

dad de sus resplandores. Aquí es cuando el hombre ama. Aquí es tambien cuando el hombre va á llenar su mision pues le toca abrir y cerrar el cofre de sus dias útiles con anbegacion y obediencia á las leyes naturales; su época decididamente moral se presenta y la muger será el opérculo que cierre esa mision complementando su destino providencial. Es el amor el anillo que los une y el himeneo la sacrosanta atmosfera que circunda á esos dos seres.

XVII.

En el arcano del mundo, en el misterio de nuestra existencia, el himeneo ocupa el primer puesto y está en el primer lugar.

Somos agentes fatales, que obedecemos en globo á leyes que fatalmente rigen los actos de nuestra conservacion. Tenemos la conciencia de que conocemos que esa fatalidad nos rige, y es tal la sublimidad de nuestro espíritu cuando despliega sus facultades que el hombre obedeciendo fatalmente á las órdenes y preceptos providenciales, se desprende un instante de su ritualidad para concebir y contemplar estático el poderio de las leyes á que esta aparentemente sujeto y que lo dominan en virtud de su doble naturaleza.

El hombre en medio de esta fatalidad legal descubre que el himeneo ocupa el primer puesto en la ecsistencia; mas aun es la piedra primera que Dios colocó para cimentar sobre ella el estupendo edificio del mundo. El himeneo formando la union de los dos seres es el paladion potente sobre que se afianzan todas las reacciones organicas de la vida humana y son el hombre y la muger las dos columnas que inaguran ese augusto monumento cuya fama imperecedera se estenderá á todas las generaciones. El himeneo vive por el amor, por ese amor que es el compás con que el divino arquitecto trazó el plano de ese monumento que nos confunde y admira y del que la llama intima é inestinguible que arde en nuestros corazones es la fotografia exacta de ese almo instrumento que sirvió á Dios para la construccion del plano del universo.

XVIII.

La creacion del alma con todas sus afecciones brilla como la obra mas miraculosa del altisimo, brilla ante la vista de esa alma que

se ofusca comtemplándose, y es tal la naturaleza del alma, tal la divinidad de su esencia, que el amor vive en ella antes de que descienda de la cima de su creacion á vestirse con las ropas de la materia.

XIX.

El himeneo formado por la creacion recíproca de dos almas, es un hecho que la mente mas esclarecida se agovia bajo el peso de tamaña concepcion. Escapa á nuestro albedrio ese divino destello esa chispa mística qne nos debiera iluminar para la comprension de esa alma en su sustancia y para concebir esa tendencia recíproca de armonia simplicidad y afecto en dos de esas sustancias espirituales. Afeccion que arrastra un alma hácia otra, afeccion que hace simple su pluralidad, abstracta y una la doblez de esos espíritus, afeccion que es la eterna ley de cohesion en los espíritus y que hace que en presencia el uno del otro se aunen como en el espacio dos móléculas áfines de una igual naturaleza se refunden en una sola.

El creador al crear el alma no debió crear una solamente. No comprendiéramos *el como*, ni uos diéramos razon de la progresion de la vida por el amor con la concepcion de una alma sola que fertilizara la creacion.

Y es tal la nececidad del objeto de esta doble concepcion, tal la economia dè él, que proponiéndose Dios al criar el hombre, colocar un atalaya en el universo en cuya razon resplandeciera su maravilla y á cuyo fin dióle un organismo material que le sirviera de vehículo para transmitir ese portento á su razon, ha debido pues ligar el desarrollo de la humanidad y su continua existencia *á la constancia del mundo.* Sí la maravilla hubo menester de atalayas, puesto que necesarios fueron con relacion á ella *pues existen*, estos debieron conservarse á la par que ella se ostentara luciente, y si constante es el espectáculo de la naturaleza ante el hombre, este creado en ella y para completarla debe ser su mas entusiasta admirador hasta la consumacion de los siglos.

¿ Y cuál es por ventura la razon intrinseca de esa progresion constante que advertimos en el hombre ? ¿ Cuál es el fundamento que la mente concibe como necesario, en el sistema moral y fisico

del mundo, cual es ese fiel prepotente que mantiene eternamente en equílibrio la vida sucesiva? ....

La creacion de dos almas unidas por amor; en fin el amor.

XX.

El amor! mas no el amor tal como lo pueda concebir la vulgaridad de las criaturas, no: el amor á que nos referimos aunque es uno mismo en sí varia en sus manifestaciones; y la unidad de el, la idea absoluta de todos sus modos de ser, la gran concepcion parto ingente de la inteligencia que lo concibe, es el amor puro, grande, única fuente de vida, principio de existencia, es en fin EL AMOR ABSTRACTO.

XXI.

Estamos en la tercera fase del amor y si algo mas nos detenemos en ella es á consecuencia de que cómo la mas esplendida y luminosa apremia mayor exámen, necesita que nuestra mente la observe mas y que aparentemente la hagamos estacionar en su indefinida carrera para holgarnos mas en su contemplacion.

En el exámen que hemos hecho de ella y en el que hacemos, nos alejamos de la esperiencia, queremos olvidarnos de que la causa de nuestra propia existencia es el amor; queremos deslumbrados ya por la brillante luz de tan preclara fase apartar la vista de ella como la aparta el astrónomo colocando en tierra el telescopio para filosofar sobre lo que ha visto, y sobre la naturaleza del astro que ha observado.

Siendo la esperiencia la ocasion, filosofemos nosotros á manera del astrónomo é iuvestiguemos con nuestra razon la naturaleza de nuestro astro *del amor*; busquemos en Dios y en él, su origen la esencia y el fin de su ser.

XXII.

En efecto existe el amor pues lo sentimos—Mas ¿qué es lo que conocemos acerca de su naturaleza? Nada absolutamente sino que es un sentimiento. Hemos recorrido varias de sus fases ó mas bien, los diversos modos de hacerse sentir que posee en las diversas épo-

cas de la vida. Nada de nuevo conocemos sobre su naturaleza cuando nos hallamos bajo el influjo de su primera fase, que cuando en la segunda amando á nuestra madre, que cuando nos hallamos en la tercera amando á la esposa.

Amando á la muger como madre, amándola como esposa, amando á nuestros hijos, amándonos á nosotros mismos, en ninguno de estos cuatro diversos modos de amar nos es mas espedito acertar sobre la esencia de tan sublime sentimiento.

XXIII.

Amamos y lo conocemos, existe el astro y lo vemos, sentimos amor en una palabra : mas ¿qué es amor y con que fin lo sentimos? ¿Hé ahí el misterio; hé ahí el mar profundo que la sonda mas atrevida de la inteligencia jamas ha profundizado, perdiéndose siempre que lo intentara su infinito cordel en la inmensidad.

Dios solo conoce la esencia del amor; él solo puede esplicarlo, como así mismo solo él esplicar puede la razon de por qué existe y por qué amamos.

Nosotros solo podemos tentar ; arrojamos la sonda en el mar del misterio, pero Dios solo se recrea en sus abismos, sin que lleguemos, siquiera á agitar las corrientes próximas á su morada.

XXIV.

Mas sino podemos por la limitacion de nuestro ser intelectual conocer la esencia del amor, nuestra audaz razon elevándose como el ágil cóndor en sus propias alas distingue su principio y esplica con su perspicaz vista su fin.

XXV.

Empero no se crea tampoco que esta esplicacion es absoluta; es decir, no lo es con respecto á Dios, que jamas el mortal en su locura pisará el dintel inmenso que lo separa de la Divinidad. Su razon es impotente para medir altura tan prodigiosa, eminencia que apenas la percibe. Esta esplicacion pues será absoluta y suficiente para nosotros, relativa para Dios.

XXVI.

Sentemos como tésis que Dios es el origen del amor. Y ciertamente, vemos que es tan verídico por si mismo este juicio como evidente es el sentimiento erótico. Para demostrarlo el argumento mas poderoso que en su abono podemos presentar es el del mismo sentimento, el *del amor*; pues la felicidad inmensa que gozamos sometidas al fuerte empuje que nos comunica hace espontáneamente brotar de nuestros pechos la noble flor de las mas santas afecciones y de nuestra alma las perlas mas ideales é intuitivas de la inteligencia, llamándonos á buscar el bien como la grata sombra de las flores del corazon y á Dios como tipo supremo y perla modelo de nuestras estupendas concepciones. La gratitud es el jugo que se esprime del corazon cuando del alma reboza la sublimidad del sentimiento que hendiendo los cielos se eleva hasta el Empireo hollando los nueve coros de ángeles que rodean á la divinidad.

XXVII.

Y encontrar por su mediacion á Dios, elevarnos en álas del entusiasmo amoroso hasta su escelsa magestad, importa descubrir el manantial de donde surgen los abundantes y ricos dones que nos colmna de ventura.

El que amando en su férvido delirio descubre á Dios, como Bien supremo á impulsos de su imaginacion, resuelve el problema del origen del sentimiento; encuentra el origen del amor.

XXVIII.

Nada hay mas elocuente que lo que se siente y es inesplicable; las ideas que se hallan en esta categoria son las mas sublimes y ellas corren de una á otra inteligencia par medio de la infinita tenuidad de la electricidad racional.

Lo propio que nos pasa con las ideas acaece con los sentimientos; cuantos mas sublimes y mas poéticos, mas inesplicables, mas imposibles de ser transmitidos por la palabra en tanto que son mas general y uniformemente sentidos. Esto esplica la elocuencia irresistible del sentimiento.

¿Y qué sentimiento mas grande y mas sublime que *el amor?*............. El es pues, el mas elocuente. En vano trataramos de sustituir una argumentacion mas sólida que la que para convencernos, nos procura el amor mismo. El sentimiento de Dios amando es la razon mas lógica de su origen.

Ya que hemos encontrado su origen, tratemos de conocer su fin.

En verdad que averiguar el fin ó la razon final del amor no es empresa facil, y quizá traspasa los confines de nuestra inteligencia, mas aun cuando no logremos dar solucion á la cuestion propuesta, procuremos por lo menos indagar sn fin particular, esto es, su fin para el mundo. Buscar la razon final del amor importa investigar la razon final no solo de él sino de todos nuestros innumerables afectos, de todas nuestras facultades y hasta de nuestra existencia propia : importaria nada ménos que penetrar el misterio de la Providencia divina, hondo océano en el que la razon se pierde sin llegar â conocer jamas las latitudes en que se encuentra.

La Providencia Divina es como el horizonte racional que concedemos á la tierra, cuyo círculo jamas será trazado fijamente por el compás de la humanidad. Todos nuestras pretensiones fueran vanas para efectuarlo, todas nuestras tentativas se estalláran ante la esférica forma de la tierra y ante la indefinida movilidad del sensible que nuestro ser condujera para trazar vanamente el racional.

XXIX.

El horizonte sensible, el mundo en que moramos son dos insuperables diques que contienen el torrente ansioso de nuestra razon, los que limitan nuestra actividad en tal empeño : y tambien son el mundo y nuestra naturaleza de criaturas la gota serena que cubre los ojos de la razon, cuando quiere penetrar ese misterio ; gota eterna que ningun mortal arrojará de sí mientras Dios mismo con su poderosa mano no quiera extraersela.

Imaginar solamente que pudiéramos penetrar ese arcano, seria imaginar la posibilidad de cortar en un punto los dos horizontes que la razon hace paralelos, y sí es inmensa la imposibilidad metáfisica que para lo segundo encontramos, es mayor aun la que nos separa de penetrar la Providencia.

Menester es pues desistir del empeño que nos compele á buscar la razon final absoluta del amor que solo la Provídencia divina puede dar solucion plausible á este problema.

Vamos ahora à buscar su fin inmediato particnlar.

XXX.

Observemos la historía del mundo desde su principío hasta la actualidad, echemos una mirada fisiológica sobre nuestra constitucion, observemos nuestros sentimientos y nuestras pasiones. En estos como en aquellos, en la fisiologia como en la historia vemos siempre que el amor juega el primer papel que es, casi podemos asegurarlo, el móvil mas impulsante de nuestros actos morales.

Todo en la naturaleza animal va encadenado ; pero esta cadena indefinida arranca de un primer eslabon ; ella toda es la obra maestra de un supremo artífice, cuyo único instrumento para fabricarla fué su régia voluntad ; pero esta voluntad omnimoda parece quiso haberse detenido mas en la fabricacion del eslabon primero, punto de partida de esa incomensurable cadena ; y ese pequeño esceso de atencion que puso para operarlo, bastó solamente para engendrar el afecto mas grandioso, el mas sublime modelo, cuyo dibujo impresiona, pero que es imposible reproducir.

XXXI.

Esta indefinida cadena de la que formamos parte se alimenta toda entera y se alimentará constantemente de las chíspas que arroja de sí el eslabon primero, de las impresiones puras que nos comunica ese noble sentimiento.

Esta cadena, cuya existencia constnnte supone su entidad presente y que se alimenta, se nutre, se impresiona y vive necesariamente por el amor segun hemos visto, ha menester de su éjida protectora para propagarse indeterminadamente. Hé ahí pues su fin, la conservacion de la existencia de esa indefinida cadena. Todo el trabajo del amor, todos sus conatos, todos sus esfuerzos, todo su ahinco á ello tienden, á multiplicar la existencia indefinidamente; y Dios cuya escelsa bondad y sabiduria se ostenta en todas sus obras quiso galardonar los trabajos de tan sublime sentimiento, concediendo como premio de su virtuoso heroismo *la felicidad.*

XXXII.

Y el que llega á solazarse en las aguas de tan mística recompensa ha de ostentar en su frente la insignia preclara de la virtud, que es la condicion necesaria y única que el amor presupone; pues la felicidad no es otra cosa que la lluvia de oro que rocía al alma acrisolada en la virtud, y asi como ella es el galardon que Dios concede á la humanidad, así tambien es innegable que el hombre para saborearse en ella tiene que mancomunar el afecto con el deber, el sentimiento con la razon y hacerse de la virtud el tálamo riquísimo y firme de su amor. Amar en la virtud ó ser amante virtuoso es la condicion del bien y la muger es para el hombre la ocasion de hacer factible este sagrado principio en una proporcion análoga que el hombre lo es para la muger.

XXXIII.

El amor, esta chispa desprendida de la mansion divina y destinada á fluctuar encendiendo á la humauidad entera, llega á su mayor intensidad en la juventud.

Entonces las pasiones brotan en torno de la hoguera del amor, se desarrollan con el amor mismo, y la nobleza es el distintivo de ellas como la constancia y muchas veces el heroismo lo es del amor. Pero esta hoguera encendi da, cuyo fuego nutre el ardor de las pasiones y cuyo poderoso incendio en esta tercera fase fuera perniciosimo al mundo, tiene su providencia que vela cual madre afanosa por el desarrollo moderado de sus hijos; providencia destinada á mitigar el esecsivo fuego de las pasiones, á mantenerlas en sus justos límites, providencia en fin que coopera con el amor mismo á la felicidad del género humano. Y esta providencia es *la razon.*

XXXIV.

La razon contempla al amor y se regocija con su divina esencia, asiste con él á sus manifestaciones esternas, participa de sus modificaciones íntimas, ayuda, proteje, goza y cuida del amor, es en una palabra su tutora provídencial.

Mas no se crea por esto qne esta tutora tiene por objeto único

cortar las álas de la pasion y someterla á su poderio, no; ella no dicta leyes, no impone órdenes, solo aconseja sí, jugando un rol no menos importante en la sucesion de la especie humana que el mismo amor.

¿Qué seria de nosotros si proclamando nuestra independencia á su solicitud tierna, nos entregasemos desenfrenadamente á los impulsos arrebatadores de la juventud? ¿Qué de la especie humana toda entera sin este dique que resiste el impetuoso torrente de las pasiones?

La razon se levanta en la vida enalzando su gloriosa estandarte, en el que escritos lleva los sagrados preceptos, que han de hacer duraderos y han de prolongar los risueños goces con que el amor nos brinda—Hé ahí su hecho.

XXXV.

El mundo es la ocasion del amor, el sexo distinto, la causa del sentimiento; este sentimiento se manifiesta imprimiendo en el organismo una tendencia instintiva, digámoslo así, de actividad. Esta tendencia es directa de uno á otro sexo, tendencia de asimilacion perfecta. El sentimiento pues es á su vez la causa de la accion que le sigue ó mas claramente diremos, el amor es la piedra de toque de la pasion.

Pero la accion instintiva que se suscita por el sentimiento participa inmediatamente de las leyes del Espiritu, de las leyes del sentimiento, é imediatamente de las leyes del organismo material. Y esta participacion directa é indirecta de uno á otro sexo es necesariamente recíproca y uniforme en virtud de la íntima union del alma con el cuerpo. La accion mutua de las dos sustancias, de la materia sobre el espíritu y del espíritu sobre la materia es perfecta.

XXXVI.

En este caracter que hemos calificado de instintivo en la accion producida por el amor tenemos que considerar que no lo es en tan alto grado que se exima del concurso voluntario: siempre la voluntad da su asentimiento sobre la accion, y es por ella que esta se manifiesta. La accion es mas bien el producto de la voluntad

ocasionada por el sentimiento amoroso. Ahora bien este concurso voluntario ó la voluntad misma puede como libre restringir voluntariamente su poder en gracia del sentimiento, puede querer alucinarse con el placer que esperimenta y aun que soberana en sus resoluciones, quizá se abstenga de mitigarlo y le plazca seguir meciéndose en la cuna de sus ilusiones al vaiven de sus halagos y caricias.

Esta inercia de la voluntad, digámoslo así, este sueño letárgico de ella, producido por el placer engendra lo que llamamos *pasion.* Mas la Diosa tutelar que vela afanosa por la educacion de su pupilo se interpone, y no queriendo que el vicio lo contamine, que la fogosa y satisfecha pasion lo enerve, lo levanta del cieno en que tal vez se hundiera, cuando abandonado á si mismo no le preservara del conflicto.

XXXVII.

Hé ahí el papel que concierne á la razon cuando el alma se halla bajo el influjo del sentimiento. Velar por el amor, templar sus ardores, impidiendo á la accion que traspase los límites naturales y que agote su virtud y su poder.

Ella como hemos visto, no amengua en manera alguna la intensidad del sentimiento, antes bien tiende á reconcentrarlo mas y mas en el alma y á prolongar por este sabio medio la fruicion íntima con la templanza de la accion—La razon hace mas espiritual al amor.

Y por fin esta es ademas otra de las consideraciones que nos deben acudir al examinar la razon relacionada y ligada con el amor. Contemplar este órden relativo de la una con el otro, su tendencia y su resultado, es un nuevo cuadro que descubriremos cuya belleza exita nuestra admiracian y eleva nuestro espíritu á reconocer en toda esta perfecta economia la suprema mano de la Providencia.

XXXVIII.

El sentimiento despierta y desarrolla la pasion, pero no se da cuenta de las facultades y poderio de esta, hasta tanto que ella misma evidencia su impotencia; pero la razon acude en ayuda del

sentimiento con perfecta conciencia de la medida de la accion y limitando su viveza por medio de la voluntad hace mas duradero y firme el ensueño de amor, multiplica como hemos dicho los instantes venturosos que la espiritual esperanza y renaciente deseo le proporcionan y llena su mision sabia de persistencia y amplitud en los dias venturosos de la vida.

XXXIX.

Si el hombre obedeciese ciegamente á los impulsos de su sentimiento, si obrase en consonancia con sus dictados, llegaria una época en que se encontrara, exámine y sin fuego el espíritu é impotente la accion. Solo el amor en el hombre con la vaga conciencia del sentimiento en su alma, sin la refulgente luz de la razon que lo templa y modifica decaeria por momentos de su poder en virtud de sus operaciones continuas.

Por eso Dios sabio regulador del mundo espiritual y material fijó leyes en relacion del uno con el otro, leyes que gobiernan nuestra doble naturaleza y que la razon interpreta y reconoce.

En el amor pues, de esta arriesgada cuanto brillante fase, concurren á mas del *sentimiento* como hemos visto, la *conciencia* ó la apercepcion íntima, es decir el conocimiento inmediato *de que es, de que se ama;* la *razon* que lo dirige por la via de las sabias leyes que nuestra naturaleza físico-espíritual le tienen demarcadas, y de las cuales ella se constituye el intérprete, y finalmente *la voluntad* que opta por la deliberacion racional

Aquí tenemos el resumen de la tercera fase del amor, observada en su importante naturaleza moral y física.

Entremos á considerar su cuarto aspecto y sigámosle despues en su carrera indefinida recorriendo gozosos su órbita con él. Ante todo tomemos de nuevo el telecopio para observar la fase que nos debe ocupar, que despues tiempo habremos para posarlo y pensar sobre ella.



PARTE SEGUNDA.

XL.

Estamos en la cuarta fase, en el amor de madre. ¿ Quién seria capaz de combinar con palabras y traducir con el lenguage los mas puros sentimientos y los mas sublimes momentos del alma ?

El sentimiento de madre solo Dios y la muger lo comprenden; Dios por que en medio de su eterna ubiquidad parece ser el eco sentimental de las afecciones de la muger, y la madre por que el tesoro de sentimientos placenteros y de recuerdos sin fin primorosamente combinados con las facticias esperanzas que teje sobre la tiernisima cabeza del mimado infante, solo ella puede comprenderlos y ella solo los puede apreciar en su anhelante intensidad.

¿ Qué puede comprender el hombre condenado á la paternidad de todo ese lenguage místico incrustado en los pechos de la madre y escrito con los labios carmineos del hijo adorado? El hombre concentrando todo su pensamiento en la cerrada copa de su cariño paternal, y evocando todas sus potencias á la voz sonora y melodiosa de esa analogia intuitiva, que es el vehículo del juicio de la humanidad, que es el sosten y amparo de la reciprocidad de todas las afecciones, solo puede por ella ayudado forjar en su pecho sentimientos y afecciones casi tan íntimos como los del corazon de su esposa y por ella comprender los de esta.

Nosotros evocando tambien nuestras facultades, al repercutir

en nuestro pecho la voz de la analogia, vamos á comprender y á deslumbrarnos con el luciente ornato de ese tesoro.

XLI.

El amor y la analogia, hé ahí las dos ideas, ó mejor, el hecho y el órgano de su estudio, que se disponen á jugar por la alegre superficie de esta sagrada época de la vida, y fase cuarta del amor.

En esta fase, el amor sujeto en la primera, viene á ser en esta segunda zizigia el atributo; siendo tal la union que entre el párbulo y la madre existe que su amor mutuo confundido en la reciprocidad los auna y los simplifica cual en la primera, excluyendo casi la ambigüedad de cuerpos por la abstraccion que el amor ocasiona en sus almas.

En esta fase en que el hombre y la muger se confunden en la unidad de amor de madre á hijo parece que el amor retrocede de su órbita y se pone en conjuncion con el nodo de su partida.

XLII.

La muger en el estado de maternidad llenando el mas sublime privilegio de la creacion, llega á un estado tal de delirio, á un tal grado de escelencia en el amor, que se olvida de si misma por comtemplar estática el fruto solemne de su santa union.

El alma que al venir al mundo consigue el infante del creador, destemplando con su cándido soplo las cuerdas del egoismo materno, pulsa las sutílisimas cuerdas de los nobles y santos afectos que el espiritu de la madre encierra, y que libres del discordante diapason de las que el soplo infantil destempló, dejan oir sus angélicas melodias en el murmurio frenético de los mil besos que en la cándida frente del querido niño se imprimen.

La muger semejante á esos robustos árboles que el silencio selvático agovió con la profusion de sus ramas, parece necesitar de la existencia de un retoño para comunicale su abundante fuerza y levantar liviana su vigoroso cuerpo al cielo; y el retoño que ha recojido la savia materna y se ha desarrollado protejido por el escudo de su copiosa cúpula, beneficia á la madre despoján-

dola de ese inutil escedente de fecundidad que la impedia encumbrarse lozana, robusta y fuerte.

XLIII.

El hijo necesita de la madre y la madre inquiere la necesidad del hijo para llenar su mision y labrar los rasgos de la humanidad viviente con la fuerza que Dios en su pecho ha colocado. La muger sin el hijo del amor, sumida en el abyecto esterilismo, seria ungrano informe de proclive materia que trastornaria la máquina superfluente y perfecta del universo. Haria del mundo un yermo inhabitado en donde moriria ella, sin el amable y benéfico consuelo de aspirar en su tumba el aroma de los blancos jazmines que el hijo la deba colocar.

El hombre al recibir de Dios el espíritu, recibe tambien de la madre cierta especie de incienso que ha de quemar el mundo para perfumar ese espíritu; tambien el amor comunica en el hijo los perfiles del caracter y el bálsamo de la inteligencia.

La muger, una vez madre, se desprende heroicamente, amando á su hijo, de una ramita de cada una de sus facultades y las ingerta en el espíritu del niño, con las cuales le dicta inclinaciones generosas y despierta en su alma las mas sólidas virtudes, que deben brillar cuales satélites luminosos al lado del esplendente astro de su famélica esperanza.

Reconciliadas todas las facultades morales y las potencias físicas que entran en el juego del amor; y como si la cuerda mas íntima de ese laud espiritual, se bastara á si misma para producir los infinitos sentimientos del amor en esta época, despierta en el alma de la muger todo el fuego de su actividad, toda la fruicion del sentimiento y sin valla, sin límenes que la deban templar y á que deba obedecer, corre veloz por la alegre llanura de la libertad á encontrrar á su adorado niño, á quien estrecha contra su seno y le comunica toda la riqueza de su maternal cariño.

Aquí la razon no se encuentra en pugna con la sensibilidad; aquí el sentimiento bajo la presion de la mas instintiva voluntad, arroja de su ser raudales de amor, que ni la razon intenta moderar, ni la sensibilidad anuncia enervarse con su futura impotencia. Y es porque el objeto del amor ha variado. La razon que goza

en ser obedecida é impera gozando al despertarse el sentimiento de la tercera época, se prepara en la cuarta fase á idealizar su cariño imaginándose la eternidad para su triunfo, del mismo modo que la voluntad abre sus robustos brazos para abarcar al infante, al amor y al tiempo en el rotundo arco que sus músculos trazan.

XLIV.

La gran escelencia del amor en esta fase, es el triple objeto, sobre que cae su azogada chispa, y la unidad genuina que lo caracteriza en ella.

Corriendo del esposo á la esposa y de esta á aquel, corre del pecho de ambos al seno del infante, y á la vez saliendo espontaneo de las indescriptibles miradas del niño, se dirije al corazon de los autores de sus dias. Y sin embargo de ser triple su accion, nunca es mas único en esencia, teniendo por morada la hipóstasis de su espresion y por medida la eternidad de su misma esencia, que ese niño anuncia y vaticina á las dos almas, cual segundo é indisoluble anillo nupcial que ratifica la virtud de los esponsales.

El amor en esta fase brotando de tres corazones y uniendo sus fuegos en una llama, es el portento mas miraculoso de este sentimiento, y si podemos llamarlo así, diremos, que ese triple y úuico fenómeno de su vida es la mas poética fábula de su existencia.

El amor del hijo es la mas poética fábula del amor.

XLV.

El hijo, ese teorema complexo del amor, obra de la escelencia del mas grande de los sentimientos es formado en el taller de la muger, del modo mas artístico y primoroso, que al humauo entendimiento le sea dado comprender. Resultado único y producto admirable, creacion nueva y continua, punto de contacto entre las dos naturalezas divina y humana, geroglifico precioso de la presencia de Dios como providencia conservatriz en el mundo, es el hijo el sello renovado y fresco de la reaccion imperecedera de la existencia de la humanidad

Aquí se confunde el alma en el dédalo de sus vagas conjeturas; aquí encuentra de paso una cuestion por resolver, el cómo se opera

la transmision de esa sustancia espiritual que anima la vida del hombre, ser complexo y á la vez único en su persona. Vano intento fuera el de los mortales si otra cosa que probabilidades ú opiniones pudiéranse presentar en la impotencia de nuestra razon para esplicarnos ese repetido y misterioso milagro.

Dejemos esto para otros espíritus elevados que puedan por lo ménos satisfacerse á si mismos con sus propias razones—Opinemos cada cual como mejor podamos.

Pero en este mismo punto psicológico, nos pasma mas aun una circnnstancia que no queremos dejar de tentar, ó por lo ménos ya que no esplicar, buscarle una solucion figurada ó poética si se quiere.

XLVI.

¿Cómo penetrar el secreto de Dios que haciendo del amor un instrumento anima con su sola y omnipotente vista el inerte gérmen de la criatura, imprimiéndole una alma, que sin embargo de salir perfecta de las manos de su creador, parece haber sido arrancada como por encanto del espíritu de la madre, y manifestarse por la ambigüedad de caractéres y por su fisonomia moral, por sus tendencias, por su robustez ó por su flaqüeza, asi como la fisonomia fisica caracteriza y exhala el aroma del tálamo generador?

Hé ahí la grande é inesplicable maravilla, la notabilisima circunstancia del amor en esta luciente fase.

XLVII.

El alma de la mujer sin perder un ápice de su grandeza en razon directa de su espiritualidad esparce sin embargo en torno del hijo amado, el rocio de su poética fantasia, ó el tétrico timoratismo de sus inclinaciones. Roba al creador en ese sublime percance de su gloriosa manifestacion al mundo, algunos destellos de su genio divino; atreviéndose confiada en las ondas del amor que arrebatan su deseo, á perfilar la egregia hechura, ya cándida prestandola algo de su benignidad célica, ya ávida transfundiéndola su ambicioso desvario, ya trémula virtiendo el movedizo mercurio de su pusilanimidad, ya frenética asimilándola con su resoluta osadia ó ya mística infundiéndola su religion.

XLVIII.

Y Dios impasible sentado en su inmutable trono, parece gozarse en esa maternal viveza, en esos perfiles trazados por la mano del amor y en esas inclinaciones transmitidas, que inocentes, al querer completar su perfeccion, parecen desafiarlo desde un punto matemático del espacio.

El ríese y contempla, y deja al padre y á la madre esa natural é incomprensible influencia, con que parecen estrechar mas contra sus corazones, á un bello niño que se les parece y que en un solo ser los reproduce.

Dios ríese y permite esa influencia directa y efectiva de la paternidad sobre el espiritu del hijo, y se solaza en ella, dando al hombre un nuevo vínculo de amor en la semejanza reproducida, signo visible de la mas encumbrada espresion del sentimiento. Y el hijo por este inesplicable hecho es el verdadero lazo, que confirma, ratifica, renueva, aviva y completa la grandiosidad del amor con su casi perfecta similitud á los autores de sus dias.

XLIX.

¿ Y cómo esplicar esa semejanza moral que el amor produce entre el hijo y sus padres, y que parece hacer que sus almas se desprendan de ciertas modificaciones peculiares para fecundar y perfilar el espiritu del niño? ¿ Cómo no vér en este fenómeno tan comun en el mundo psicológico un capricho de la Divinidad que se congratula en desligar ciertas afecciones para reanudarlas con las que el ha concedido y con las que surgen del corazon del hijo?

¡ El alma del niño infundida por la infinita voluntad de su creador á su pequeña porcion de materia, viene por decirlo así á robar ciertos matices que la asimilan con el espiritu de la muger, y este fenómeno que no es hijo de la educacion, ni se deriva tampoco de ninguna accion física, que emana por el contrario del espíritu puro de la muger desde el momento de la concepcion. ¿ Cómo tentar su solucion, sin sentirnos ruborizados cuando alzemos la vista ante la magestad de la providencia?

L.

Esa especie de transmision inesplicable que apercibimos entre las facultades y potencias paternales y las filiales, arcano que la sola Providencia del altisimo puede conocer y esplicar, nosotros solamente tratamos de comprenderlo por el espíritu de la raza, por esa especie de complacencia providencial en dejar á la creatura formada ya en espíritu que aspire algo del alma de otra criatura mientras en su seno viva, que se clarifique su espiritu en germinal esencia con el fuego del amor ; que ese aliento interno de la muger que envuelta lleva la inspiracion del hombre transvase los sentidos nacientes del infante y perfile como lo hemos dicho, el espíritu transfundido y acabado en sustancia por Dios,

Este fenómeno caprichoso que caracteriza la raza, es una especie de súplica que el amor eleva al Altisimo, pidiéndole que su sello se imprima en la criatura ; súplica que concede Dios gratuitamente á la pasion, súplica caprichosa que es como la del tierno niño al padre, cuando solicita de su paternal cariño que le permita cumplir un antojo infantil, poner una inocente pincelada en una obra maestra ó dar un golpe de cincel eu una acabada estatua.

LI.

Dios cria el alma y la entrega á la criatura encerrada en el útero, en ese sacrosanto aposento primera morada del hombre en el vientre solícito de la muger, para que pase sus primeros meses de vida recojiendo algunos rasgos morales del misterioso contacto de las dos almas y para que *aclimatándose*, digamoslo así, en ese retrete incomprensible durante ese breve periodo, salga al mundo llevando ese aroma maternal hermano del precioso feto, el cual se mantiene é imprime en el espiritualismo del infante mientras dura su desarrollo vital.

Nutriéndose en ese periódo y entonándose esa sustancia creada é infundida por los efluvios que el amor la dona, grava en sí misma por la propia fuerza del sentimiento, esos tintes de semejanza de caracter y de genio con los que despues se ostenta diáfano el hijo al mundo.

LII.

Esa climática influencia es una concesion como hemos dicho que Dios hace al amor ; él quiere que solo y solo en el hijo de este sentimiento se haga mas sensible esa semejanza, porque quiere que el amor haga algo de su parte, quiere que su soplo no sea inútil, quiere que su sublimidad sea perenne, quiere en fin que en álas del amor, transfunda la mujer sus perfecciones à la criatura, y que esta depositándolas en el alma que Dios la ha dado, las fertilize con el riego de una solícita educacion.

LIII.

Hé ahí como comprendemos esta singularidad psicológica de la cuarta fase.

Ahí teneis al niño formado cautelosamente por el padre y la madre, pulido como la mas bella creacion artística de dos génios, amado y admirado por sus mismos artífices como Pigmaleon amaba y admiraba á la poética Vénus, que su cincel habia producido. Y en verdad que el hijo es una bella creacion artística, que el barnizado esmalte de la educaciou completa y acaba y en la cual los pensamientos paternos son las luces que prestan claridad á sus perfectas facciones, así como el anhelo y la esperanza que nacen del pecho de sus padres, son las manos habiles que conducen por las vias del mundo á la cándida criatura.

LIV.

Mas ya nuestro astro escondiendo su brillante fase y apagando sus esplendorosos fuegos parece prepararse á la terminacion de su carrera. El pensador observa que el amor ya no enseña á los mortales esa fase fúlgida de otros dias, y mira alejarse al amor por el largo decurso de su orbita, huir de su penetrante vista como un tipo fantasmagórico amengua su luz y se aleja con el foco de su claridad.

Llega la decrepitud y con ella la fase quinta del amor.

LV.

El astro ha absorvido toda su luz y todo su fuego para alumbrar sus interiores cavernas. Ya el mundo no se para á contemplar el fresco rostro de la jóven de aterceopeladas mejillas, con labios de cornerina, ni la altiva gracia de la femenina pubertud; ya el amoroso fuego que chispeaba en los ojos de los esposos, yace apagado y convertida su llama potente en inmovil aunque cálida ceniza; ya el matrimonio sostenido todavia por el apoyo del viejo tálamo, mira huir de esa pradera que tan fértil fué en otros dias, al activo amor, que emigra del polo al trópico; ya ha subido demasiado la escala de la vida acompañando al hombre, y se prepara á descender y á buscar mas benignos climas en donde regar con su poético hidrógeno corazones llenos de juventud y vida, empero deja al anciano amante antes de partir su satélite firme, grande, vasto, inalterable, satélite que particida de todos sus mas bellos atributos, satélite que dignifica las mas caras afecciones y en fin satélite que sin tener su luz ni su fuego, arrulla en su seno la mas insigne constancia y este satélite es la AMISTAD.

LVI.

¡Cuán bella parodia del amor ardiente, no es la amistad firme de la decrepitud!

Especie de amor tan intenso como el amor mismo, esencia que ha quedado en el alma del brillo copioso de su fuego antiguo, purisima cadencia que vibra sonora sosteniendo á dos ancianos. ¡Cuán bella parodia del amor es la amistad!

La amistad residuo incólume que fortifica la union de dos almas es un lazo no ménos tierno y sólido que el mismo amor.

Formada prodigiosamente por la concresion mas admirable de todas las afecciones mutuas y recíprocas cuitas de dos amantes que envejecen, solidificada por los golpes de la fortuna y por los azares de la suerte, como por las prósperas y felices horas de los que hacen transmigrar sus sentimientos de un espíritu á otro espíritu, y fruta pingüe, dulce y pacífica que la lozana y airosa flor del amor escondia avara guareciéndola bajo su corola, es la amistad la última fase del amor y el cuarzo brillante de esmaltados prismas, que

una natural reaccion obliga á formarse, á endurecerse, á petrificarse, conservando en sus entrañas los fulgentes botones del amor diamante, (1) que la mano del Omnipotente con su aureo martillo partirá en el cielo para exhibir ante el coro de querubes, la magnifica piedra mupcial que coronó de ventura á los desposados en la tierra.

LVII.

Esa es la amistad! sentimiento gratuito que en el seno del matrimonio es el amor mismo, con los mismos afanes, con las mismas afecciones, con el mismo heroismo, sentimiento sublime de bienandanza esperitual que lleva pacificamente á los que amantes fueron á la tranqnila morada del sepulcro.

Y no se crea que la amistad termina al amor, no se crea que tan sublime efeccion confina al sentimiento amoroso; no, la amistad como hija del amor esconde en su seno al amor, lo guarda puro como el primer dia en las fibras del alma: somos nosotros los astrónomos abservadores del astro, los que creemos ver en la opacidad de su fase la eterna terminacion de su preclaro brillo; pero nuestra creencia es una ilusion simple causada por un vapor denso pero transitorio qne intercepta la diafanídad del vidrio de nuestro telescopio racional; ese vapor pasa arrastrado por el cendal de la muerte, y la razon de nuevo puesta en observacion penetra la region etérea y encuentra al amor brillando vivo, deleznable y eterno en el cielo.

La amistad de dos esposos decrepitos ya es un largo aliento, una prolongada aspiracion del espíritu, que llena los pulmones de dos amantes de simpatia, para respirar éternamente amor y gloria en la mansion de los àngeles.

(1) Sabido és, que el cuarzo contiene á veces el diamante.



IDEALIDAD.

LVIII.

Ha terminado el amor su carrera. ¡ Mas es solo una ilusion de nuestra mente ! Una prolongada aspiracion del alma lo envuelve y lanza luego á la eternidad !

¿ Mas qué quisimos decir con esto ? ¿ Osariamos creer que esa gloria celestial y suprema que la conciencia nos promete por órgano de nuestra razon, y que es la recompensa de los justos, sea el *amor* sentido inmensamente y prolongado por toda la eternidad en el cielo ? ¿ Será el amor la gloria eterna ?............

LIX.

Tal vez...... Las almas que han poseido ese misterioso sentimiento para unirse y llenar los decretos de la providencia del altísimo, ¿ no gozaran ya mas de los perfumes de esa gloria en los cielos ?........

¿ Cortará la muerte el hilo de la felicidad merecida al justo ?........

¿ Y no es la felicidad de la tierra la parodia presuntiva de la felicidad celeste ?

¿ Y no es el amor la felicidad ?

LX.

Sí, el amor es la felicidad en la tierra. Toda la vida la pasamos en labrar prolijamente esa felicidad de la que solo su aroma nos cae cual benéfico maná de la mañana parodiando en su esqui-

sito sabor, los regios manjares que regalan el paladar de las huríes, hasta que la muerte siega ese vástago naciente de dicha y quiebra la copa do libamos nuestras ilusiones; pero la felicidad maná, copa ó planta que entre nosotros el amor simboliza, la razon nos inspira que la gloria no es sino el trayecto indifinido de esa planta, la fuente primitiva de ese maná, y la originaria profusion de ese angélico nectar que libaremos eternamente en el cielo mientras contemplamos intuitivamente á Dios.

¡ Qué mas gloria que amar eternamente y ser amado !

El amor que en la tierra purifica los malos hábitos, que fortifica y engrandece al alma hasta el heroismo, restallando con volcánico aliento despues de la muerte, elevará mas nuestras almas, enaltecerà nuestras potencias, y vivirá siempre pues su esencia es infinita.

LXI.

Dios no ha dado al hombre las facultades sino para que obrando lo amara y comprendiera. El amor consiste en la incesante voluntad de amar á Dios en su criatura. La esencia del amor pues es infinita por la razon misma de su objeto. La facultad con la muerte no muere, acrece en el cielo para optar y apreciar, valorar y comprender el premio que le está destinada; así el amor tambien que es en la voluntad una facultad poderosa acrecerá despues de la muerte para asimilarse con la recompensa prometida bañandose de eterna felicidad,

LXII.

La tierra solo recibe la semilla del amor en su jardin, mas el vástago ó la planta que ella vé crecer es exótica de su terrenal temperamento ; la sávia que nutre al amor ansia desde su humilde cotiledon por los angélicos climas del Paraiso donde desarrollar á impulsos de la virtud la frondosa felicidad desu divina naturaleza.

Si, la razon nos ínspira este pensamiento; la razon que eleva infinitamente cada una de nuestras inperfectas facultades, á la grandiosidad de saber comprender en el cielo á Dios. ¿Cómo no habia de elevar el móvil de los ensueños de nuestras facultades, el móvil de la facultad creadora de bellezas, al amor divino en sus-

tancia, como no hacerlo tornar al vergel indígena que lo ha producido.

Todo aquello cuya esencia sea divina no puede perecer en la tierra, tiene que desarrollrrse en el cielo; el amor es de esencia divina pues la razon nos lo aseguran y mas que ellos su existencia; así pues el amor deberá desarrollarse en el cielo.

LXIII.

¿Y qué es la gloria?...... ¿qué es sino el amor elevado á su infinitud en la criatura, que se arrodilla ante su Dios para la vision intuitiva de su esencia?

¿Si los amantes ven á Dios y lo sienten con su mente y su corazon cuando peregrinan en la tierra ¿cómo no le veran en el cielo y como no le sentiran cuando sus facultades prodigiosamente iluminadas, lo comprendan por medio de esa amorosa vision?

LXIV.

¿Pero qué es esa vision?...... La vision intuitiva del creador es la abstraccion mas pura de todos los conocimientos elevados á su unidad mas sublime, elevados y convergentes hacia Dios, El amor que aquí en la tierra es la abstracion de todo lo que nos rodea, para mirar y admirar, para amar en fin al Snpremo Ser en la criatura, es tambien en el cielo la abstraccion de todo, aun hasta del mismo cielo, para amar á Dios.

El amor es la vision de Dios en cielo y la vision de Dios es la gloria; el amor es la gloria.

LXV.

En la gloria, allí; el amor que no sin razon se le ha llamado de esencia divina ampliado infinitamente por la presencia de Dios, se asimilará del modo mas perfecto con el objeto amado; y nosotros los amantes en brazos el uno del otro, paseando alígeros la morada escelsa en el carro de nuestra felicidad tirado por ángeles trazarémos una órbita, concéntrica con la que recorrimos en la

tierra, pero inmensamente mas vasta, al rededor de Dios, sin que apenas sea suficiente para completarla la misma eternidad.

Esa es la gloria—

LXVI.

Allí todo será amor: la razon grande como el amor verá y comprenderá constantemente á Dios; la voluntad lo deseará eternamente, y el alma del amante iluminada por el brillante soplo, divino refundirá su luz á su amada, quien â su vez vertirá pródiga los raudales copiosos qne reciba de su Creador y en medio de esa luz que llenará el cielo se verán rutilantes como los angulosos trayectos del rayo las órbitas de todos los amores que recorren la inmensidad recibiendo su eterna luz del Señor.

Allí todo ese magnifico conjunto resplandecerá vívido y fnlgurante, y en medio de esa atmósfera divina de amor de fuego y de luz, se verán tambien á los ángeles, á los querubes, y á los amantes mezclarse y confundirse en sublimes destellos de felicidad con el infinito centro de la Gracia, con el manantial inmenso de luz, con el alma de la Gloria, con Dios. Y todo en el cielo será una luz ; todo será amor.



BELLEZA É IMAGEN.

I.

Estamos en el templo! Un santo silencio nos circunda y el alma desprendida de lascivos pensamientos parece que se levanta espausiva arrullada por las ondulaciones del aire que agitan las cuerdas de un órgano misterioso, á la morada de los querubines al *Solio de Dios.*

II.

El infinito, diamante riquísimo que en vano buscamos y queremos comprender en medio de la escoria del mundo, aparece en el templo posado en el zénit del pensamiento despreniendo incansables chispas que electrizan al alma y la asimilan con su inmensa simplicidad. El infinito lo vemos con la razon en el templo, el infinito lo sentimos con el corazon en el templo y el alma y el corazon en ese letárgico silencio del templo comprenden y palpan á la Divinidad.

El infinito! ¡La belleza infinita, la inmensidad, Dios! Concepciones estupendas hijas de la razon que del alma salen cuando está dominada por la influencia del templo. El templo y el alma y de ahí á Dios!

III.

El alma se ofusca en ese silencio grato, el corazon se comprime, el rostro se enciende, el entusiasmo vibra, sentimos, gozamos queremos,.......... ¿ Pero qué ? ...... ¿Do proviene ese ofuscamiento mental, por que se comprime el corazon, por que atesora el alma ese entusiasmo ? ¿ Qué cáusa, que produce esa modificacion,

ese goce, ese anhelo ? .... ¿ Qué ? ...... El silencio misterioso del templo.

Ja, Ja, eso es un delirio, eso es una fantasia. ¿Cómo puede lo que no es, producir en vos, lo que es ?

Ja, Ja, fanatismo !

Acaso las imagenes del templo se movieron y os atemorizaron, acaso vuestra imaginacion humeante se conmovió por la misma exhaltacion de vuestra fantasia. Delirasteis.

Esas imágenes son de madera esas pinturas son lienzos. ¿ Qué visteis en ellas que tanto impresionó vuestro espiritu ? Acaso?.....

IV.

No, impios, callad!....No comprendeis. Id al templo y sentireis.

¿ Sois pensadores ? Acudid á el que esa atmosfera de incienso y benjui enalzará vuestro pensamiento. Sois cristianos débiles ? Acudid á él, que ese espacio santo fortalecerá vuestro espiritu y nutrirá vuestra fé. ¿ Sois positivistas? Acudid á él qne vuestras reminiscencias jugarán con vuestro espiritu y lo demolerán en sacrosantas ideas que elevareis hasta el trono de Jeovah.

Sois materialistas ? Acudid al templo que en sus imágenes vereis ideales, en sus pinturas vereis bellezas, y saldreis bañados de calma y llenos de espíritu por la misericordia divina. Sois qué en fin? Acudid á él, seais lo que seias.....ya filósofos, ya cristianos, ya positivistas, ya materialistas, acudid á él que en su silencio imperará vuestra dormida fé, vuestro frio racionio, vuestro desnudo cálculo y vuestro cenagosa existencia y os avergonzareis.

Allí fuertes ó debiles, alegres ó misántropos, recibireis el bálsamo del silencio que morigerará vuestro errado pensamiento, vuestra feble creencia, vuestra conviccion efimera y vuestro ridículo vivir.—Allí acudid, y bajo las impresiones de la acompasada péndula que marca la ruta de vuestro ser y por el influjo suave de los ténues sones del lejano órgano, sentireis otra vida, respirareis en otra existencia y amareis. Yo fui al templo, id vosotros tambien !

V.

El alma tiene dos existencias, una en el bullicio, otra en la soledad.

En la primera corre precipitadamente la atencion de un objeto á otro, divaga la memoria, se ostenta pronta en sus recuerdos y el pensamiento que asume la corriente de launa y la vaguedad de la otra reverbera en el cérebro desprendiéndose en glóbulos que ya caen aquí ó allí, segun la superficie de los objetos es mas ó ménos apta para recibirlos, segun son mas ó menos resaltantes para provocar una idea y para llamar la atencion.

En la segunda, en el silencio el alma se asemeja á un cuerpo elástico por la espansion que dona á sus pensamientos; el alma crece, las ideas se agrandan, la razon se levanta y todas sus concepciones son grandiosas, vastas, metafísicas, infinitas ; tal es la influencia del silencio en el alma.

VI.

En el bullicio nos instruimos, recojemos materiales, aglomeramos ideas, vamos á buscar el silencio y esa instruccion la profundizamos, esos materiales los exhibimos y los empleamos, esas ideas las engrandecemos: de lo finito pasamos á lo infinito; del mundo pasamos á Dios.

No hay en el bullicio esas conmociones de ánimo sublimes, no hay esos toques queridos del corazon, no existe ese pensamiento alto, elevado, digno del hombre; no hay esa grandeza y esa fuerza que parece sentir el alma en el silencio; la inteligencia es pobre de concepciones, la inteligencia solo vé, pero no piensa; la razon raciocina pero no reflexiona, el corazon siente pero no se conmueve, el alma obra pero no produce; en el silencio solo, tranquilo el espíritu navegando en la razon surca las regiones aereas, traspasa alígero el eter, transvasa el infinito y llega junto á Dios....Para ver el bullicio, para pensar el silencio.

VII.

Yo busco el silencio, quiero pensar........¿mas do encontraré ese silencio grato que ávida inquiere mi alma, do le hallaré?....

En el templo! ...... Allí aislado del mundo, escoltado de sagradas imágenes, rodeado de cuadros ricos que revelan grandeza, heroismo y virtud; allí asfixiandoos con los puros efluvios que el ca-

liz y la hostia divina han esparcido por todo el ámbito de aquel augusto recinto al consagrarlos la mano del sacerdote, allí entre la magestad de aquel monumento, al contacto del espíritu que lo habita, allí pensareis; allí vuestra alma se armonizará á lo inmenso de la grandeza celestial y allí vivireis ; y si vuestras reminiscencias impuras y mortales vienen á perturbar ese misterio, vereis el contraste que ellas forman con la sublimidad de vuestros pensamientos, vereis que vuestro espiritu las arroja de su santuario cual Jesus á los judios del templo, como profanos que vienen á unir su aliento marchito con aquel álito que absorveis, con aquel silencio que os eleva, con aquel misterio que os comunica con la escelsa perfeccion del creador. Id al templo y gozad de su silencio.

VIII.

Pero estoy en el templo! miro y veo una tendida galeria de intercolumnios histriados ; mi pensamiento voltea de la una á la otra columna, contempla sus chapiteles, vuela hacia las cúpulas, el pavimento parece balancearse y en su movedizo vaiven me lleva insensiblemente á una imágen, es la de virgen; su rostro tierno, sus ojos tímidos pero dignos, su boca entreabierta me sonrie; un resplandor magestuoso orla sus sienes ; la contemplo, la admiro, la adoro, ella me infunde una firmeza de fé, que no poseia, ella me imprime una caridad ardiente que no conocia, me siento regenerado con solo mirarla; sus formas todas me encantan, su perfil me domina, es la Virgen, yo la quiero, la idolatro, es María es mi madre...........

¿ Y por qué he sentido todo este júbilo? ¿Por qué tan plausiblemente se ha pavoneado mi pensamiento ante su imagen?.... Por qué la adoro?....

No lo sé; mas soy católico.

IX.

Gira mi vista y la fijo en un bello cuadro. ¿Qué veo? Una simple pintura. ¿Nada mas descubro? si; el cuadro representa á Jesus crucificado........ ¿y nada me interesa esta pintura?....Aguardad; quiero concentrar mi atencion en su pecho, quiero alcanzar con mi inteligencia, el feliz pensamiento del pintor....brota una lágrima

de mis ojos, mi corazon pára de latir un momento. ¿Qué he visto? ¿qué siento?......Jesus agonizante parece hacer vibrar el lienzo con las últimas palpitaciones de su pecho, sus músculos trasparentes se agitan, su rostro se pone lívido, sus mejillas cárdenas, su alma va á desprenderse de la carne, el pensamiento del pintor vuela con ella, y el mio corre la inmensidad buscándolo y al traves del infinito desaparece Jesucristo, se estingue el hombre, yo le sigo en mi sed ardiente de comprenderlo, no le veo....mas veo á Dios.

X.

Qué transformacion mística tan elocuente! Corriendo mi pensamiento desde un lienzo al espacio, pierde á Jesucristo pierde al hombre y penetrando en la inmensidad vé á Dios!

Nadie me ha perturbardo; el silencio del templo predispuso á mi alma para lo místico ; mi pensamiento estasiado en la belleza de la pintura sigue el pensamiento del pintor y apercibe al omnipotente! Hé ahí todo !

Mi espiritu, la imágen, la belleza y Dios !

XI.

Un silencio profundo sigue agoviando á mi alma ! Comienzo por fijar mi vista mas detenidamente en la pintura, examino sus contornos, conçibo las proporciones de la sombra, noto el perfecto desarollo de los músculos; me fijo mas y veo esa cabeza viva aun queriendo desprenderse del lienzo. Un disco blanquecino del sol penetra por el terso cristal de una ventana gótica y se proyecta en la faz de Jesus ; las sombras de su frente celestial declinan y vendan su mirar apacible ! Su pelo torneado me transporta al pincel del artista, que jugando entre sus dedos trazó esas blondas espirales ; su cuello hendido entre los hombros por el peso de los pecados del mundo, parece comprimir á mi alma con una angustia santa comparable solo con el sentimiento del que iluminó esa obra maestra del arte ; sus manos mártires del hierro pagano imprimen en mi corazon una gota de esa sangre que el vermellon del artista supo sublimar ; nada me resta que admirar ; me he poseido cumplidamente del pensamiento artístico y mi corazon tan ductil como

el del autor ha tomado el santo colorido que prolongándose por mis arterias me ha magnetizado. ¡ Oh Jesus, yo te amo ! ¡ Oh artísta, yo te admiro !

XII.

En este momento el alma semejante á la hidra-pólipo engendra indefinidamente pensamientos grandiosos que rielando del cuadro al artista, me elevan en pos de la belleza creada hasta el tipo modelo que la mano del pintor sintió. Allí el pensamiento descuella del alma y reviste la belleza del corazon con esas galas sagradas que participan de la esencia del Creador. La belleza del cuadro encuentra en mi alma ese eco ideal de la razon.

Allí ella, hija querida del silencio encarna la causa ocasional que reflejando en mi mente despierta la belleza universal é infinita, carisimo tesoro que regaló Dios á la humanidad. Allí se abre mi inteligencia cual magnífica granada del estio, allí mis pensamientos todos apiñados como sus granos purpureos, enrojeciéndose de grandeza maduran ayudados por aquella silenciosa brisa del templo: allí bullen y se agrandan considerablemente como un fantasma que la imaginacion estira hasta el infinito. Allí ese cuadro realza á mis ojos su creacion artística, allí mi pensamiento enmudece embriagado de belleza tanta y exámine de tanto sentimiento; allí el pintor, genio egregio aparece á mis ojos, brota de su mente un pensamiento, brota una idea de mi razon, hieren el semblante celestial de Cristo, y en esa hipóstasis mística de pensamiento, creacion é idea. hienden empujados por Jesucristo, la inmensidad—

Creacion, belleza y Dios.

XIII.

Es inesplicable lo que pasa en mi mente ante la vista de ese cuadro sagrado ! Es incomprensible la emocion de mi corazon evocada por esa impresion mental ! Yo enmudezco como para armonizarme con ese santo silencio que vela mi existencia en aquel acto tan imponente de mi ser intelectual ! ¿ Cómo es posible que un cuadro, una pintura haya promovido esa revolucion de ideas en mi razon, desenterrando del seno de mi alma ese tesoro de belleza hasta entonces desconocido para mi espíritu ?

¿ Cómo en la corriente resbaladiza de la vida, deslizándose mi razon delante ese variado panorama del mundo, no se ha detenido una vez siquiera para exhumar ese tesoro ? ¿ Cómo el mundo tan enmarañado de perspectivas jamas me suscitó una idea que me revelara que mi existencia arrastraba un mundo infinito de bellezas, un tesoro esplendido de momentos de sublimidad ? Qué..... ¿ es el mundo un cañaveral inane que no posee siquiera la fuerza de arrastrar sus ojas al balancearse ? Qué...... ¿ es tan futil que no puede revelarse contra el soplo fétido de la materia qne lo agita ? ¿ Menester ha sido qne ese tesoro de belleza que mi alma encierra, lo haya estraido un instrumento de oro, tan rico y tan precioso como la sustancia de ese tesoro mismo y que el mundo en su infernal delirio sea tan esteril y tan vano que no haya podido desenterrar de la sima de mi espíritu esa riqueza ideal que tanto me ennoblece ?

¿ Me ha sido necesario venir al templo, espandir mi alma en su silencio santo para que ese tesoro de belleza encontrara un pensamiento artístico que lo exhumara ? ¿ Y qué influencia es esta tan rara, tan original, tan irresistible ? .... es el silencio ? .... es el arte ? .... ¿ qué es en fin ? ....Dios.

XIV.

Cuando miro la perfeccíon de esa pintura, cuando la impresion de mi alma es tan estraña y edificante, ¿ qué es de mi cuerpo? ¿ ha desaparecido ? ...... ¿ Soy persona aun ó ángel ? ...... ¿ Do se haya mi ojo que me transmite la belleza de ese cuadro ? ...... ¿ Soy yo mismo aun ? No se habrá evaporado la materia de mi cuerpo por el fuego volcánico de esa inspiracion artística ? ¿ Es mi retina todavia el vehículo de esa belleza ? ¿ Es la cornia de mi ojo aun ese diminuto mar de leche do mi pupila sobrenada y que aletargando con su soporífera sustancia la fuerza nerviosa mantiene mi párpado inmovil ante ese sublime cuadro ? ¿ Soy yo hombre aun cuando me elevo tanto ? ......

XV.

¡ Oh ! razon ! ¡ oh belleza ! ¡ oh Dios !

¡ Oh razon, querida preeminencia que de Dios he recibido ; tu sola estiendes tu inmenso poderio en el silencio de aquel augusto recinto !

¡ Oh belleza, tesoro ideal de mi razon, tu sola te despiertas cuando el pensamiento sublime del arte te saca de la inteligencia embotada por el bullicio del mundo y te espone cautelosamente al aire silencioso de aquella mística mansion !

¡ Oh Dios, pródigo ser, tú sin descender de tu soberano solio, inmenso, pleno, activo, perfecto, parece que te complaces en entreabrir las celocias celestiales del infinito palacio de los cielos, mostrándote á mi mortal cnando piso el dintel de tu morada escel sa ! ¡ Estoy en el templo ! !

XVI.

Estoy en el templo ! delante de una imagen, es la de Jesucristo ! Yo me he estasiado en admirarla, he nutrido mi alma con su belleza, me he figurado claramente estar viendo morir á Jesus, en aquel momento de recojimiento de mi alma ! Se ha ostentado en mi razon la belleza que atesoraba avara y el pensamiento sublime del artísta ha hechizado mi corazon. He admirado, he idealizado, me he recojido, y he sentido.

Estos son los frutos ópimos que el silencio maduró en mi cérebro bajo la sombra de la cúpula magestuosa del templo !

Toda la belleza que mi alma encerraba ha saltado instintivamente al contacto de esa otra belleza artística de la imagen, como una gota sutilísima de azogue que salta y se refunde con otra chispa argentina de esa sustancia. Mi corazon no ha hecho mas que obedecer á mi inteligencia durante esa estática contemplacion ; y si dejaba un instante de palpitar, si mi párpado inmóvil se fijaba, si mi aliento tímido se escondia en el pulmon, era por que la idea suprema de mi inteligencia tambien parecia zozobrar en el inmenso océano de lo infinito. La belleza de mi razon despertandose se hundia en el abismo; reaparecia, brillaba, y seguia el norte de ese planeta centellante que la imagen de Jesucristo simbolizaba en un marco. Mi corazon seguia esos transportes, esas transiciones ideales de la mente y uniformándose así, latia, paraba, se comprimia,

como el alma se estendia, divagaba, se hundia, concebia y admiraba.

Hé ahí los portentos preclaros de esa idea racional concedida al hombre. Hé ahí la utilidad incontrastable de la imagen evocando la belleza. Hé ahí la vision intuitiva de Dios en el templo—Hé ahí un momento de oracion mental.



EPILOGO.

El silencio que domina en el templo transportó al pensador cristiano á lo infinito—Chocó su vista con la imagen de Jesus, esta pintura evocó toda la riqueza de sus concepciones, y del arte pasó al artista, del artísta á la belleza, de la belleza á Jesus, y de Jesus á su entidad espiritual y eterna, y en ese estado tocó el alma la entidad de *Dios.* — ¡ BELLEZA E IMAGEN !



PERFECTIBILIDAD.

PARTE PRIMERA.

I.

Mucho se ha dicho sobre la perfectibilidad, unos la admiten y la creen posible, otros la intitulan de quimérica, entre ellos hay quien solo la cree posible en cierta época, (1) pero destinada à hundirse y á ser la misma siempre como el mundo ; otros la creen verdaderamente indefinida y entre estos últimos nosotros. Digamos sobre ella algo.

Ante todo es necesario distinguir la perfectibilidad posible, de la perfeccion absoluta.

Esta es imposible como hecho del hombre y resultado de los perfiles que añade á la obra de Dios que por si ya es esencialmente perfecta.

Acercarse á la perfeccion es una ley mas no llegar á ella jamas es la sancion de esa ley. Perfeccion existe solo en el universo en cuanto á su esencia, esto es en sus leyes y existencia, como obra manifestativa de la mano del creador : mas en las formas, en los perfiles, en los contornos que esa obra egregia Dios ha querido que reciba de la mano del hombre, parece termina la perfeccion.

Es de Dios el crear, es del hombre el imitar.

(1) Lamartine en su 3e. ENTRETIEN DU COURS FAMILIAIRE DE LITERATURE.

La obra será perfecta ; la imitacion no lo puede ser, sin embargo de servirse el hombre de una sustancia perfecta para producir sus imitaciones. La imitacion misma y la misma no perfeccion son en el fondo y en el todo una perfeccion.

II.

El trabajo tomado genericamente como la aplicacion continua de la actividad del hombre al mundo es su condicion. Tender á imitar la perfeccion por el trabajo son los perpetuos conatos de la humanidad ; segun eso el acercarse á la perfeccion por el camino de la perfectibilidad es un hecho real, una condicion del hombre y no es como algunos pretenden una mera utopia.

Perfeccion implica infinitud eternidad, ubiquidad, Dios ; y la perfectibilidad supone grados, finitud, hombre. La perfeccion es una calidad íntima del mundo y la perfectibilidad es una calidad condicional de la raza humana.

III.

La prefeccion que existe en el todo de la creacion amamanta en su seno á la perfectibilidad, como un rayo de luz es alimentado por el sol sin que este espléndido luminar pierda un átomo solo de su inmensa mole. En el contraste mismo que en muchas partes del Universo existe, en la sucesion de los fenómenos, en el bien y en el mal' en lo bello, como en lo feo, en lo sublime como en lo horrendo hay perfeccion como armonia y cadencia en los variados tonos de la música. Este contraste es una necesidad de la perfeccion, y el hombre que formando parte de el ha recibido una cierta fuerza de libertad de obrar, que le es propia en el seno de la perfeccion, anonadado con su infinito modelo imita en su estúpor y admiracion esa armonia sin salir de sus limites.

Esta imitacion y estos perfiles que vienen á ser como los nítidos celajes de las nubes, que las ribetean sin salir de la atmósfera, son la perfectibilidad que perfila ciertas partes de las obras perfectas del creador, sin salir de la atmósfera de su infinita perfeccion. Es en una palabra la perfectibilidad con relacion á la perfeccion, lo que una idea al objeto, que este la evoca, aquella lo comprende y for-

mando parte por decirlo asi de su objetividad, en cuanto por él es producida, en nada lo destruye, en nada lo transforma: la idea pues es un perfil del objeto en el seno del mundo como la perfectibilidad es un perfil de la perfeccion en el seno del mismo mundo.

La idea y el objeto, perfectibilidad, perfil y mundo todo está entrañado por la perfeccion.

IV.

Supuesta esta distincion encaremos psicologicamente la cuestion.

"Tout monte et tout descend" dice un escritor moderno; y en efecto; si hacemos el exámen de los hechos del mundo en la abstraccion mas simple, parece evidente que la sucesion gradual que por todas partes vemos operarse, no es sino una sucesion constante que no sale de un círculo que la está trazado, ó mas bien sirviéndonos de una comparacion de ese mismo escritor, es la carrera de un astro en su orbita, condenado eternamente á no separarse un ápice de su ruta. Pero aun en esto mismo hay que notar varias circunstancias. En verdad, jamas llegaremos á una perfectibilidad absoluta como muy bien se ha dicho, pero sino podemos llegar á esa perfectibilidad absoluta que puede equipararse á la perfeccion, no por eso es ménos cierto que la perfectibilidad es en cierto modo indefinida.

V.

El "Tout monte et tout descend," no es estrictamente verdadero, y aun asi mismo en las diferentes consideraciones históricas y filosóficas que tan sabiamente se han presentado en apoyo de esta cuestion, hay muchas de ellas que llevan marcado el sello de la perfectibilidad. Los cuatro fenómenos (1) por los que constantemente se ha dicho, tiene que pasar el mundo y dentro de los cuales parece manifestarse la fuerza retroactiva y monótona de esa cuadrúplice ley en relacion con la perfectibilidad, no son tan sustancialmente fatales como se pretende para cortar las alas á esa blanca paloma de la perfectibilidad que apesar de todo se eleva de esas cuatro almenas que aparentan sujetarla en las jaula del mundo.

(1) Nacer, crecer, desaparecer y morir.

La perfectibidad puede enalzarse á pesar de esos atalayas que la circundan, puede tomar incremento y nutrirse indefinidamente de vida en cuanto lo permite nuestra naturaleza de criaturas. Esa indefinitud que en nuestro concepto cobija á la perfectibilidad, es una indefinitud finita como cuando la mente traza un espiral en su razon que partiendo de un punto se desarrolla indefinidamente por el espacio, encontrando no obstante el limite de la razon de donde ha partido.

La perfeccion existe en el mundo como sello de la obra de Dios, mas la perfectibilidad existe como esfuerzo del hombre y puede estenderse como la espiral indefinida, sin llegar jamas á la perfeccion.

Nosotros sin desechar lo que se dice, sin estrechar tanto esa perfectibilidad, solo queremos estenderla algo mas, queremos que apesar de ese *monte et descend* en la vida, de nuestro célebre autor contemporaneo, nos sirva este fenómeno para adelantar un paso mas aunque pausadamente en la carrera del progreso, como las argollas del nudo gordiano que sin contribuir aparentemente á desatarlo, son combinaciones que sabiamente lo desligan y nos presentan al fin la dificultad allanada.

VI.

Conformes con el sistema sabio que dá al hombre la verdadera dignidad que le compete, queremos vislumbrar algo de esa perfectibilidad desde su creacion hasta nosotros, buscando en sus mismas facultades y en la perfecta economia de su organismo, los instrumentos de la perfectibilidad.

El que compare la vida del hombre, sus desarrollos, sus varias épocas y su fin, con la vida y desenvolvimiento de la humanidad, sin hacer distincion de las diferencias y principios que las constituyen, solo hará una comparacion inexacta, empero seducido por un cierto colorido de semejanza inductiva será disculpable. Creemos que, aun que en buena hora exista cierta analogia, no es tan simil esta, que haciendo de la humanidad un individuo de vida mas prologada, deba vivir y morir siempre en un perpetuo estado de ignorancia y atraso ó por lo ménos no pasar de cierto grado de poder y civilidad.

El individuo ya sabio, ya ignorante, puede vivir y morir, pero la humanidad viviendo y muriendo da siempre un nuevo paso para la

generacion siguienete que cada dia mas la vá acercando á imitar la perfeccion.

La perfectibilidad que se limita en el individuo por la vida, y se corta fisicamente, en la humanidad, como esta es sucesiva, aquella tambien es proporcionadamente indefinida y su limite solo será el de la espiral en la razon.

VII.

Decir que esa perfectibilidad no se manifiesta en el mundo en la actualidad, es decir quizá un contrasentido, pues si bien es cierto como hemos oido mas de una vez que solemos decir *cela, est antique* cuando admiramos una obra maestra del arte que nos sorprende, sin embargo, ni consiste en esto la perfectibilidad, ni las facultades de los hombres han dejado de ser ménos perfectas hoy que entontonces, para que no podamos ver renacer entre nosotros á los Fidias y Praxiteles, ni una frase semejante pudiéramos emplearla con tanta cordura, si hablando de los saludables dones que á la civilizacion trajo el cristianismo, dijeramos *célá est antique.*

Creemos por el contrario que el Evangelio es moderno, y que á no dudarlo es un progreso, cuyo germen fecundando en la tierra tiene necesariamente que crecer y estender su benéfica sombra y sus frutos sublimes indefinidamente.

El cristianismo, es un grado de la perfectibilidad indefinida, es lo que solidifica la base del progreso que existe en las facultades humanas.

Perfecto en su esencia tiene necesariamete que fecundar la perfectibilidad indefinida. Es por eso que sus frutos y sus resultados serán los que constituyan gradualmente el progreso y no su aparicion pues entonces el siglo en que sus resplandores irradiaron á la mortalidad fuera, en tal concepto, de mayor perfeccion y civilidad que el presente, teoria ó principio que juzgamos no ser exacto.

VIII.

Si por que esos ridículos utopistas que hacen del sistema de la vida un vejetalismo, para sostener la perfectibílidad indifinida, quisieramos nosotros abandonar nuestros principios, no obrariamos en con-

ciencia ; si ellos buscan desde una planta el origen de la humanidad y admirando la civilizacion presente atribuyen á la perfectibilidad esa misiou ; ¿ nosotros desconoceremos esa perfectibilidad y esa tendencia al progreso que en el hombre existe, por que no vayamos á buscar su origen en la planta informe, y prefiramos verlo en las páginas de la revelacion ?

Tomamos al hombre tan digno como lo es hoy en el dia de haber salido de las manos del Creador y creemos en la perfectibilidad indifinida.

Nos diferenciamos de esos retrógrados utopistas en que ellos entierran demasiado el gérmen de la perfectibilidad, haciendo del hombre casi una oruga inerte, y nosotros arrojando la semilla á flor de tierra y partiendo de la revelacion y de las doctrinas sabias que hemos heredado de nuestros mayores, vemos crecer el árbol de la perfectibilidad tan hermoso y digno como digno es su fruto. El *vejetalismo* muere en embrion secado por el candente fuego del seno de la tierra de donde quiere partir, mas la perfectibilidad que nace desde la arrogante cuna del hombre, regada por la revelacion y la sana filosofia reverdece y reparte la sombra de sus hojas á los mortales en todas las estaciones.

Y en fin, creemos que la perfectibilidad indifinida como la espiral racional, es posible.

IX.

Apartémonos del modo de pensar de los que desconocen casi totalmente el progreso gradual de las generaciones que se suceden en la vida de la humanidad, y concediéndoles el mérito de mirar la cuna del hombre tal como la verdad cristiana y la filosofia nos lo proclaman, observemos nosotros que muy bien existe la perfectibilidad con el tan digno origen del hombre.

El progreso es el signo patente de la de la perfectibilidad. La historia, la filosofia y la razon, todo nos augura y nos dice que la perfectibilidad no es una utopia, no es uno quimera, antes por el contrario es una feliz realidad y de la humanidad un atributo.

Dos especies de perfectibilidad existen ó mejor una sola que envuelve á la otra como consecuencia. La perfectibilidad moral y

la perfectibidad física. La primera es esa tendencia incansable é indefinida que posee la humanidad de llegar á la perfeccion del corazon, para procurar el mayor grado de felicidad de que la sociedad toda entera pueda disfrutar aquí en la tierra. La segunda consecuencia de la primera es el perfeccionamiento de todos los medios humanos que el trabajo nos indica para llegar á la felicidad general.

En todas las épocas de la vida existen el bien y el mal, sabio contraste de perfeccion esencial y pura, y elementos constituyentes del merito de una accion. Creer que la perfectibilidad haga desaparecer totalmente de la faz del globo estos dos principios, seria imaginar una pretension absurda. Estos principios entre cuya oscilacion permanece perpetuamente el individuo son un motivo de la perfectibilidad y tan inherentes son á ella que no podria existir si aquellos desparecieran. Ella supone grados, serie de escalones imperfectos que se van mejorando indefinidamente sin llegar jamas á la perfeccion absoluta, así como el indefinido desenvolvimiento de la espiral no llega jamas al infinito.

El bien y el mal y por consiguiente el crímen y la virtud, que por do quier han poblado siempre el globo, el talento y la ignorancia que siempre se han mostrado, las pasiones y el heroismo que igualmente han vivido siempre, seguiran existiendo; empero la perfectibilidad consiste en influir gradualmente y poco á poco para que la masa social disfrute cada dia mas de mayor felicidad en consonancia con su mayor grado de órden y de civilizacion.

El mal sin desaparecer enteramente, es útil á la perfectibilidad, y si bien se manifieste siempre en el individuo puede disminuirse constantemente y cada dia mas en la sociedad.

La perfectibilidad pues, creemos que no es otra cosa, sino esa aptitud que faculta á la humanidad para tender á la propagacion del bien proscribiendo el mal.

X.

Anhelar constantemente por el progreso es una ley, tanto del individuo como de la sociedad; examinar y pesar los resultados de la existencia del progreso en el mundo es mas bien del resorte de la historia que muy luego veremos; pero es innegable que ese anhe-

lo existe en el hombre, pues es conjénito con sus facultades; como que tambien existe en la sociedad, tal como bien clara y esplícitamente nos lo manifiestan nuestra conciencia, nuestras pasiones, nuestro patriotismo, las virtudes sociales y todas las tendencias que tenemos para vivir asociados con nuestros semejantes.

El saber en general, las ciencias, las bellas artes, la admiracion, el entusiasmo y la envidia, son otros tantos hechos que claramente atestiguan ese innato anhelo en el hombre y por consiguiente en la sociedad, que nadie desconoce y que todos afirman.

Esto es indudable; y sin embargo una vez admitido el progreso en una generacion ó en una época se le niega totalmente como grados de la perfectibilidad, ó en otros términos; sometidas las generaciones ó las épocas, á estos cuatro fenómenos de la vida (que no son exactos) *nacer, crecer, desaparecer y morir*, nada dejan para simiente de la perfectibilidad, nada agregan al hilo del progreso: todo lo antiguo es igual á lo presente. Es por esto y fundándose en esto que se combate la perfectibilidad; esta es la razon por la que se la desconoce: pero esto no es cierto y la historia y la razon misma que se toman para apoyar tal doctrina, las vamos nosotros á interrogar para nnestro sosten y apoyo.



PARTE SEGUNDA.

XI.

El mundo ha progresado y progresa.

Comencemos por la *esclavitud*, que se la compara al proletarismo.

¿Es por ventura la esclavitud el proletarismo? ¡Qué enorme diferencia no los separa!

Sacar del proletarismo actual la consecuencia de su equivalencia á la esclavitud y del la de la sociedad actual con la antigua es ó sofismar muy simplemente, ó pensar con malicia ó enceguecerse desconociendo la constitucion de la una y del otro.

Es un error ó un sofisma que desearamos no hubiera sido proferido por ningun escritor célebre, por ninguno de esos raros hombres que sostienen el palio del saber y de la ilustracion, y cuyos venerandos nombres sobrenadan en el mar de la simpatia.

¿Es posible que la esclavitud que hace del hombre una cosa, que lo degrada, que lo envilece, que enerva sus facultades, que imprime en la especie una fuerza retroactiva, que vá contra el orden social que se funda necesariamente en la igualdad ante la ley, se la compare con el proletarismo? ¿Es posible que la esclavitud que destruye el santo fuero de la libertad, que desordena al mundo, que lo mancilla, se la quiera equiparar al proletarismo, que lo ordena que lo constituye fundándose en esa misma igualdad ante la ley?

El proletarismo tiene precisamente que existir pues la desigualdad de clases se aduna al órden, por ella el mérito el

trabajo las virtudes y el genio encontraron su afan y su reconpensa. El proletario humedeciendo el arado con el sudor de su frente, aspirando el ambiento inculto y sano de la naturaleza y viviendo en medio del verdadero esplendor de la creacion, se robustece goza y vive; la sociedad aristocrática no le inquieta ni le da cuidado, y se la llega á envidiar alguna vez, á su vez, tambien es envidiado por el monarca, que fatigado de insulsos placeres y del gobierno, y siguiendo el surco trazado por esa tosca mano en la tierra esclama ¡ oh quien fuera labrador!

El amo del proletario, y quien lo sujeta es el trabajo; y el amo del esclavo y quien lo domina es el hombre. ¡ Véase aquí el abismo que separa á estos dos estados!

La grande asamblea social tiene asientos para todos sus miembros sobre la alfombra de la libertad. El genio debe ocupar en la sociedad un grado y un asiento que no le pertenecen al magistrado, y el labrador proletario ó el jornalero ocupan en la sociedad misma otra categoria, que no es ni la del magistrado, ni la del génio; pero siempre en esa augusta asamblea tapizada por la libertad.

Las clases sociales, no es de ahora que se ha dicho, que tienen necesariamente que existir, pues ellas traen su origen y fundamento de la familia y de la propia sociedad.

Comparar al proletario con el esclavo causa mas admiracion que deseos de desvanecer y contradecir tan absurdo principio.

Aducir como razon para apoyar una exajerada doctrina, que reemplazada la esclavitud por el proletarismo en la actualidad es un diseño de no haber progresado el mundo, es lo mismo que afirmar la inutilidad del cloroforme por que de todos modos el enfermo tiene que ser amputado.

XII.

El proletario de ningun modo reemplaza al esclavo, ni la esclavitud es hoy en el mundo una parte de la riqueza de la sociedad como lo era ahora dos mil años. Si el esclavo no ha desaparecido del todo hoy dia de la superficie de la tierra, no quiere decir esto seguramente que no desaparecerá totalmente.

La Europa ha comenzado á arrojar de su centro á la esclavitud y á limpiarse de esa lepra de la humanidad: y las demas naciones civilizadas do el cristianismo impera, secundando tan bello ejemplo, han colocado al hombre en el verdadero puesto que le está destinado. El cristianismo alimentando indefinidamente á la perfectibilidad como hasta hoy la ha nutrido hará gradualmente que la sociedad vaya tendiendo á su perfecta igualdad.

En el esperemes, en el confiemos.

XIII.

¿ En dónde existe la esclavitud en nuestros dias, sinó en aquellas naciones ácuyo ántro no ha penetrado aun la voz del cristianismo? No la hemos visto estinguirse por do quiera con el soplo del cristiano? ¿ No se va estinguiendo dia por dia?

¿ En el Brasil mismo, que para baldon de la humanidad, y como para contrastar con la civilizacion moderna permite aun la mano del Señor que el esclavo pulule en sus campiñas, no vemos como dia á dia, se van dulcificaudo las amarguras á que estaba condenada la raza negra entre esos orgullosos, cuanto míseros harpias?

¿ No vémos como merced á la escasez y al egoismo de esas gentes, el valor del esclavo ha aumentado un trecientos por ciento?

Pues dejad al tiempo y á la civilizacion cristiana el coronamiento de tan religiosa obra.

¿ No hemos visto abolir la esclavitud entre nosotros, como una mancha que maculara nuestra hermosa libertad? ......

XIV.

El esclavo ha minorado completamente cediendo terreno al hombre libre, y la libertad inoculándose en la sangre del esclavo va disputando dia á dia á esa nefanda falange del servilismo, sus infelices soldados, haciendo de las cosas hombres y de un mueble una persona.

Es un error absurdo comparar el esclavo con el proletario. Los mismos que tal comparacion ejecutan prefirieran mil veces ser lo segundo que lo primero y si esclavos fueran, al concedérseles la

libertad bendecirian al progreso renegando de sus doctrinas para quemar incienso en sus altares.

Signo notable de la perfectibilidad indefinida es pues, la abolicion de la esclavitvd.

XV.

Mas no es esto solamente lo que nos manifiesta este signo de perfectibilidad tan posible. Las causas de la servidumbre han desaparecido y el esclavo con ellas.

Las antiguas conquistas, las batallas y los combates eran las fuentes que encadenaban al hombre á los pies del hombre : hoy dia la conquista es ilusoria, y las batallas y los combates hacen del prisionero no un esclavo sino un amigo. Antes le deshonraban y hoy le honran.

¿ En dónde vemos en nuestros dias entre las primeras naciones civilizadas, arrastrado á un Sesostris y tirado por reyes que su ambicion habia uncido á su carro ? ¿ En dónde vemos repetirse los triunfos romanos ante un fanático pueblo que admiraba en los príncipes cautivos el heroico lábaro de sus generales ? ¿ Quién parodia en la actualidad las glorias nefandas de Alejandro, Mario, Antonio, Pompeyo, César, Mitridates y Atila ó tantos otros héroes monstruos destrutores de Tebas y de Cartagos, cuya fama ha evaporado el ambar del Cristianismo ?

¿ Quién osaria hoy presenciar sin indignacion á Yugurta atado al carro triunfante de Sila ?

Medid las conquistas de Napoleon con las conquistas de los Césares y encontrareis en ellas todo, ménos la fuente de los esclavos.

Entonces en Roma misma, en la preclara Roma el hombre era exonerado de su dignidad por el hombre y hoy el mundo civilizado con su camino iluminado por la tea de la perfectibilidad exonera al esclavo de su degradante servilismo para darle un asiento en el recinto de la sociedad.

Hé ahí frutos que no podemos desconocer de la perfectibilidad.

XVI.

La perfectibilidad es tan cierta como posible y es tan posible como cierta.

La historia y la naturaleza con cuyos criterios se desmiente y desconoce el progreso sucesivo é indefinido, son todo lo contrario, como queda dicho antes, las que á cada paso nos lo designan, si filosoficamente examinamos sus causas. ¿Qué es lo que no ha progresado en el mundo desde las primeras sociedades hasta nosotros, que es lo que no ha empezado á progresar? ¿Las bellas artes, las ciencias, la moral, el órden y constituciones de los pueblos, qué en fin? Nada, pues todo ha progresado y en todo se ostenta la perfectibilidad. Vamos á considerar una por una cada arte y cada ciencia y busquemos el progreso.

XVII.

La primera de las bellas artes, la poesia ¿no ha progresado por ventura? " Nous ne chantons aujourd'hui pas mieux que du temps d'Homère," se nos dice para probarnos, que la perfectibilidad es una quimera.—Véamos en donde existe el error.

La perfectibilidad que se basa en el progreso constante no se simboliza espresamente en el individuo, sino en la sociedad. Los trabajos de los individuos, su parte de tributo en el progreso no es para ellos directamente sino para la sociedad. La popularidad, la cultura profusamente difundida, el esquisito gusto en todo y en general un conjunto bello de creacion y sentimientos son los efectos de la perfectibilidad. Homero, el padre de los vates ciñe en sus sienes la corona del genio de los poetas, mas no por esto estamos autorizados para decir que la poésia no ha progresado. La belleza y el sentimiento de la belleza son los que glorifican al génio y á la poesia, y estos fenómenos que son el eco que repercute el laud armonico de un poeta, sublimiran tanto mas á la poesia, en cuanto sea mayor el número de mentes en que se despierta esa belleza, y mayor el número de corazones, que con su sentimiento puedan apreciar esas armonias. Un siglo, ó una nacion será tanto mas poeta, cuanto mas individuos posea que afecten esa imaginacion brillante que remonta al hombre á idealizar y estender la belleza.

Es por esto que un génio no hace poeta á una nacion, y si la hacen las endechas amorosas y sencillas de sus hijos, que virtiendo en poemas ó en alegres canciones sus sentimientos, despiertan á cada paso y en todas las ocasiones la belleza del alma de sus amadas, ó el sentimiento del corazon del pueblo que los vé nacer.

XVIII.

En todas las épocas existen génios, como que son los rayos que esparcen y engrandecen la luz de la perfectibilidad. Homero ha sido uno de ellos, y su poesia aun que lejana del gusto moderno es no obstante admirada por sus bellezas, las que la antigüedad quizá no escuchara ni admirara tanto como nosotros. El laud antiguo pulsado por sus divinas manos hace oir aun sus vibraciones hasta nosotros ; mas el moderno pulsado por manos infinitas deja oir sus melodias á toda la generalidad presente qne las aprecia tanto como las armonias antiguas ; en lo cual se demuestra patentemente que el gusto hoy es general ; y como, en donde existe el gusto existe la poesia, esta habrá progresado en cuanto es mas generalmente apreciada y conocida. Gozamos mas nosotros con la popularidad de la poesia que en aquellos tiempos ss gozaba conl los ecos de aquel solo laud que se estinguian sin electrizar tantos corazones.

XIX.

El arte, la poesia, es hoy la belleza del alma mas generalmente despertada en la masa social.

Hoy que la cultura ha avanzado hasta el pueblo, la sociedad siente mejor, ha aprendido á espresarse mejor, y el entusiasmo creando el gusto se manifiesta mas pomposamente para sublimar al arte — ¡ Ojalá qne todos fuéramos poetas !

Cuanto mayor sea el tesoro de belleza que de su alma exhiba la sociedad, tanto mas eco y sublimidad encontrará la poesia, mas apreciadores habrá de ella, y mayores serán los gozes espirituales que nos prepare.

La poesia dijimos, habrá progresado, cuanto mayor sea e gusto en la sociedad para escuchar sus divinos acentos. Bardos sublimes, eminentes vates, grandes poetas, no han faltado, ni es-

casearán en la posteridad. El génio es el mismo en todas las épocas. Los poetas que son las flores sociales, glorificarán el jardin de la poesia, cuanto mayor sea la fragancia que su escesivo número despida, cuanto mejor cultivo reciba ese jardin, cuanto mas refinado sea el gusto que se infiltre en la sociedad y cuanto mayor sea el placer de esta por ir á sus verjeles á aspirar y solazarse en esa melodiosa fragancia.

Homero era una magnifica flor nacida en ese jardin cuando apenas el tiempo habia empezado á cultivarlo, flor que aun que rozagante y bella descollaba de su esplendente tallo, perdiase su perfume entre las malezas, por las cuales su aroma debiera atravesar para ser aspirado en la posteridad. Hoy el jardin de la poesia cultivado por la incansable é idonea mano del tiempo, es estenso y magnifico, y sus flores impregnadas de la fragancia de sus antecesores, imitando sus bellezas con los felices injertos del estudio y del estilo airoso de las antiguas qne cuidadoso el tiempo la prodiga, refunden su aroma con mas profusion, por que las malezas han desaparecido casi y el gusto aumentando de dia en dia ha sublimado ese jardin, haciendo que se embriaguen en él sus menos entusiastas visitadores.

Hoy la poesia es bella, popular y útil y en los tiempos de Homero no podia ser popular ni su utilidad era conocida. Hoy es una de las voces del alma de la sociedad, entónces era la voz del alma de Homero.—Ha progresado.

XX.

La segunda de las bellas artes es la música.

¿Y qué es la música? ...... es otra espresion de la belleza, un sueño misterioso del alma. Desconocemos lo que sea el sonido, pero no ignoramos que el sonido refractándose en el alma la embelleza ó perturba, la transporta ó la desagrada. La música que es la combinacion armónica y caprichosamente ordenada del sonido es una idea del alma. Es la belleza que se despierta por otra fibra, que parte de otro sentido y que conmoviendo el espíritu es á la vez idea y sentimiento, es espresion, es un sueño misterioso del alma.

La sociedad siente é idealiza, espresa y sueña como el individuo y es mayor su sueño, mayor su entusiasmo en razon de su

XXI.

magnitud. La música existe en el alma, congénita con su esencia. El mundo, la naturaleza ó la sociedad la despiertan. Necesita para aumentar su vigor de la naturaleza que la sublima, así como el canto sublima á la poesia. En su origen estaba reducida á los febles acordes de imperfectos instrumentos, incapaces de arrancar toda la belleza que el alma atesoraba por que el arte mecánico no ayudaba al arte bello del espiritn, ni el instrumento favorecia á la música.

XXII.

El instrumento antiguo que arrancaba ó transmitia la música de una alma á otra, era un vehículo pesado, agreste, imperfecto en fin, tendente mas bien á desprestigiar la belleza de la música al comunicarla, que á arrancarla á torrentes del alma para regar con sus divinas entonaciones los pechos de los que la escuchaban.

En nuestros dias el arte mecánico progresando ha perfeccionado el vehículo, como el gusto y el sentimiento han perfeccionado al canto poético, y el espiritu puede transmitir al espiritu torrentes músicales de armonias que lo transportan y exhaltan.

El rabel, la zampoña, el galipe, el tamborin, el laud, la cítara y la lira, que sucedieron á los antigüos vehículos agrestes, se truecan en nuestros dias por el arpa, el piano, el violin, la flauta y mil otros célicos instrumentos que arrancan del alma con su entusiasmo estrepitosos bravos que se condensan en los lábios.

Hoy el sentimiento es general, hoy la belleza toda de la sociedad y toda la música del alma salen á torrentes empujados por los acordes infinitos de esos régios conciertos de cinco ó seis mil instrumentos que se aduman en la tierra para arrancar á los querubines y á los ángeles el secreto de sus seráficas plegarias.

XXIII.

La belleza es un signo de la felicidad y la música en sus mas íntimos transportes es el perfume que el alma exala de esa felicidad. Las notas de un instrumeuto que repercuten en el alma, van

gradualmente despertando los sentimientos de ese tesoro que el alma encierra en su esencia ; y las oscilaciones infinitas de esas notas al vibrar en ella la despegan poco á poco de la materia y bañandola de dulzura y de dicha, aniquilan la carcoma de su dolor.

Cuanto mas perfecto sea el vehículo que opera esas transmisiones, mayor encanto sentiremos ; por eso el instrumento en nuestros dias completado con todas las combinaciones mecánicas que ductilizan el aire, ha hecho de la música moderna un arte que arroja de su seno placeres desconocidos en la antigüedad.

XXIV.

Cuando concurrimos á esos espectáculos en los que la garganta de una muger tan maleable como la del canario, absorve el aire, y revolviéndolo en modulaciones infinitas lo agita con esa sublimidad y dulzura á que solo la voz humana puede llegar. ¿Qué es de la sociedad entónces? ...... ¿No parece que estamos suspendidos en un entrecielo, oyendo la cercana voz de un ángel? ¿Y se gozaba acaso en las primitivas sociedades del sentimiento de esta maravilla espiritual de la cual ni aun se habia sospechado su secreto?

La música del alma de los espectadores aunada con los angélicos sonidos de esa flexible garganta y confundida con las vibraciones acompasadas de los instrumentos, parece en ciertos momentos al salir del santuario del cuerpo querer absorverse toda en si misma y reasumirse en la unidad mas simple, mas económica y mas sublime. En el dia el sentimiento de la sociedad es uno, grande, intenso, etereo y celestial ; en el dia la música perfeccionada por el génio de los Bellinis y Verdis, es no solo el fluido mas bello del espiritu, sino que es un vehículo de sentimiento intuitivo que cual mágica ganzua nos presta su oculta potencia para forzar el gabinete divino que encierra entre almos encajes el místico pan ratificado por Jesucristo y hecho signo visible de la Divinidad.

El arte de la música tan bello como es entre nosotros aspira, no á *decaer*, por que esto es imposible ; no à *desaparecer*, ni ménos á *morir*, por que aun que pereciera toda la generacion presente, sus vástagos conservarian el secreto de la música ; criados en el gusto

y rodeados de instrumentos contribuirian como sus padres á sublimarla mas aun, pues que ella tendida hoy á los pies de la perfectibilidad como una odaliska à los pies de la sultana favorita, aspira no á individualizarse en el alma de un ser, sino á consumar en la sociedad toda la gran entidad de lo bello, al contacto de una chispa músical.

XXV.

La sociedad es el espejo que embellece al arte, y este es mas bello en cuanto es mas clara y mas perfecta la reflexion de su imagen en el azogado cristal. No es él para un solo ser, sin embargo de existir todo entero en uno ; necesita para embellecerse, para ser mas perfecto, para impresionar mas de esa espansion transmisiva del sentimiento de lo bello de una alma en otra. Hé ahí lo que ha efectuado la sociedad presente, bajo los auspicios de sus predecesoras y hé aquí lo que harán las futuras bajo los auspicios de la presente.

Gozamos nosotros inmensamente mas que los antiguos, por que estando mas generalmente despertada la música en las almas, es por este hecho mas honda y mas sublime, y las subsiguientes generaciones gozarán triple que nosotros en razon de la perfectibilidad que tiende á hacer de la música una vision universal y simple de la Divinidad en el coro de las almas. ¡ Ojala fuéramos todos músicos ! — La música ha progresado !

XXVI.

La pintura, la arquitectura y la escultura, artes que llevan el merecido epíteto de bellas, se hallan en el propio caso que la poésia y la música.

Los magnificos lienzos de Rafael, Miguel Angel, el Ticiano, Vinci y tantos otros, de cuyos modelos vírgenes, objetaráse la imposibilidad de ser imitados, parécenos que se exajera esa imposibilidad. Si ella consiste en el dibujo, Vandick, Rubens, David y Velazquez no dibujaron con ménos perfeccion ; si en el colorido Murillo les ha escedido ; si en sus impermeables y finísimos colores hasta ahora los Chinos y Japones no encuentran imitadores.

Los esmaltes admirables de Palize en sus régios vasos, han

encontrado en Avisseau un competidor que les disputa su fama; y las obras de este genero que nos vienen del Japon y de la China, aunque encuentran quienes les disputan la perfeccion en el dibujo y en lo elegante de sus formas, en los tintes y en sus mixturas son imitables. Los mismos portentos existen hoy que en la edad media y en esta que en la antigüedad. Desde Apeles y Praxiteles, hasta Rafael y Miguel Angel, se nota el progreso, y aun en épocas anteriores á las de estos ostentaban Balbeck y Palmira, Babilonia, Persepolis, Heléopolis, Ecbatana y Susa, genios que las adornaron al gusto y magnificencia de aquellas edades y que no cedieron en habilidad y maestria á los escultores y dibujantes Griegos y Romanos.

Indudable es que esas obras maestras que se ven relampaguear por todos los siglos parecen dominar al arte confinándolo; mas el arte como hemos dicho en eso solo no consiste; la impresion, la popularidad, la espansion, son los signos característicos que constituyen su progreso. Hoy dia estos se estienden á la sociedad de todos los pueblos civilizados que son mucho mas numerables que en la antigüedad, los cuales lo realzan y admiran.

XXVII.

El arte del dibujo sin embargo no podemos decir no haya progresado; por el contrario hoy dia no solo él es mas general, sino mas facil, ménos costoso y mas perfecto. Los estudios que continuamente se van á perfeccionar á Italia, y que al parecer comfirman la necesidad que tenemos de los modelos antigüos, nada prueban en contra de la perfectibilidad; pues por el contrario son la espresion del anhelo de la sociedad para llegar á la perfeccion, anhelo que busca todos los medios mas fáciles y los caminos mas espeditos, y anhelo que por si solo prueba la tendencia á la perfectibilidad. ¿Por ventura se habrán acabado los genios en el mundo que aun mismo sin ir á buscar el contingente italiano para desarrollarse no puedan ofrecer por si solos la clave de sus inspiraciones como de por si nos la ofrecen los antiguos? Si vamos á estudiar aquellos modelos, mas es por curiosidad y algunas veces en los genios mediocres por estudio, pero ni todos los grandes genios los han

visto ni los necesitan, y si acaso lo llegan á efectuar será optando por un medio obvio que les ayude á escalar mas pronto el templo de la gloria. Claro es que la misma sociedad necesita del progreso de la anterior para andar mas velozmente la ruta de la perfectibilidad y bien pudieramos por este mismo hecho esplicar la necesidad de estudiar aquellas pinturas.

XXVIII.

Mas aparte de todo esto, las bellas artes de ningun modo existen para ser patrimonio de unos cuantos hombres; ellas son los dias felices de gozo y de ventura que Dios ha donado á la humanidad; y los genios lo que hacen es interpretar la mision divina del alma buscando esos dias y coadyuvando á que sus semejantes los encuentren é interpreten tambien como ellos.

El individuo como miembro del cuerpo social consagra su genio á ese cuerpo, goza á consecuencia del goze general, y si cada individuo en sí fuera á la vez que poeta, músico, pintor, ó escultor, ó por lo ménos pudiera apreciar el valor de estas bellas artes y sentirse dominado por sus inspiraciones, entonces centuplicadas las horas felices de la vida de la humanidad seria toda ella una alma, cuyas ideas harian latir á un solo corazon, que es á lo que tiende la perfectibilidad.

En nuestro siglo el arte ocupa ya nna estension fabulosa que en la antigüedad era inconcebible; y sucesivamente asi, la cultura propagando el gusto, la inspiracion y el genio, conquistará poco á poco amadores de sus bellezas, diletantis de sus acordes, apreciadores inteligentes y en una palabra momentos de genio felices.

XXIX.

La estension del arte y su popularidad es lo que caracteriza su progreso. Y en efecto ¿ de qué sirviera el arte al salvaje ó al que no lo conoce?

El arte como el alma del hombre necesita del concurso de las otras almas, no tanto para perfeccionarse y para ostentar sus vistosas galas, como para cumplir su objeto y llenar su mision—De otro modo ¿qué seria de su ser destinado á estacionarse en dos ó tres

individuos que gozaran de sus bellezas y las poseyeran? No! La sociedad toda es la que lo debe poseer, ella la que lo debe gozar y esa es la tendencia de la perfectibilidad.

XXX.

La belleza madre del arte y fécula misteriosa que contiene en gérmen todos sus productos, que existe en la mente del hombre, que formula uno de los vínculos mas sólidos de las inteligencias, la belleza que como el bien y la verdad, es una de las tres fibras indefinidas del alma que se pierden en la infinitud de Dios, la belleza despertada por la belleza se ostenta en el hombre, como en la sociedad de mil modos; entre ellos el gusto y la aficion.

Cada dia que se van perfecionando las artes, se va purificando el gusto y la sociedad repletandose con el concurso vario del gusto de sus miembros, lo liquidifica, lo evapora, lo ennoblece, lo sublima, lo hace penetrante, casi se lo impone á si misma como un mágico capricho haciendo vasallos á sus mismos propaladores.

El gusto que llega insensiblemente á dominar á la sociedad, y la aficion que desenvuelve momento á momento el estambre ideal de la belleza que posee el alma son los dos polos mas influyentes para ese desarrollo magnético del arte. Este obedeciendo al fluido de la aficion y penetrado por el aroma del gusto cobra mayor osadia y se levanta en álas de sus caprichosos perfiles para consumar el gran movimiento de la indefinida perfectibilidad.

XXXI.

Esas dotes del alma, verdaderas y únicas riquezas con que Dios se mostró esplendido, poderoso y justo á la humanidad, la belleza, la verdad y el bien, ¿qué empleos tuvieron en el mundo de las primeras edades?....¿Llegaron á guiar por acaso á aquellas vetustas sociedades tan directamente á la felicidad como lo hacen hoy? ....
Ellas sí, produjeron en verdad, y se hicieron ostensibles desde entonces al mundo, pero sus primeros pasos, sus primeros productos medidos con los de la actualidad ¿qué prueban sino los grados que el hombre ha recorrido en la escala de la perfectibilidad iluminado por esas tres lumbreras?

La justicia como símbolo del bien tomaba en sus mános la espada de Nemrod para conseguir su objeto, y seguir sus tendencias, y el código de la ley y la insignia del bien tenian su emblema en el hacha de las conquistas, en el derecho del mas fuerte. Como en todo, los primeros pasos de la humanidad fueron ciegos, fueron erroneos.

La verdad como el bien de la inteligencia, sin alimento, sin las funciones nutritivas que el tiempo la debiera comunicar para su esplendor, sin observacion, sin estimulo ni examen, destinada solo á alumbrar al mundo naciente con su poca luz, sin mentes que la dieran su fuego, precipitaba con sus errores y crímenes á Sodoma y Gomorra, á Adama y Seboim en las fangosas aguas del lago Asfaltito; y luego despues, aclarándose paso á paso sistematizaba al materialismo por principio del mundo, hasta que por un esfuerzo de desarrollos felices, organizaba en Dios iluminado por todos sus atributos ante la razon, el principio y fin de todas las cosas.

XXXII.

La belleza viviendo tambien en la infancia del universo, jóven como la razon del hombre no podia haber esprimido su inmenso tesoro: inagotable en perfectibilidad y creacion, estensa cuanto universal no podia en esa infancia de la vida hacer otra cosa sino ir consolando al mortal desterrado en un planeta con algunos de sus destellos divinos, con la infantil poesia que la caracterizaba y con la tosca pintura que sus manos vertian.

De ahí los primeros poemas, las bastas imitaciones de la natura y algunos monumentos que revelan el poder, el espíritu de absolutismo de los monarcas que asociaban para construirlos á millares de vasallos, mas no el arte ni el gusto modernos.

Pero aun si algunas perfecciones ó algunas bellezas nos quedan del poder de aquellas edades, nos sirven á la par que de admiracion, de contraste que nos revela el salvajismo de algunos pueblos al lado de la cultura de otros. y aun entre estos últimos, el servilismo de los súbditos y la despótica órden de sus soberauos.

La perfectibilidad se anuncia desde entonces, se anuncia esa luz que el oxígeno del tiempo ha ido vivificando hasta nosotros y que desenvolverá indefinidamente en lo futuro.



PARTE TERCERA.

XXXIII.

La moral esa sustancia de la perfeccion del corazon ha caminado tambien al progreso desde su nacimiento hasta la actualidad. Ella nació con el hombre para lactarse en el seno de la sociedad y sus pasos en la carrera del progreso robustecidos con el cristianismo la han impreso el feliz movimiento de órden y bien estar, de que empiezan á gozar las sociedades. Morigerando á estas en particular se vislumbra su tendencia universal que en todo tiempo comprime las pasiones de los Reinos y purifica el aire que los anima.

La pasion que en la juventud del hombre es fatal é irreflexiva se templa y brilla por su benéfica influencia; así los Reinos en la juventud del mundo impelidos por la enorme catastrofe de las pasiones en pugna, se han templado hoy dia y ofrecen para los siglos venideros un horizonte de bienandanza debido al universalismo de la moral en accion.

El gérmen está en el hombre, en la familia, en la sociedad, mas la perfectibilidad nace desde el momento en que esos gérmenes refunden sus raices y las tejen en el seno de los corazones, uniendo en la virtud á ese hombre, á esa familia y á esa sociedad.

XXXIV.

Los sentimientos y las lamentaciones sublimes, los bellos rasgos y el heroismo, que en todo tiempo han lucido radiantes en

la historia del mundo, no obstante, esos sentimientos y esas acciones no encontraron en las sociedades antiguas el lecho que las nuestras les proporcionan. Los crímenes contrastando con su ímproba fisonomia la pureza y sacrificio de las virtudes, morian y se levantaban ya en la indiferencia ó en el olvido.

Si siempre han habido acciones que parecen haber suspendido el aliento de los siglos para que se las tributara admiracion, el heroismo entre nosotros, la generosidad la rectitud y la virtud en fin, son mas generalmente imitadas y con mas espontaneidad defendidas.

Nosotros tambien hoy nos constituimos admiradores no solo de las virtudes presentes sino de los sacrificios pasados dándoles una fuerza de ejemplo universal y estiéndolos á la juventud en nuestros libros mas comnnes.

XXXV.

La perfectibilidad de la moral ó en otros términos y el progreso de ella consisten en su influjo inmediato en todos los actos de la sociedad. Si la moral duerme en el corazon de los pueblos sin manifestarse despierta en los actos de su vida, sus pasos siempre serán viciosos ó retrógrados, y por el contrario cuando ella activa el ánimo de las sociedades, cuando liga recíprocamente á sus individuos, cuando su imperio cae verticalmente sobre la cabeza social partiendo su influjo en los infinitos miembros del cuerpo colectivo, entonces los actos humanos conformes con su espíritu la glorifican y ennoblecen, ennobleciéndose ellos mismos.

La moral que se ha ido desarrollándo é infiltrando paulatinamente en las sociedades, escalando los siglos en álas del progreso, ha llegado á darnos resultados mas felices y perfectos que los que se mostraban bajo el clima de la antigüedad como frutos de su temprana lozania. No está la perfectibilidad de la moral en la ciencia en sí como pudiérase creer, está en sus resultados ; cuanto mas populares y perfectos sean estos en la generalidad, mayor fuerza cobrará y mayor cantidad de sangre vital recojerá en sus venas. Sus prescripciones perpetuadas con mas uniformidad, llevadas al solio de los dictámenes soberanos de los pueblos, difundidas por las masas y entrelazadas recíprócamente con mas fuerza cada

dia, son productos que ya se ofrecen en el siglo actual como risueñas maravillas de la perfectibilidad iudefinida.

XXXVI.

La ventaja de nuestra época eminentemente moral sobre las épocas anteriores se basa necesariamente en ese grado de influjo á que se ha destinado esta ciencia en los actos y operaciones de la vida; y sus proféticos preceptos análogos á la fisiologia de los pueblos y á su naturaleza comun, se van gradualmente desenvolviendo por todos los ámbitos de la sociedad y arraigándose en las naciones. Nuestro derecho de gentes moderno ¿qué es sino la historia de las costumbres que las naciones de estos últimos siglos obedeciendo á los preceptos morales han observado en sus comunicaciones internacionales ?

La ley natural ampliada por la moral y pulida por el cristianismo, adoptándose al juego de los reinos en sus acciones nacionales y comercio, la vemos entre nosotros rodeada de toda aquella saludable etiqueta que la presta dignidad á la par que razon y fuerza.

XXXVII.

Las leyes Rodias, modelo de las pragmáticas que sirvieron en la antigüedad para regir las relaciones marítimas, eran un código en verdad adaptable á la civilizacion moral de aquellas épocas, pero la mayor parte de sus preceptos no hallarian eco en las costumbres y hábitos actuales que se observan de nacion á nacion.

La jurisprudencia cousuetudinaria de las naciones que ha obtenido una fuerza preceptiva de ley ¿en qué se funda sino en la pratica de los preceptos morales, que si bien en ella no sean tan perfectos como lo serán en lo venidero, no obstante son, puros, saludables y casi los necesarios para el estado presente ds la civilizacion de nuestras sociedades.

XXXVIII.

Lo que decimos sobre el progreso moral en las relaciones internacionales, que antiguamente eran casi desconocidas, tambien podemos decirlo sobre la moral interna de los pueblos ó en

otros términos, sobre su influencia mas ó ménos directa en los códigos civiles ó criminales. La ley civil perfeccionada hoy, tanto como la época de civilizacion lo permite, aunque hija de la ley civil romana, sin embargo su progreso está signado y patente en las páginas de su historia. Minos, Dracon, Licurgo Solon y otros tantos legisladores sabios, cuyos trabajos contribuyeron al mejoramiento y adelanto de las leyes que Roma propalaba, duermen sobre sus códigos el sueño de los siglos, mientras que el progreso de la ley acomodada á la costumbre cristiana en la ruta indifinida de su perfectibilidad, continua impasible su marcha en pos del impulso qne de la caridad evangélica recibe.

Roma misma exhibe sus códigos ilustres y corrige sus leyes al mandato de la posteridad, ostentando hoy sus tablas y constituciones con todo el ornato, firmeza y perfeccion que las costumbres de nuestro siglo hacen necesaria.

XXXIX.

Tambien los códigos criminales, como es asaz conocido, combatiendo en nuestros dias los innobles fundamentos de la penalidad de antaño y basando su utilidad en la necesidad moral misma, dictan con labios suaves y lengua inteligente las calidades morales y sociales que la incumben á la pena haciendo de esta parte del derecho un cuerpo casi perfecto de sanos y regulares principios qne miden la aplicacion de la pena por la intensidad del delito.

Y finalmente, ¿quién ignora que la moral desde el mero hecho de existir en el individuo, prescindido de su infalible desarrollo social, es incontestablemente susceptible de un progreso indefinido en la práctica de las acciones? Sin perfectibilidad serian ilusorios los deberes que ella nos prescribe y el hombre jamas se afanara en darles cumplimiento sino en cuanto beneficiaran su individualidad, y dormitando en la indiferencia al tratar de coadyuvar para verlos estender y constituir á la masa social, el egoismo reemplazaria al deber, y el caos al órden.

XL.

Mas aun, toda ciencia es susceptible de progreso; y descono-

cer nosotros esta verdad que fluye de nuestra razon, seria comprimir ese fluido y no concebir con la *razon.*

El progreso, de una ciencia á mas de fundarse en el descubrimiento de sus verdades, se funda principalmente en el grado de provecho que reporta las sociedad de ellas. Sin este segundo concepto la moral no fuera quizá susceptible de mayores grados de progreso que los que tiene en la actualidad, puesto que la ciencia que deleitaba á Kant y Leibniz es la misma que fué trabajada por el corazon de Sócrates y hermoseada por la lúcida inteligencia de Platon.

XLI.

Enpinándose esta ciencia en Grecia á impulsos del grandioso fluido del genio de sus hijos, era como un palmero perdido en el desierto ó poco ménos que una planta parásita cuya fecunda simiente con fuerza para desencajar y producir infinitas ramas, se siente morir desdesu naciente tallo en una tierra sin riego. Es por esto que hemos dicho que el progreso de un arte como el de una ciencia está en su frutos y resultados, y no en el acrecimiento numérico de sus verdades.

La moral estendiendo sus ramas por las sociedades y adhiriendose en cada corazon á un nuevo cotilédon que la dá nueva vida, tiende al progreso de su misma esencia; y finalmente ese progreso moral, á que nos referímos, parece fundarse necesariamente en que todos los hombres hagan de la práctica del bien su mas virtual accion, llenando estrictamente sus deberes; asi como los Reinos perfeccionando dia á dia en sus costumbres el derecho de gentes que los rige tiendan á estrechar indifinidamente sobre bases estables sus relaciones fraternales. En ello va el progreso; y, hé ahí como la misma historia, cuya recta mano se pretende sobornar para borrar las huellas del progreso en la carrera de la perfectibilidad viene á servir para designarnos y hacer fijar nuestra vista en sus pasos.

XLII.

Tanto en sus verdades descubiertas, dijimos, como en sus

frutos està el progreso de una ciencia. Y bien en sus mismas verdades, ¿cuál de ellas es la que podemos considerar perfecta en la actualidad?

La filosofia, las ciencias exactas, la botánica, la química, la catóptrica, la óptica, la zoologia, la geodesia, la astronomia y porcion de otras, ¿cuál es la que, apesar de haber hecho adelantos considerables, ha ofrecido enteramente á la inteligencia humana todas sus verdades? ¿Cuál es la que ha abierto todos los secretos de su misterioso tabernáculo y enseñado al hombre á agotar su anhelo incesante de saber con el lujo de todos sus principios? ¿Habiendo aun tanto que buscar y descubrir no lo hallaremos? ¿No progresarán mas las ciencias que lo que han progresado?

XLIII.

La ciencia en general que abraza todas las ciencias ó si se quiere una ciencia, es absolutamente perfecta, por el mero hecho ó por la sola razon de ser ciencia. La ciencia es la verdad absoluta, y solo Dios en tal concepto es científico; solo él posee la ciencia perfecta, cuyo inmenso objeto es TODO. Ella ademas es independiente, del hombre y este solo llega á la posesion de alguna ciencia por su razon.

La verdad tiene existencia por si, es sustancial, es la verdad, Dios mismo. Conocer ciertas verdades particulares, comprender algo de la verdad absoluta, columbrar su diáfano disco por entre los infinitos celajes que nos separan de su morada eterna, adherirse un tanto á ella por nuestra razon y servirnos de esta como de un telescopio magno de portentoso alcance para descubrir la verdad que cruza altiva é imutable los cielos es la obra infatigable del hombre; observarla, entreverla, descubrirla. Hé ahí nuestro constante é imperecedero anhelo.

XLIV.

El hombre descubre ciertas verdades, á que denomina científicas, por medio de su vista racional; pero las vé solo, sin saber otra cosa de la sustancia que observa, sino que es VERDAD, y sin conocer la íntima esencia de esta perfectisima sustancia. El en posesion de una verdad vé con ella á Dios, lo siente, lo palpa, pero

aun que el hombre no sea jamas infinitamente científico por que esto importaria usurpar la sabiduria de Dios, conociendolo todo ó poseyendo la ciencia universal, podrá, sin embargo, apurar indefinidamente sus *observaciones*, podrá indefinidamente descubrir verdades, y en una palabra, podrá y puede hacer progresar en él la ciencia, como el astrónomo está destinado á descubrir siempre nuevos planetas, sin que le sea dado jamas á mortal alguno decir que la astronomia conoce todas las marchas infinitas de los globos celestes, que determina con la precision matemática el vasto cúmulo numérico de los cuerpos errantes que se agrupan en la altura, ni menos que traza en un plano artificial la imàgen lineal de todas sus órbitas.

XLV.

Todas las ciencias se hallan en el caso de la astronomia y todos los hombres de la sociedad en el caso del astrónomo: este siempre tendrá en los cielos un immeno libro abierto ante su vista, en el que cada una de las estrellas será un nuevo geroglifico que descifrar y cada grupo nebuloso un discurso en lengua desconocida que su razon adivinará siguiendo la incomensurable ruta de cada uno de los astros que lo componen. El astrónomo hallará constantemente coronados sus esfuerzos con el planeta que descubra; planeta que será un purisimo aerolito de gloria que caerá sobre su cabeza del mismo modo que el hombre descubriendo una verdad científica con el maravilloso telescopio de su razon colocará en su frente una dorada guirnalda tachonada con las blancas y fulgentes perlas del genio.

XLVI.

Impropiamente decimos que la ciencia progresa, pues si bien atendemos á lo que ella es en sí, veremos que es imposible hacerla progresar. Siendo como es la ciencia perfecta, notaremos que el progreso no está en ella sino en la sociedad, en el hombre. Este aglomera las verdades descubriéndolas, es decir, aspira cierto número de llamas espirituales de la verdad infinita que arden en su razon, y si alguna vez llega à creerse en su loco orgullo asfixiado de ciencia, si llega á creer que será imposible conocer mas verdades que aquellas de que está en posesion, si llega á creer que el

progreso científico de la sociedad de que forma parte es ilusorio, este efecto de su misma ignorancia, no hiere á la humanidad que ahora y en todos los siglos obedeciendo á su innato deseo de saber descubrirá indefinidamente millares de verdades, sin agotar jamas la verdad eterna y sin poseer nunca la ciencia universal.

La humanidad está destinada á saber; este es un hecho que no ignoramos, y con tal fin se nos han donado las preciosas facultades que poseemos ; este saber implica progreso, verdad, sobre verdad, conocer indeflnidamente, perfectibilidad. La aspiracion eterna de verdades á que nos obligan nnestras facultades, es pues á lo que llamamos adelanto, progreso , provecho que la sociedad reporta de la absorcion de esos flamígeros rayos de ciencia. Esta aspiracion, este anhelo vital de las sociedades, este pulmon indestructible é incansable de la humanidad, que necesita del aire de la verdad para vivir, existiendo con la humanidad, hará en su eterna hematosis, eternos tambien los fenómenos que coloran y vivifican la sangre que alimenta la indefinida necesidad del progreso.

XLVII.

Examinemos ahora si conforme es posible é indudable la perfectibilidad indefinida en las artes y en las ciencias lo puede ser en las pasiones.

En todo tiempo viene el hombre al mundo escoltado de pasiones se ha dicho y con bastante fundamento. (1) ¿Mas quién está autorizado para negar por este solo hecho l a perfectibilidad indefinida de que la especie es susceptible ?

Deduciendo esta vasta y trascendental consecuencia de un principio tan escaso come es la existencia de las pasiones, facil es conocer el error de la argumentacion viciosa de que se la arranca, y esto mas nos hace persistir en creer que la cuestion presente no se la ha mirado por el lado que lo hacemos nosotros y que en conciencia creemos que es el mas razonable.

En esta consecuencia se ha violado para buscarla una de las leyes de toda buena argumentacion cual es no sacar mayores conclusiones de principios menores en estension.

(1) Autor citado.

¿Por qué mirar como imposible la perfectibilidad social por que existan pasiones siempre en sus miembros?

XLVIII.

La pasion que arrastra al hombre al heroismo cuando es en su origen noble ó al crímen cuando es ímprobo su principio, no inhabilita en concepto nuestro la marcha impasible del progreso. El influjo moral esténdiendose á las masas, ciertamente no podrá del todo impedir el vicio, pero lo disminuirá. El hombre que obra bajo la influencia de una pasion al poner en práctica la accion criminal encontrará necesariamente una valla indeleble en su ilustrada conciencia y en la de sus semejantes: valla que se alzará personificada en faces torbas y airadas cuyos ojos semejantes á lenguas de fuego herirán la dormida concieneia del delincuente encendiendo en su alma la siniestra cárcoma del remordimiento.

XLIX.

La accion contrarrestada por el eco que encuentra en el fallo social ó corta las alas de la reincidencia ó aligera conduce de nuevo al malvado al hondo precipicio del delito. Este fallo social, sancionando imparcial el acto, despierta la vergüenza que removerá á su vez de su profundo letargo al remordimiento para ductilizar al criminal y confundirle en un délado de pensamientos terríficos que reprueban su accion.

Por dos razones impele la pasion al hombre, ó manifestándose naturalmente en su espíritu ó alimentada por el eco de la sociedad que aplaude ó reprueba; y así como el heroismo que es la fruta ideal y sublime de la pasion, se reproduce mas frecuentemente en la sociedad cuanto mas admiradores entusiastas encuentra en el palco escénico del mundo, así tambien el mal producido por el violento embate de la pasion decrece, se modera y amengua en tanto ménos protectores se le presentan y mayor es el cúmulo de sus jueces condenadores.

L.

Es evidente que la pasion domina al hombre, pero es cierto tambien que no le domina menos aquella idea inmediata de la san

cion del acto que se interpone en su acaloradamente entre el crímen y su utilidad. Por rápido que sea el impulso de la pasion, por irreflexivo que sea, deja la mayor parte de las veces y en casí todos los espíritus traslucir la idea interpolante, que detiene en el borde del abismo al criminal, cuanta mas fuerza de universalidad la nutre. Y son fenómenos estos que en cualquier hombre se dejan apercibir, y que adquieren entidad mayor en el civilizado y especialmente en el hombre virtuoso cuya vida ha sido un plausible dechado de moral.

LI.

La influencia moral frecuentando las ideas de la razon con los procederes directos del corazon ha hecho del hombre de nuestras sociedades un ser templado y mucho mas recto y reflexivo. Finalmente si este influjo moral que acarrea como un rio las arenas de entusiasmo que enriquecen al hombre de la pasion noble, arrastra profusamente en su alveo tambien, arenas ferrujinosas en número iufinito para convertirlas en espadas zañudas que condenen y venguen á la sociedad del críminoso acto, el delito disminuirá infaliblemente muriendo la frecuente animosidad del crímen.

En ello va el progreso, en esa influencia directa sobre el individuo, que aviva su temor, disminuye su provecho con su intranquilidad y aun evitando por egoismo el crímen, lo evita.

Haciendo ella cada dia mas maleable el caracter de los hombres aminorará sus espontaneos instintos para el mal, pulverizará con sus consecuencias sociales los brios de la pasion nefanda, y con su sacrosanta y benéfica religion ennardecerá la virtud llevando al hombre en el carro de los heroes por los robustos brazos de la sancion del pueblo.

LII.

Hé ahí pues que el grande enigma de la perfectibilidad, está demostrado que existe en la influencia directa de la moral en la sociedad y n o en los actos ó pasiones aisladas de los hombres. El mal implica su necesidad para el aprecio del bien, como la pasion criminosa es esencial para tributar alabanzas á la virtud del alma.

El crímen aislado no desmoraliza el progreso social ni lo des-

truye, del mismo modo que la mas encumbrada virtud ó heroicidad no autorizara á ningnn pensador para deducir actos de esta naturaleza de la perfectibilidad social.

La multitud y abundamiento de virtudes que de su seno exhiba el mundo y la honda tumba que los brazos de la moral caben en la tierra para dar sepultura al crímen, serian sí, los fenómenos que nos dictaran, como en el presente nos dictan, la senda indefinida de la perfectibilidad.

LIII.

Principios son estos de tal naturaleza que *á priori* estan designados por nuestra razon y sin embargo, tambien ellos pueden ser corroborados por los hechos de la historia.

Diríjase la vista en torno del globo torraqueo, registrense los archivos de las naciones en la actualidad y vuélvase la vista sobre las páginas de la pasada historia é interróguese al pensamiento que observa, si el mundo presente, es el mismo que el de la edad media ó el mismo que el mundo de la antiguedad.

Entre los muchos y notorios hechos que tendremos que considerar, tomad uno claramente manifestado en las tres épocas y hojead el papel que la hipocresia ha operado en los actos humanos. Al parecer miramos un hecho de poca entidad, pero fijemos la vista y aun así mismo veremos, como veia un escritor contemporaneo, que la hipocresia, este detes,able vicio es no obstante uno de los vínculos sociales si bien se la examina. Y en efecto manifestada por un cierto pudor, por una especie de vergüenza en las acciones criminales, aun cuando esconde é interna al vicio cubriéndolo con su misera y abyecta capa, este es ménos destructor en sus efectos, que lo fuera alumbrado por la claridad del dia ostentando impavido a psora contaminosa de su maldad.

La edad media empezó, digamoslo así, á dar á la hipocresia una existencia genérica entre las masas, rebusteciéndola posteriormente durante la escolástica, los tribunales inquisistoriales y la pugna homicida de las septas cristianas. Invalidábase desde luego el crímen temiendo la pública sancion, y aun cuando en el fondo y en la conciencia no desapareciera, perdia no obstante gran parte de su fuerza influyente signada en el ejemplo y la popularidad. Y diga-

mos de ella hoy lo que querramos, detestémosla en buena hora, empero no desconozca el pensador que á ella se debe por lo ménos una mínima parte de la saludable reaccion del vicio, y que aunque sofocada siempre por el desprecio, no por eso ha dejado de contribuir como uno de tantos instrumentos fatales que dan movimiento á la inmensa rueda endentada del progreso, cuyos eternos piñones sin gastarse nunca empujan á todo el indefinido aparato de la perfectibilidad.

LIV.

Así para la edad media como para nosotros ya no existen los horrendos crímenes do la antigüedad qne cometidos audazmente, sin encubrirse siquiera por la hipócrita máscara, fueron paso á paso derruidos por el ariete cristiano del que invocaba la unidad de Dios. Y aun hasta el fanatismo que hubo nacidode aquellos que proclamaban esa unidad divina,con la cruz del Gólgotha ó con la cimitarra de Mahoma, perdiendo entre nosotros su fuerza por la sana y erudita interpretacion de esos principios que la imaginaciou de los hombres exajeraba, no ha renovado sus horribles prescripciones, ni las renovará ; ni talará mas cabezas humanas al crudo golpe de los sarracenos alfanges, ni las piras inquisistoriales cobrarán sus terribles fueros de antaño.

LV.

El antifaz del hipocrita se aniquila, tambien el estraviado fanatismo se derrumba, y la verdad moral triunfante, pulveriza el instrnmento que ha servido al progreso para elevorar el obstaculo que á su flamigera y victoriosa palabra se oponia.

¿Por qué dice un orador filósofo, toda verdad es combatida en su principio? Por lo mismo que es verdad. Este hecho parece casi una ley del progreso autorizado por la historia. Así para triunfar la unidad de Dios hubo que inmolar víctimas por la mano del fanatismo que sacrificar cuerpos y hasta dañar al inocente por la mano de la hipocresia. Estos males que combatieron la verdad evangélica y que parecen nacer de la naturaleza del principio ¿quién diria que solo son tales por efectuarse de

nuestra propia debilidad de ignorantes y tercos mortales? Pero esos males que casi hace precisos toda verdad desde su cuna como para entronizarse mas regiamente despues de los victores del combate, ni siquiera manchan su preclara faz, pues semejantes á las porciones sucias que presenta la superficie del cristal para que la magestuosa claridad del rayo solar no lo penetre, éste burlando el pigmeo afan que lo intercepta, traspasa y vierte su luz portentosa iluminando do quiera su profusion inagotable lo conduce.

LVI.

Timur Bech ó Tamorlan abortado por el Yrak pérsico, para estender con el filo de su temeraria cimitarra la unidad de Dios por el corazon de la tímida y afeminada Asía, reproduciendo nuevecientos años despues las fanáticas y destructoros conquistas del falso Profeta, Otman y Omar proclamando esa unidad misma con el alfange de sus generales animados de ese falso zelo por una parte y derramando por otra las houries como granos de esperanza que el Alkoran de Mahoma prometia á los que sumisos se rendian á su fé y la aceptaban, Arbues, Torquemada y otros tantos mas ó ménos rectos ó malvados pero todos al nivel del estraviado zelo que los impelia fueron las manchas fanáticas é hipocritas que la verdad cristiana y la agarena parodia alumbrando la perfectibilidad indefinida encontraba en su camino, pero que se eclipsaron inopinadamente por los copiosos torrentes de esa luz que los convirtió en monumentos tronchados para enseñar á la posteridad la fuerza eléctrica de su elocuente vocablo. Y la verdad triunfante, triunfó.

LVII.

Ella, desglosando esas manchas con su hermosa mano de su espléndida existencia, eu su sorprendente tránsito de Dios al hombre, llega por fin á iluminar á la universalidad de las criaturas en el dorado palanquin de la razon que cada hombre suspende en el cénit de su cabeza.

La historia pues de las verdades que han innundado al mundo es la historia de las ciencias, y el pro greso que notamos en aquellas son los pasos de la perfectibilidad del hombre en estas.

La *razones* de los hombres, las facultades intuitivas que no han dejado un punto de manifestarse cual prodigiosas luciérnegas en los génios de la antigüedad, hoy se han multiplicado y encendido mas por el progreso, que á manera de una lluvia portentosa defuego cae sobre el genio de las sociedades, y las dá medios mas espeditos, mas segurosy eficaces para llegar al conocimiento de aquellas verdades absolutas que apesar de su caracter universal, se clasificaron justamente de partos ó esfuerzos de los Newtones Galileos, Arquimedes ó Platones.

Haced mas recto el camino y mas cerca os hallareis del fin.

LVIII.

El progreso es indifinído: es una verdad.—El progreso está en el hombre como en la sociedad y desde el principio consignamos este fenómeno como el signo remarcable de la perfectibilidad social.

Al acercarnos al término de nuestro trabajo no queremos dejar de dar la última mano al asunto y como epilogando lo que hemos sentado, volvamos á la comparacion inexacta que algunos hacen, entre el progreso del hombre que segun ellos termina y el progreso social ó la perfectibilidad que segun nosotros es indefinida.

LIX.

Digámosles que uno y otro tienen esta última calidad.

Es cierto al parecer que la vida del hombre tiene en el mundo un término prefijo para el progreso de sus facultades ; no es ménos cierto aparentemente que lo que fija ese término es la muerte, y que entonces la perfectibilidad tomando de cada individuo su contingente de progreso se asemejaria á un arbol que necesita de que maduren sus frutos y que una vez sazonados caigan á la tierra para su indefinida reproduccion fructificativa ; pero aunque esta segunda parte es exacta, la primera no lo es tanto que si la investigamos no se pueda encontrar, alguna hipótesis mas gratuita para ampliar nuestra doctrina.

¿Mas qué es lo que decimos? ¿ hipótesis? no, ella será una teoria razonada como la segunda de la perfectibilidad social que hemos demostrado y que la corroborará definitivamente.

¿No os parece que aun en el hombre es indefinido el progreso? Veamos........

LX.

Las facultades del hombre que son imperfectas en la infancia conmienzan desde ella á progresar. El oido del niño, no se presta para la reproduccion de aquellas armonias divinas que escucha en el sueño de la infancia, de una manera tan perfecta y fiel como lo hace en la virilidad, ni las concepciones musicales, hijas queridas del génio, se despiertan de su imberbe cabeza, sino cuando la hora de la pubertad suena y recuerda á la imaginacion que dormita sobre su glorioso laud.

Tambien la memoria aumenta prodigiosamente en su ejercicio, con las facultades destinadas á comprender la belleza y producirla con el gusto que es una especie de facultad caprichosa y demas potencias intelectuales.

LXI.

Las facultades del hombre no decaen ni mueren. Esto importaria retroceder á la ceguedad de la infancia, volver al no ser caer en la nada. Y llegadas á un cierto grado de perfeccionamiento ¿estarán condenadas á hundirse en el olvido ó la muerte las para y las detiene solamente para que tales como se encontraban iluminadas ó ciegas al morir, pasen á otra existencia y continuen en progreso indefinido.

¿Cual de estas dos doctrinas es la ménos repuguante á los ojos de la razon y mas conforme con la espiritualidad, de nuestra alma?

¿No es casi un hecho, demostrado en la conciencia y en la razon que la ceguedad ó el retroceso de nuestras facultades es incompatible con nuestras esperanzas de vida futura?

¿No pudiéramos en la ocasion presente adherirnos á la doctrina teológica que no es sino el comentario mas ilustrado de este punto filosófico de nuestra razon, cuando nos habla de la pena impuesta al improbo y de la gloria que se da al justo?

LXII.

¿ En qué consiste esa pena sino en el perene recuerdo de los actos vitales que la inteligencia prodigiosamente ilustrada pesará y compulsará eternamente por la mano del remordimiento, al medirla incomensurable distancia que por toda la eternidad la aleja de su criador ?

¿ Y qué es la gloria, de la que ya hemos tratado en nuestras fases amatorias, sino el perfeccionamiento y aumento maravilloso de todas las facultades, de la razon, la memoria y los afectos todos identificados en el amor, para comprender y adorar á Dios en perenne vision, y para halagarnos con el eterno recuerdo de los brillantes actos que nos han conducido á la mansion divina, concentrando todas nuestras potencías en ese amor que nos aliente, regocije y ennoblezca por toda una eternidad ?

¿ No nos dice desde este terrenal momento nuestro corazon que nos espera en el cielo un asiento en el pináculo de la ilustracion que nos haga capaces de soportar la infinita comprension de la gloria eterna ?

Oigamos la voz de la razon, escuchemos los latidos de nuestro pecho, meditemos y el progreso indefinido de nuestras facultades se transformará en una hermosisima verdad que aposentada en nuestra inteligencia será el angélico blanco de nuestra idolatria.

LXIII.

Así, el hombre progresa indefinidamente.

¿ Y ahora no sentis que esta indeleble creencia de nuestro estro espíritu se halla robustecida por esta magnifica verdad ?

¿ Pasarán por fin el hombre y las sociedades por esos cuatro fenómenos, *nacer*, *crecer*, *desaparecer y morir*, fenómenos de aplicacion aberrativa y abstrusa, cuya conocida tendencia se dirige hasta borrar el recuerdo gratuito que las sociedades nos dejan en su constante tránsito por el mundo? No; es imposible ; nuestra razon ha arremetido y aniquilado el dicterio rídiculo de esa cuadrúplice aberracion, al enseñarnos las palpables huellas del progreso, desde la lúcida y poética edad de oro hasta el siglo del ferrocarril, del vapor y de la electricidad : desde la época de los tri-

bunales selváticos hasta la ley perfeccionada de nuestros códigos: desde los tiempos de Escalígero, hasta el de la ciencia de Descartes, y en fin desde Zoroastro hasta Jesus, y desde el reinado supremo de la conquista y de la esclavitud hasta la feliz tendencia de hermandad, qne debemos á la ley del Evangelio y á la propaganda saludable de las corrientes benéficas de ese fuego de caridad y esperanza.

LXIV.

La perfectibilidad en fin, toma vida y existencia innegable é indefinida, desde la sima profunda donde se oculta el absurdo de su principio contrario—Ella vive del terror qne inspira á la muerte. Es, por que no puede dejar de ser—Es como la libertad.

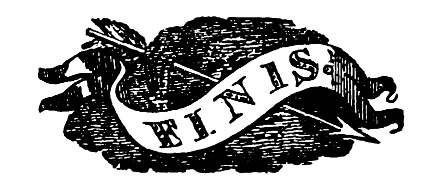
Vamos á concluir—Epíloguemos con la historia de la palabra cuanto incumbe á la perfectibilidad. El eco de las distancias que el progreso ha formado modificando poco á poco y perfeccionando el santo vehículo de nuestros pensamientos, ya resuena y nos hace oir sus estentoreos sonidos—Escuchad—La palabra va á esplicar la la palabra.

Nace la voz humana con el hombre en la cuna de los patriarcas, para articular apenas sonidos febles que transmitieran el pensamiento, y los siglos levantandose como espectros ciclopeos de la tumba de la eternidad, se agrupan al redor del tiempo que con pesada mano les reparte y viste con las ropas de la civilizacion—Tan insigne natalicio, tuvo por fecha tan gigantesco reparto—Vestidos los siglos van á trabajar—sus primeras miradas, sus primeros deseos, y digámoslo, sus primeros amores fueron con la perfectibilidad—Eran muchos y ella era una ¿qué hacer? morir en medio de sus afanes, morir en el seno de sus goces, morir amando la perfeccion—Muger fecunda y tan amante como amada cada siglo te hizo madre;—pero madre de infinitos hijos, madre abundante en hechos como un siglo—Tambien de madre fuiste heredera y tutora—cada siglo te dejaba el ropaje de civilizacion qne el tiempo le habia repartido—y hoy cargada con tanta herencia eres rica, rodeada de tantos hijos tienes pompa—Conjénita con la palabra, Dios te coronó con esa égida divina, que á tí te hermoseaba y á tus amantes los siglos infundia elocuencia.—Has vivido mucho y mucho, te ha pro-

tejido la palabra, y si hoy magno y asombroso fuera el espectáculo que viera el mundo mirando surjir de sus tumbas á todos tus pretéritos amantes y apiñarse en torno de tu beldad, ¡mayor fuera el asombro de los siglos qne primero te amaron sintiendo á su lengua conmoverse y retemblar por la palabra eléctrica—El pasmo redoblara ante el incomprensible organismo que ha tomado esa égida protectora que ellos dejaron naciente, y las venas alfabéticas que la purifican, y la prensa de Guttemberg sobre que se apoya, hablando mas fuerte al mundo y á los siglos que la palabra misma, pronunciaria los nombres de Ciceron, Demostenes y Mirabeau ; elocuente trinidad que tornara el espamo de los siglos en el sueño fatídico de que se habian despertado.

Terribles tambien los zelos del siglo XIX en presencia de tantos rivales su poderosa voz, destructora como la polvora, horrenda como el cañon, estigmatizandolos, llamaria al eco de las distancias, esqueleto de las edades pristinas para que al pronunciar el *geroglifico*, se apagara como los siglos herido por la diamantina voz de la *electricidad.*

El siglo XIX va á hablar, el es el amante actual de la reina del progreso—Escuchemos lo que dice........ Hé ahí el contraste, el geroglifico y la electricidad; la palabra de plomo, el vocablo de luz—¡hé ahí el contraste!—perfectibilidad.



INDICE.

Pag.



